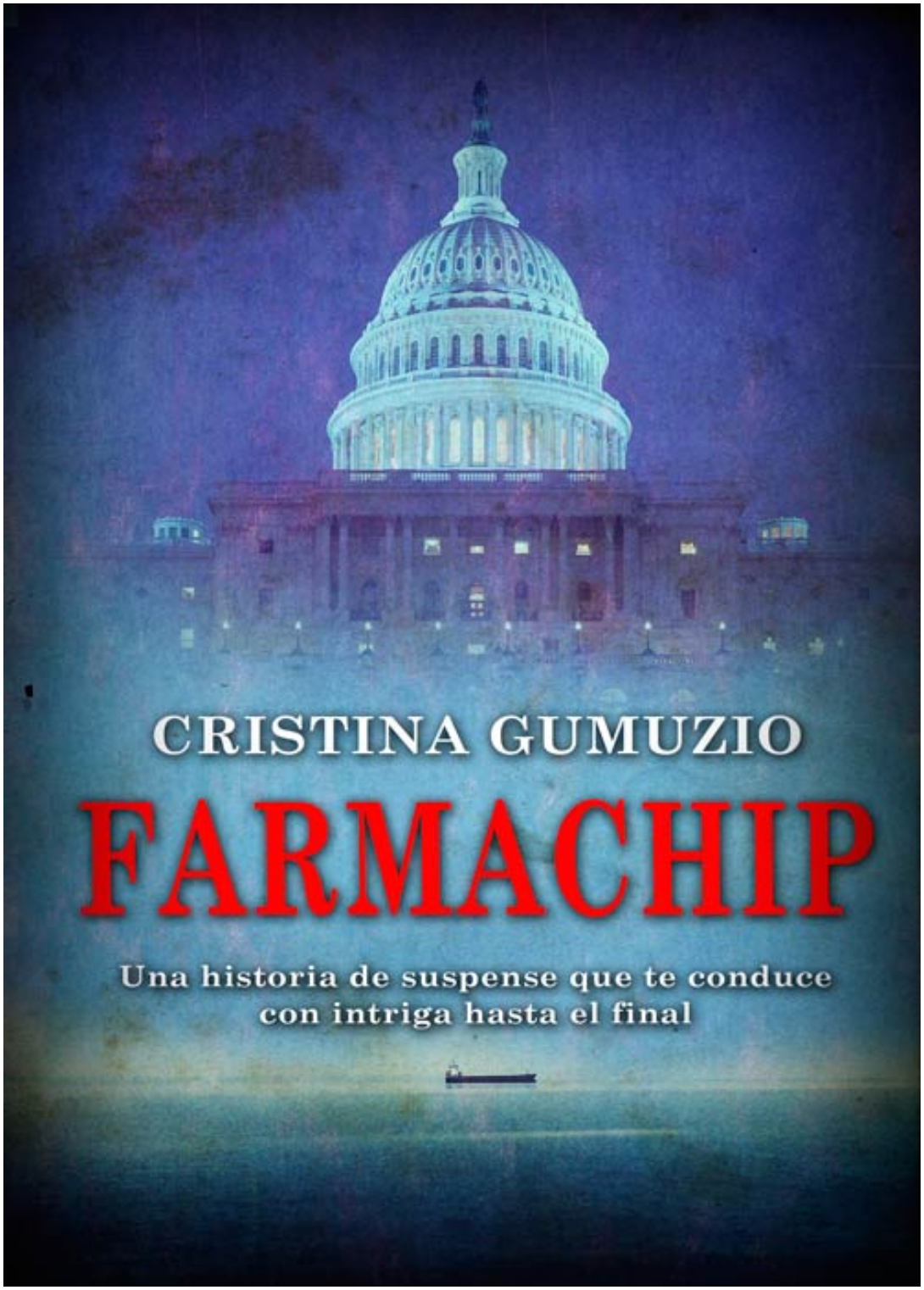
FARMACHIP

Cristina Gumuzio Irala



Capítulo 1

FARMACHIP

Cristina Gumuzio

Este libro está dedicado a mi marido, Rafa, y a mis hijas, Natalia, María y Ana, que me han escuchado con paciencia durante el tiempo que lo he estado escribiendo.

También al resto de mi familia y amigos. No voy a citar a cada uno de ellos, porque ya saben quiénes son.

Asimismo, y en especial, quiero dedicárselo a personas muy queridas y cercanas a mí que sufrieron una enfermedad fatal. Con la esperanza de que algún día se pueda diseñar algo parecido a un Farmachip que pueda vencer enfermedades, hoy en día, incurables, como las parálisis, las degenerativas, el cáncer…

AGRADECIMIENTOS

A Ana e Iciar Elosua, por haberme animado con tanto entusiasmo.

A Rafa Zabala, mi marido, y a Enrique Aramburu, amigo y colega boticario que me han ayudado a corregir la novela.

CAPÍTULO I

LA LLAMADA

Todo empezó una fría y lluviosa noche de diciembre cuando Margarita Salazar regresaba a su apartamento cargada de carpetas. Esa mañana, una de las pruebas de la tesis doctoral en la que estaba trabajando había fallado y llevaba a casa parte de la documentación para localizar el error. Hacía seis meses que se había licenciado con un expediente brillante en la Facultad de Medicina, de la Universidad Complutense de Madrid.

Jadeante entró en el apartamento, dejó las pesadas carpetas sobre la mesa de estudio y se dirigió a la cocina a preparar té. Encendió la calefacción. Mientras la habitación se caldeaba, se cubrió con una manta de viaje. Abrió la primera de las carpetas. Apenas había leído unas páginas cuando su teléfono móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y vio que se trataba de un número que desconocía. Aun así, contestó.

—¿Margarita Salazar? —preguntó una voz masculina y grave desde el otro lado de la línea—. Soy el doctor Emilio Glok y le llamo de parte del doctor

Pereira.

Félix Pereira era el catedrático de Microbiología de la Facultad de Medicina y el director de su tesis doctoral. Durante los cuatro meses que llevaban trabajando juntos, Margarita le había oído hablar en múltiples ocasiones del doctor Glok; decía que era un científico importante, habían trabajado juntos en varias publicaciones, y les unía una gran amistad.

—¿Le ha comentado el doctor Pereira que le iba a llamar?

Margarita negó con una voz suave.

—Bueno, no pasa nada, se le habrá olvidado. Conozco a Félix desde hace años y sé que siempre está desbordado de trabajo. Pues verá, Margarita, le llamo para invitarle a asistir pasado mañana a una reunión científica. Ayer hablé con Félix y le dije que quería invitar a alguien de su departamento. Enseguida pensó en usted. Por lo que me explicó, el tema de la reunión está muy relacionado con su tesis doctoral. ¿Qué me dice? ¿Le gustaría venir?

Margarita guardó unos segundos de silencio.

—Pues…, no sé —contestó al fin titubeante—. Apenas llevo tres meses trabajando en el laboratorio y probablemente no tengo los conocimientos suficientes para…

—Por favor —la interrumpió contundente—, no lo dude. Félix no la hubiera recomendado si no creyera que los tenga. Y le repito, Margarita, la reunión va a ser muy interesante.

Ante la insistencia del doctor Glok, Margarita alargó la mano hacia el cubilete y cogió un bolígrafo dispuesta a anotar los detalles de la reunión.

—No era necesario que apunte nada —dijo Glok en un tono animado—. Mañana, a primera hora, un servicio de mensajería le entregará en el laboratorio la acreditación. Lo único que le pido es que no abra el sobre allí, ni comente nada con sus compañeros, ni con nadie de su entorno. A la reunión van a asistir científicos de renombre y todas las medidas de seguridad son pocas. Ya me entiende…

Margarita colgó el teléfono aturdida. El corazón le latía acelerado. No podía creer que un científico tan célebre como era el doctor Glok le acabase de invitar a asistir a una reunión tan importante, y mucho menos que su jefe la hubiese elegido entre todos sus compañeros.

Durante unos minutos trató de relajarse y olvidar la conversación que acababa de mantener, pero su mente no era capaz de recuperar la atención. Por mucho que se afanaba en leer y releer la documentación de

la prueba, le volvían a la cabeza las palabras que acababa de pronunciar el doctor Glok.

Martes 14 de diciembre de 2021. Laboratorio de microbiología. Universidad Complutense de Madrid.

Unos minutos antes de la hora de entrada, Margarita entró en el laboratorio cargada con las carpetas de la prueba. Se encontraba impaciente por hablar con su jefe y también por recibir la acreditación. Pasaron unos minutos y llegaron sus compañeros. Entre ellos, un mensajero preguntó a gritos por Margarita Salazar. En el laboratorio se recibía a diario correspondencia, documentación, revistas científicas y libros de interés médico por lo que nadie le preguntó nada. Margarita cogió el sobre y regresó a su puesto de trabajo. Aunque en un primer momento estuvo tentada de abrirlo y leer la acreditación, recordó las instrucciones del doctor Glok y lo guardó en el fondo del bolso.

Pasó un rato y llegó el doctor Pereira. Margarita, al verlo, se le acercó corriendo.

—Me imagino de qué quieres hablarme —dijo el catedrático, abriendo la puerta de su despacho— ¿Te llamó Emilio Glok ayer? Entra.

—Sí —respondió ella mirándolo fijamente—. Le agradezco mucho que haya pensado en mí, pero me da miedo no estar a la altura de la reunión, carecer de los conocimientos suficientes. Además, en el laboratorio hay compañeros con más experiencia que yo y…

—Por favor, Margarita, sí te he recomendado es porque pienso que va a ser importante para tu tesis doctoral. Espero que hayas aceptado. Ya sabes que Emilio y yo tenemos mucha amistad —dijo el doctor Pereira tajante. Encendió el ordenador y cambió bruscamente de tema—. Por cierto, ¿encontraste ayer el fallo de la R64?

—Sí. Acabo de montar la prueba para repetirla.

—Perfecto. Pues si no quieres comentarme nada más, nos ponemos a trabajar. Por delante nos espera un día complicado.

Margarita no se atrevió a preguntar nada más a su jefe, por temor a molestarlo, y resignada volvió a su puesto. El resto del día lo pasó concentrada entre sus placas Petri y sus tubos de ensayo y no pensó ni un segundo más en el doctor Glok.

A las ocho de la tarde salió del laboratorio. Mientras bajaba las escaleras de la facultad, recordó la conversación con el científico y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Nerviosa, aceleró el paso. Se moría de curiosidad por leer la acreditación y solo quería llegar a casa y abrir el sobre. Para su

sorpresa, Mario, su novio, la estaba esperando en la puerta de la facultad.

—¡Marguiii! —la saludó sonriente— Me acaban de anular la guardia de esta noche así que podemos ir a tomar algo.

Mario era médico internista y trabajaba en el Hospital Clínico de Madrid. Precisamente se conocieron allí, un par de años atrás, cuando Margarita realizó las prácticas de medicina interna en el departamento donde él ejercía. Desde entonces salían juntos, aunque ella se estaba planteando poner fin a la relación. Mario era muy celoso e intentaba controlar su vida y esto a Margarita le asfixiaba.

Esa noche Margarita no tenía ninguna gana de salir a cenar. Había dormido mal y se encontraba cansada, pero ante la mirada suplicante de su novio no le quedó más remedio que acceder. Empezaba a nevar ligeramente cuando llegaron al restaurante. Mario eligió una mesa que daba a un jardín interior y le pidió que mirase por la ventana. La nieve cubría ligeramente la hierba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó acariciándole las manos—.Te encuentro ausente. ¿Te ha sucedido algo en el laboratorio?

Margarita dudó unos segundos antes de contestar.

—Me han invitado a asistir a una reunión científica y estoy agobiada. Van a ir personas muy cualificadas y no sé si tengo nivel. He intentado renunciar pero mi jefe me ha insistido y no me ha quedado otra opción que aceptar. Lo único, no comentes nada. Me han pedido que no lo hable con nadie debido a las medidas de seguridad que han tomado por los asistentes.

Mario la miró incrédulo. Luego la acosó a preguntas. En segundos pretendía conocer todos los detalles; dónde se celebraba la reunión, qué científicos iban a asistir, qué tema se iba a tratar…

—No he oído nada de esto en el hospital y me parece raro —dijo mostrándose nervioso—. Mi jefe nunca se pierde una cosa así. Déjame ver la acreditación.

—No la tengo aquí. La he olvidado en el laboratorio —mintió Margarita bajando la mirada. Estaba harta de que Mario metiese las narices en sus asuntos y de tener que dar explicaciones de todo lo que hacía. Además, era tan quisquilloso que lo creía capaz de presentarse en el lugar de la reunión.

Antes de la medianoche la acompañó a casa.

—Te quiero, Margarita, llámame mañana y me cuentas todo. Me muero de curiosidad.

—Yo también te quiero, Mario —dijo ella mientras se abrazaban y se despedían con un beso en el portal—. Y, por favor, no cuentes nada. Me metería en un lío.

Nada más entrar en el apartamento, abrió el sobre. Lo primero que le sorprendió fue ver que en su interior había una nota pegada a otro sobre más pequeño, de color azul. La nota decía: CONFIDENCIAL. Intrigada, cogió el sobre azul y lo abrió. Dentro había un billete de avión y un *post-it*, pegado a él, donde explicaba que al día siguiente la recogerían en el aeropuerto de Moscú. Margarita miraba atónita la nota y el billete de avión, sin dar crédito a lo que estaba leyendo. ¿Qué significaba todo eso? Por unos instantes pensó en no acudir a la reunión. Le parecía desproporcionado que le hiciesen viajar a Moscú para asistir a una ponencia, por muy importante que esta fuese. Sin embargo, al recordar la conversación con el doctor Pereira, entendió que no se podía echar atrás. Estaba segura de que su jefe se iba a molestar por ello y que podría tener consecuencias negativas en su tesis doctoral. Cogió el teléfono móvil para llamar a Mario y contarle dónde era la reunión, pero no pudo contactar. En la zona donde vivía a menudo había problemas de cobertura. Con el corazón encogido, preparó una bolsa de viaje con ropa para un día y se metió en la cama. Apenas iba a dormir unas pocas horas; el vuelo partía a las seis y media de la mañana.

Pasó la noche inquieta y agitada, envuelta entre sueños extraños y pesadillas. Cuando sonó la alarma del despertador, lo primero que hizo fue llamar a Mario, pero su teléfono continuaba sin establecer conexión.

CAPÍTULO II

LA PRESENTACIÓN

Miércoles, 15 de diciembre 2021. Hotel Metropol, Moscú

En la sala de espera de Seremeteivo II, el aeropuerto internacional de Moscú, un par de individuos, altos y corpulentos, esperaban a Margarita mostrando un cartel con su nombre. Sasha, el más corpulento de los dos, le tendió serio la mano y le indicó que los acompañara. Como era la primera vez que viajaba a Rusia, Margarita fue durante el trayecto al hotel mirando ensimismada a través de las ventanillas del coche. Moscú se mostraba especialmente bonito ese día, todo cubierto de blanco. Las cúpulas doradas de las iglesias competían con la nieve para mostrar su

intenso brillo.

A las dos y media de la tarde llegaron al hotel Metropol. Cruzaron el vestíbulo principal y se acercaron al mostrador de recepción. Sasha solicitó hablar con el encargado y tras intercambiar unas palabras se dirigió a Margarita. Le pidió el pasaporte y le entregó la llave de la habitación.

—En un rato puede bajar a recoger el pasaporte —le explicó en un inglés deficiente—, no se lo devuelven porque tienen que escanearlo. Suba a la habitación y espere a que le avisen.

Margarita se despidió de los dos hombres y se quedó unos minutos admirando el enorme vestíbulo del hotel. Todo le parecía majestuoso; la entrada, la escalera, el ascensor, los pasillos. Le llamaron la atención los techos, muy altos, y la decoración, tan exquisita y cuidada. Subió a la habitación y su enorme tamaño la dejó deslumbrada. Dejó la bolsa de viaje sobre la cama y se acercó a la ventana a contemplar las vistas. El sonido del teléfono de la mesilla la sobresaltó.

—Buenas tardes, Margarita —saludó el doctor Glok con una voz alegre —¡Bienvenida a Rusia! ¿Qué tal el viaje?

—Gracias, todo ha ido muy bien —respondió ella con la voz entrecortada—. Lo único, doctor Glok, es que la acreditación no indica dónde debo presentarme. Las personas que me han ido a recoger me han dicho que espere en la habitación.

—Sí, tranquila, dispone de unas horas para descansar. Han surgido problemas en los vuelos de algunos de los asistentes y la reunión se ha trasladado a las siete de la tarde. Si no surge ningún otro inconveniente, mi secretaria personal le pasará a recoger a las siete menos cinco. Por cierto, Margarita, el hotel tiene un restaurante excelente y la organización quiere que disfrutemos al máximo de nuestra estancia aquí. Le sugiero que encargue que le suban algo de comer. Pida lo que más le apetezca. Descanse y disfrute de su comida. Nos conoceremos en un rato.

Nada más colgar el teléfono, Margarita bajó a la recepción. Quería recoger el pasaporte y caminar hasta el Kremlin. Desde el coche había visto que se encontraba a pocos minutos andando del hotel. El recepcionista le dijo que el escáner del hotel estaba estropeado y que de momento no se lo podía devolver. Se acercó a la puerta de entrada y vio cómo la nieve caía con más intensidad que a su llegada así que entre esto y que no tenía el pasaporte decidió volver a la habitación.

Una vez allí, y tras ojear el menú, llamó al servicio de habitaciones. Mientras esperaba la llegada del camarero con la comida, intentó de nuevo hablar con Mario. De hecho, llevaba desde primera hora de la

mañana tratando sin éxito hablar con él, y también con su familia. Pero su teléfono móvil seguía sin conectarse a la red. A media tarde decidió realizar una llamada internacional desde el teléfono fijo de la habitación. Tampoco le dio tono de llamada. Nerviosa, pulsó a lo loco varias teclas para hablar con la recepción, con el servicio de habitaciones… pero no obtuvo ninguna respuesta. Sin ninguna opción alternativa, se resignó a posponer la llamada a Mario hasta las siete de la tarde. Tenía claro que era lo primero que le iba a pedir al doctor Glok.

A las siete menos cinco llamaron con los nudillos a la puerta. Afuera la esperaba una mujer, alta y rubia, de unos cuarenta y tantos años, que con una media sonrisa la saludó en un buen inglés:

—Buenas tardes, doctora Salazar. Soy Olga, la secretaria del doctor Glok. Acompáñeme, por favor.

Desde el primer momento, Margarita percibió que la secretaria era distante y antipática. La siguió en silencio hasta el ascensor. Bajaron a la planta inferior a la de recepción y recorrieron un pasillo estrecho, mal iluminado, al que daban varias puertas. Casi al final del pasillo, Olga abrió una puerta y pasaron a un pequeño vestíbulo que se encontraba en penumbra y comunicaba con una sala.

De pronto, una voz la llamó desde el interior de la habitación.

—¡Muy buenas, Margarita! —dijo el doctor Glok acercándose corriendo a ella— Ya tenía ganas de que nos conociésemos. ¿Ha podido descansar?

El científico la agarró con suavidad del brazo y la acompañó hasta su puesto. Margarita tenía la cara enrojecida y lo miraba suplicante. Antes de sentarse le pregunto:

—Doctor Glok, no quiero molestarle, pero necesito realizar una llamada. No sé qué le ocurre a mi móvil, no se conecta a la red. He intentado llamar desde el teléfono fijo de la habitación y tampoco he podido.

—Como lo siento, Margarita —respondió con un tono de voz pesaroso—. La tormenta de nieve ha provocado un problema general en las líneas telefónicas, aunque estoy seguro de que en poco tiempo se va a solucionar y entonces se restablecerán las comunicaciones.

—¡La nieve! ¡Claro! No había pensado en esto. Bueno, no importa, lo intentaré más tarde.

—Perfecto, Margarita —Dijo y le ayudó a acomodarse en el asiento—. Como ve, ya están todos los convocados. En unos minutos comenzaremos

a realizar las presentaciones.

Margarita se sentó en el puesto que tenía asignado, estaba identificado con una tarjeta donde estaba impreso su nombre. Miró al resto de los asistentes y los saludó asistentes con una tímida sonrisa. Se sentía joven e inexperta entre todo aquel grupo de científicos y la cabeza le empezó a dar vueltas. Los asistentes volvieron la mirada hacia ella y le devolvieron el saludo con una sonrisa.

Margarita observó con detenimiento al doctor Glok. Su aspecto le pareció impresionante. Era muy alto y corpulento y tenía unas cejas muy gruesas y pobladas. Le llamó la atención la dureza de sus facciones y también su barbilla; cuadrada y prominente. Por el contrario, su sonrisa le cautivó desde un principio: tan cercana y encantadora.

Pasaron unos minutos y comenzó la reunión. Emilio Glok se colocó de pie, en la cabecera de la mesa, y le pidió a Olga que pusiese en marcha la presentación desde el ordenador. A los pocos segundos aparecieron en una pantalla enorme, que colgaba de la pared central de la sala, imágenes de un laboratorio y secuencias intermitentes de palabras. El doctor Glok cogió un puntero y, muy despacio, comenzó a hablar en inglés.

—Antes de empezar la reunión quiero agradecerles por su asistencia —dijo mostrando una sonrisa cálida y seductora—. Espero que el viaje haya sido de su agrado y, por favor, no duden a partir de este momento en solicitarnos a Olga o a mí todo cuanto necesiten. Voy a comenzar por presentarme. Mi nombre es Emilio Glok y soy doctor en medicina, en las especialidades de fisiología y anatomía. Aunque he nacido y pasado mi infancia y adolescencia aquí, en Rusia, debido a mi trabajo, llevo muchos años viviendo en Estados Unidos. He dedicado toda mi vida profesional a la investigación. En ocasiones de forma directa, trabajando en un laboratorio y, en otras, de forma indirecta, dirigiendo equipos. Puntualmente, he colaborado con multinacionales. Por encima de todo, mi vinculación ha estado siempre con las administraciones públicas. Pues bien, el asunto que hoy nos reúne aquí es muy importante para la ciencia y, por lo tanto, para la humanidad. Sobra decir que es absolutamente confidencial.

De pronto, con sigilo, entraron en la sala varios individuos. Entre ellos, Margarita reconoció a los dos hombres que le habían ido a recoger al aeropuerto. Los individuos se colocaron de espaldas a las paredes, cubriendo gran parte de la sala.

—Por favor, no se inquieten —dijo el doctor Glok al percibir inquietud en algunos de los científicos—. Estos hombres son agentes de seguridad y se encuentran aquí para protegernos a nosotros y al proyecto del que a continuación vamos a hablar. Dejemos esto para más adelante y empecemos ahora con las presentaciones. En primer lugar, comenzando

por el primer asistente sentado a mi derecha, les voy a presentar al doctor Ernest Shelley, de Inglaterra. Doctor en medicina y con las especialidades de neurología y de psiquiatría. Cómo el tiempo nos apremia, y los currículums son muy extensos, no voy a entrar en muchos detalles y simplemente los voy a presentar a cada uno de ustedes por su nombre, país, y especialidad. A su derecha, la doctora Ellen Halls, también de Inglaterra. Doctora en biología en la especialidad de genética. A continuación, Pascal Giraud, de Francia. Doctor en química. A su lado, Cindy Näs, de Suiza. Doctora en farmacia. A su derecha, Rudolf Meier, de Alemania. Doctor ingeniero en telecomunicaciones. A su lado, Margarita Salazar, de España, licenciada en medicina y en la actualidad realizando la tesis doctoral en microbiología. A continuación, Petre Ionescu, de Rumania. Ingeniero en informática. A su lado, Paúl Evans, de Estados Unidos. Doctor en ciencias exactas. Y, por último, Manuel Menéndez, de Chile. Doctor en física.

Los asistentes permanecieron en silencio, mirándose los unos a los otros, mientras escuchaban con atención al doctor Glok hacer las presentaciones. Margarita se preguntó si los científicos tendrían información del tema de la reunión o si por el contrario estarían en ascuas, como ella. La situación le estaba desbordando. Le angustiaba que le fuesen a preguntar algo y no supiese contestar. Al lado de la tarjeta identificativa vio que había un botellín de agua, un vaso y un bol con caramelos. Abrió el botellín y llenó el vaso. Tenía la garganta reseca y no sabía si se debía al aire acondicionado del hotel o a lo nerviosa que se encontraba. Se sentía fuera de lugar entre el grupo de científicos. Casi todos eran doctores, con varias especialidades en algunos casos, y ella solo tenía la carrera de medicina recién acabada. Por muchas vueltas que le daba, no conseguía entender por qué su jefe le había obligado a asistir a esa reunión.

—Me imagino que se estarán preguntando para qué les hemos hecho venir desde tan lejos —dijo el doctor Glok—. Pues bien, la empresa organizadora del evento que nos ocupa los ha seleccionado para que planteen, desarrollen y lleven a cabo con éxito un proyecto de investigación que en caso de que se consiga, se convertirá en un logro sin igual para la humanidad.

El doctor Ernest Shelley levantó la mano y solicitó la palabra.

—Doctor Shelley, por favor, pregunte lo que quiera —le invitó sonriente.

—Lo primero que quiero decir, doctor Glok, es que me encuentro absolutamente desconcertado ante lo que nos acaba de comunicar. Cuando antes de ayer me invitó a asistir a esta importante reunión entendí que se trataba de una conferencia sobre un tema científico novedoso. No comprendo qué quiere decir con lo de participar de forma

activa en un proyecto de investigación.

Margarita miró fijamente a Ernest Shelley. Le gustó su voz; serena y firme. Y su aspecto; guapo y elegante. Ernest llevaba un traje azul marino con un planchado impecable y una corbata perfectamente anudada. Aunque estaba sentado, Margarita vio que era muy alto, quizá el más alto del grupo. También se fijó en su pelo, negro, y en sus ojos, oscuros, que miraban con profundidad e inteligencia. Al oírle hablar tan desenvuelto imaginó que sería un científico importante.

—… y le agradezco a usted y a la empresa promotora del proyecto el hecho de haberme invitado —continuó diciendo mientras se atusaba pausadamente el bigote—. No obstante, y no queriendo pecar de desagradecido o de impertinente, me gustaría que me explicase cómo puedo colaborar con ustedes. Ya sabe dónde trabajo y, por lo tanto, que mi tiempo para dedicarme a una actividad extra es escaso. O para ser más exactos, nulo.

—Entiendo su preocupación —contestó Emilio Glok, mirando al resto del grupo de reojo—, y aprovecho la pregunta del Doctor Shelley para confirmarles que la dedicación al proyecto, por supuesto, deberá ser plena. No es posible llevar a cabo una investigación de esta índole con unas cuantas horas dispersas de trabajo. Además, el experimento tiene que estar integrado. ¿Qué quiero decir con esto? Como han podido ver en la presentación, cada uno de ustedes ha sido cuidadosamente elegido. El proyecto necesita individuos formados en diferentes especialidades con el fin de que cada uno, desde su particular disciplina, aporte algo al conjunto.

El alboroto en la sala se generó de inmediato. Todos pretendían hablar a la vez y alzaban sus manos.

—Un momento, por favor —pidió Emilio Glok, gesticulando con las dos manos—. Todos a la vez no pueden hablar. Háganlo por turnos. Por favor, doctora Halls.

Margarita miró a Ellen Halls y escuchó con atención sus palabras. La genetista llevaba un chaleco de cuello alto blanco, a juego con el tono pálido de su piel, y que contrastaba con el color oscuro de su pelo. Sus ojos, azules, serenos, transmitían bondad y confianza.

—Doctor Glok —comenzó a decir Ellen con un tono de voz tan suave que casi no se la oía—, yo también le agradezco mucho por haberme seleccionado para participar en un proyecto tan importante, y me siento muy halagada por ello, pero tengo que decirle que bajo ningún concepto voy a renunciar a mi trabajo. Ha sido una lástima que ayer, mi jefe, no me adelantase la finalidad de esta reunión. Podría haber seleccionado a otra persona del equipo en mi lugar. Créame que lo siento. Al igual que el

doctor Shelley, yo también pensaba que acudía a unas ponencias científicas. Para nada a participar de forma activa en un proyecto de investigación.

—No se preocupe, Ellen. Más preguntas…

El resto de los asistentes, por orden, cuando les tocó el turno, agradecieron en un tono conciliador al doctor Glok por haber sido seleccionados para colaborar en un trabajo tan importante, pero rechazaron, sin excepción alguna, participar en el proyecto; aduciendo asuntos personales o laborales.

Manuel Menéndez se puso a hablar por lo bajo con Paul Evans, el asistente que se encontraba sentado a su izquierda, y le dijo que no entendía dónde se pretendía llevar a cabo la investigación, puesto que cada uno de los convocados era de un lugar diferente. El doctor Evans levantó los hombros desconcertado y dijo en voz alta que todo le parecía una locura.

Rudolf Meier estaba sentado a la izquierda de Margarita y empezó a jurar y perjurar contra el doctor Glok y la persona que los había puesto en contacto. Margarita le escuchaba angustiada. No le parecía prudente manifestarse en público de una forma tan hostil.

Petre Ionescu estaba sentado a la derecha de Margarita y, a diferencia de la mayoría, no hablaba con nadie. Tenía la miraba baja y solo trazaba líneas y figuras geométricas en su agenda. Pascal Giraud también permanecía callado y no paraba de arrancarse de forma compulsiva pellejos de los dedos de las manos. Rudolf miró a Margarita de reojo y le dijo por lo bajo:

—¡Qué manos! ¡Qué asco!

Margarita bajó los ojos apurada. Le agobiaba que Pascal hubiese oído el comentario y le preocupó estar sentada al lado de una persona tan impulsiva e imprudente como le parecía Rudolf.

El doctor Glok miró al grupo sorprendido y elevando mucho la voz preguntó:

—¿Y no tienen interés en saber de qué se trata? Si una cosa tengo clara es que un científico nunca se resiste a satisfacer su curiosidad.

—Curiosidad, por supuesto, sí que tengo —intervino Ernest de inmediato, a la vez que movía las manos de forma acompasada—, pero imagino que ante un proyecto tan importante y confidencial, no tenemos nada más que ver las medidas de seguridad que lo protegen, usted no nos va adelantar nada sin que antes hayamos aceptado a participar. ¿Es así o me equivocó?

—Cierto —afirmó Emilio Glok. En su rostro se apagó la sonrisa.

El silencio se hizo en la sala y una nube densa de tensión envolvió a los presentes. Nadie decía ni preguntaba nada. Margarita se encontraba cada vez más tensa y por mucho que se revolvía en el asiento, no era capaz de encontrar una postura cómoda. Además, el corazón le latía deprisa y las manos le sudaban profusamente, tanto que tuvo que secárselas con un pañuelo de papel. Por su mente iban pasando a toda velocidad cientos de preguntas sin respuesta y además tenía el presentimiento de que la reunión iba a acabar mal.

Emilio Glok abandonó la sala por unos minutos. Olga se puso en pie y pidió a los asistentes que permanecieran sentados. Los vigilantes, por su lado, se pusieron en guardia. Controlados por la impertinente mirada de Olga, y por los agentes de seguridad, los científicos permanecieron en sus puestos, en silencio.

Por el contrario, en el vestíbulo, el doctor Glok hablaba en un tono muy fuerte y muy rápido por su teléfono móvil. A Margarita le parecía que el corazón le iba a estallar. Estaba aterrada.

Pasaron unos minutos y el doctor Glok regresó a la sala. Con gesto preocupado se acercó primero a hablar en voz baja con los agentes de seguridad y luego se volvió a situar a la cabecera de la mesa. Durante unos segundos permaneció pensativo, su mirada parecía estar perdida en el infinito. Después recobró la compostura y comenzó a hablar:

—En primer lugar quiero decirles que ha sido una ingenuidad por mi parte tratar de que entren en esta investigación por su propia voluntad, pero reconozco que, para mi propia tranquilidad, tenía que intentarlo. También quiero decirles que no me gusta nada lo que me veo obligado a hacer en este momento, pero sé que lo que hay en juego es tan grande para la humanidad que tengo que aceptar para esta situación la premisa de que "el fin justifica los medios".

Emilio se frotó con fuerza la barbilla, cuadrada y prominente, mientras miraba a los asistentes con una mirada triste.

—Bueno, sin más preámbulos, les informo que en unos minutos partiremos hacia nuestro destino. La misión a la que nos dirigimos no es voluntaria. Cada uno de nosotros hemos sido meticulosamente seleccionados para realizar este trabajo y, a partir de ahora, lo único que tenemos que hacer es darlo todo por el éxito del proyecto.

En ese momento se generó un alboroto enorme en la sala. Unos cuantos de los asistentes se pusieron en pie y comenzaron a increpar a Emilio,

diciéndole que no se hiciese ilusiones, porque no pensaban participar en ningún proyecto a la fuerza.

Manuel y Rudolf empezaron a gritar y a proferir todo tipo de insultos y amenazas. Ernest se acercó a ellos para tratar de calmarles. Los agentes de seguridad, que hasta ese momento habían permanecido inmóviles, empezaron a moverse. Sasha, el agente más corpulento del grupo de seguridad, apuntó a los científicos con un kalashnikov y les ordenó con una voz ruda que se pusiesen en fila. Todos tuvieron que obedecer y caminar por el pasillo, uno detrás de otro, hasta llegar a una sala oscura y gélida donde los esperaba un empleado del hotel que al verlos llegar abrió una puerta que comunicaba la sala con un patio exterior.

En silencio, caminaron por el patio nevado y entraron en un garaje donde los esperaba un autobús con el motor en marcha. En orden, subieron y ocuparon los asientos que les iban asignando los agentes de seguridad. Emilio y Olga se sentaron en la primera fila, justo detrás del conductor y los agentes de seguridad lo hicieron intercalados entre los científicos. Las puertas del autobús se cerraron y el vehículo salió despacio del garaje. La noche era oscura, la temperatura bajísima y la carretera y las aceras se encontraban cubiertas por la nieve, que caía sin cesar.

A Margarita le tocó sentarse al lado de Ellen Halls y tras contarle lo sucedido con su móvil le pidió el suyo para enviar un mensaje.

—Lo siento, Margarita, pero al mío le sucede lo mismo —contestó Ellen secándose las lágrimas con el borde de la manga del jersey—. Desde ayer por la tarde, cuando mi jefe me ordenó ir a todo correr al aeropuerto para asistir a esta reunión, llevo intentando hablar con mi familia, pero tampoco he podido. No saben dónde estoy. No tuve tiempo ni de pasar por mí casa a preparar un bolso de viaje. ¡Es increíble! No puedo creer que John me haya hecho algo así.

—Yo tampoco puedo creer que mi jefe me haya metido en este lío —dijo Margarita—. No puedo dejar de pensar en lo tonta que he sido de hacerle caso al doctor Glok y no contar a nadie que venía a Moscú. Por lo menos sabrían por dónde empezar a buscarnos. ¡Cómo no se lo conté a mi novio! ¡Tenía la acreditación en el bolso y no le dije nada!

CAPÍTULO III

EL VIAJE

Miércoles, 15 de diciembre de 2021. Madrid.

Mario no salía de su asombro al no tener aún noticias de Margarita. Además de las múltiples llamadas que había realizado a su teléfono móvil, al laboratorio, a sus padres, a sus hermanas, y a sus amigas, se había

acercado a la facultad de medicina, para hablar personalmente con el doctor Pereira que no entendía su nerviosismo.

El catedrático había intentado calmarlo y le había dicho que el doctor Glok era de su total confianza, pero Mario no aceptaba sus disculpas y mucho menos después de que el doctor Pereira le confirmase que no sabía dónde se estaba celebrando la reunión. Mario se marchó de la facultad mucho más preocupado de lo que había llegado y se dirigió al apartamento de Margarita con la intención de esperarla hasta que regresase.

Enfrente del portal de la casa había una cafetería y, como la noche era fría, Mario entró a tomar un café. Presentía que algo iba mal. Miró su reloj de pulsera y vio que eran más de las doce. A pesar de la hora llamó a un amigo por teléfono. Miguel era informático y solía estar hasta bien avanzada la noche trabajando en el ordenador.

—¿Dónde estás? Si quieres, me acerco.

—Estoy en una cafetería que hay enfrente de su casa. Entiendo que tiene que llegar ya. Es tardísimo… ¿No te parece raro? No me ha llamado en todo el día y desde ayer en su teléfono salta el buzón de voz. Te aseguro que Margarita nunca actúa así. ¡Estoy seguro de que le ha pasado algo!

A la una y media de la madrugada se le acercó una camarera y le dijo que iban a cerrar. Mario se quedó un rato más esperando frente al portal de la casa de Margarita y caminando, ensimismado en sus pensamientos, arriba y abajo de la calle, hasta que a las dos y media de la madrugada, agotado y muerto de frío, decidió irse a su casa.

En Moscú, a esa misma hora, los científicos viajaban en el autobús. Margarita y Ellen iban contándose a lo que se dedicaban. Margarita le explicó que estaba haciendo la tesis doctoral en el departamento de microbiología de la Universidad Complutense de Madrid y que investigaba una forma de multiplicación de los virus en las células huésped. Ellen, por su lado, le dijo que trabajaba en Londres, en un laboratorio de ingeniería genética. El hecho de poder comunicarse les tranquilizó un poco y además, se animaron diciéndose que sus familiares y amigos enseguida las echarían en falta y llamarían a la policía.

A media noche llegaron a un pequeño aeropuerto doméstico que se encontraba a una hora de Moscú. El autobús se detuvo cerca de la puerta de entrada y Sasha se puso en pie y les ordenó, apuntándoles con la Kalashnikov, que salieran despacio y siguieran, en silencio, a los agentes de seguridad.

Atravesaron el vestíbulo principal y entraron en una pequeña sala reservada donde había dos sofás descoloridos, un par de butacones desfondados y una mesa de formica marrón. Varios de los científicos

empezaron a protestar, sobre todo Manuel, que estaba muy alterado y no paraba de gritar y preguntar a donde los llevaban. Había momentos en que se acercaba tanto al doctor Glok que parecía que le iba a pegar. Rudolf enseguida se sumó al altercado y exigió a gritos una explicación. Ernest era más controlado y se acercó a ellos dos e intentó tranquilizarlos. Luego miró muy serio a Emilio y le dijo:

—Ahora que nos tiene secuestrados, ¿nos va a explicar adónde nos llevan?

—Me encantaría complacerle —contestó el doctor Glok retirándose con un pañuelo el sudor de la frente—, pero por el momento no estoy autorizado a decirles nada. Una vez que estemos en el aire, le doy mi palabra de que les informaré sobre la duración del vuelo y el lugar adonde vamos.

Un murmullo de inquietud recorrió la sala. Ellen empezó a sentirse mal y llegó al lavabo con el tiempo justo para poder vomitar en uno de los retretes. Margarita la siguió corriendo. De pronto, por el altavoz dijeron algo en ruso y a los pocos segundos apareció Cindy jadeando.

—Por favor, daos prisa. Tenemos que subir al avión.

En la sala de espera, los agentes de seguridad las aguardaban impacientes.

—Rápido, colóquense en la fila —ordenó Sasha con un tono de voz nada afable.

Escoltados entre dos filas de agentes de seguridad, salieron al exterior. La noche era muy fría. Margarita se fijó en el termómetro que colgaba de una de las fachadas del edificio y vio que marcaba veintiún grados bajo cero. Casi a oscuras, caminando sobre la nieve y evitando resbalar en las placas de hielo que cubrían parte de la pista, avanzaron hacia el avión; se trataba de un Tupolev 234 con tamaño y autonomía suficiente para realizar un viaje largo.

Tras subir por las escalerillas, dos azafatas, corpulentas y serias, los recibieron con un saludo frío y les indicaron que ocupasen las dos primeras filas del aparato. Aunque el avión tenía una capacidad de más de cien plazas, el grupo iba a viajar solo.

Margarita se sentó en la primera fila, junto a la ventanilla, y Ellen lo hizo a su lado. Después llegó Ernest que ocupó el asiento del pasillo. Los minutos antes del despegue, Ellen y Ernest permanecieron en silencio, con los ojos cerrados. Margarita se puso a mirar por la ventanilla y vio cómo la máquina que quitaba el hielo de las alas, rociándolas a presión con un líquido descongelante, se separaba del avión. Los motores comenzaron a rugir y al cabo de unos minutos la aeronave se deslizó despacio por la

pista hasta que cogió la velocidad necesaria y se elevó. Nada más atravesar la capa de nubes se encendió la luz general, que había permanecido apagada durante las maniobras de despegue, y comenzó a sonar una música melódica. Margarita se quedó adormecida.

Después de tres cuartos de hora de vuelo, el doctor Glok se acercó a la primera fila y, mirándolos de frente, les pidió que le escuchasen.

—Ahora que estamos en el aire, me encuentro en disposición de darles cierta información sobre el viaje. Nuestro primer destino se encuentra al otro lado del océano, en una isla del Pacífico.

Paul Evans, al escucharlo, perdió los nervios y le increpó en un tono de voz agresivo.

—¿Y se puede saber cuándo nos va a explicar en qué va a consistir este misterioso trabajo? Estoy harto de tanta intriga. Lo que tenga que decirnos, haga el favor de hacerlo cuanto antes. Estamos en sus manos. ¿Por qué tanto misterio? ¿Piensa que tenemos alguna posibilidad de escapar? ¡Encuentro esta situación humillante! Nos están tratando como a simples marionetas y no como a las personas altamente cualificadas que somos.

Paul era muy delgado y tenía la espalda estaba ligeramente encorvada. Además, llevaba el pelo largo, algo sucio y despeinado, una barba de un par de días y unas ojeras, oscuras y pronunciadas que le daban aspecto de llevar mucho tiempo sin dormir.

Ernest alargó la mano hasta él y le pidió que se calmara.

—Buen gesto por su parte —intervino el doctor Glok mostrándose aliviado—. Propongo que a partir de este momento, Ernest haga las funciones de portavoz del grupo. Y créanme, entiendo perfectamente el estado emocional en el que se encuentran. Pero les pido que confíen en mí. No les va a suceder nada malo. Su seguridad está cien por cien garantizada. Les doy mi palabra de que tan pronto lleguemos a nuestro destino final, les informaré al detalle del proyecto, y les garantizo que lo que vamos a hacer les va a fascinar tanto que enseguida olvidaran los métodos tan poco éticos que está utilizando la empresa promotora. Ahora, relájense. Dentro de unos minutos, las azafatas nos van a servir la cena y quiero que la disfruten.

Cindy Näs lloraba desconsolada en su asiento y entre hipos y sollozos preguntó con una voz apenas audible:

—¿Y qué pasa con nuestras familias? ¿Quién les va a informar de dónde estamos? Yo estoy casada y tengo dos hijos pequeños. A estas horas, a

mi marido estará a punto de darle un infarto.

El doctor Glok se acercó a ella y la tomó suavemente de las manos.

—Tranquila, Cindy. Para su tranquilidad, y para la de todos ustedes, les confirmo que a estas horas todos sus familiares más cercanos están debidamente informados.

—¿Y qué les han dicho? —insistió ella, sollozando con amargura—. Nuestra situación me parece difícil de explicar.

Cindy era muy delgada y tenía una tez blanca y era tan fina que se le transparentaban las venas de la frente y también las de encima de los pómulos. Su aspecto general aparentaba ser muy frágil.

—Tranquilícese, por favor —le suplicó el doctor Glok mirándola con cariño—. Miembros de la organización han explicado a sus familiares que ustedes han sido seleccionados por el gobierno norteamericano para realizar una investigación especial de alta seguridad. Además, les han confirmado que tan pronto estén instalados en su lugar de trabajo, se pondrán en contacto con ellos.

—¿Y podremos? —intervino Manuel, alzando mucho la voz y poniéndose de pie.

—¡Por supuesto, Manuel! —contestó el doctor Glok irguiéndose y poniéndose otra vez enfrente de todos—. ¡No lo dude! Le pido que confíe en mí. Ya sé que Lupita, su mujer, está embarazada. No se preocupe, porque se ha quedado muy tranquila con lo que se le ha dicho. Además, en un par de días, como mucho, estará hablando con ella. De verdad, créame. No sufra innecesariamente. Bueno, ahora las azafatas van a servirnos la cena y si por el momento no quieren hacerme más preguntas, vuelvo a mi asiento.

La cena que les ofrecieron era inusual para un vuelo comercial. Tras un aperitivo a base de canapés de caviar y de diferentes tipos de pescados ahumados, las azafatas sirvieron de primer plato una sopa *borsch*, muy caliente, acompañada de una crema cortada y de un suave y frío vino blanco de Georgia. De segundo plato, una carne en salsa, acompañada de patatas y verduras cocidas, y de postre blinis rellenos de requesón y dulce de manzana. Para finalizar, café, té y un surtido de licores fuertes y variados.

Unas horas más tarde, las fuertes turbulencias y una voz a lo lejos despertaron bruscamente a Margarita. El doctor Glok se encontraba de nuevo de pie, enfrente de la primera fila, y hablaba con una voz armoniosa. El avión se movía tanto que parecía que el científico iba a

perder el equilibrio, sin embargo, Emilio Glok se mantenía firme.

—En unos minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Guam. Aunque probablemente todos lo saben, Guam es una isla de la Micronesia, situada en el océano Pacifico y pertenece a los Estados Unidos. Del aeropuerto nos trasladarán al laboratorio central. Por el momento, es todo cuanto estoy autorizado a decirles.

Margarita miró con ansiedad por la ventanilla, pero no pudo ver prácticamente nada. Nubes, alguna luz dispersa, y agua, mucho agua.

A las nueve y veinte de la noche aterrizaron en el aeropuerto de Guam. Unos soldados, ataviados con uniforme de la marina, los trasladaron en un minibús hasta un muelle de madera donde los esperaba un barco. Margarita estaba aterrada por todo lo que estaba sucediendo y aunque la temperatura ambiental era elevada, no podía dejar de tiritar. Subieron al barco y según se alejaban de la costa un coro de gaviotas los despidió revoloteando sonoramente encima de sus cabezas. Navegaron durante toda la noche. Los camarotes tenían unas camas confortables, pero Margarita no pudo dormir ni unos minutos. La angustia le impedía conciliar el sueño y hasta el amanecer estuvo hablando con Ellen y con Cindy.

Por la mañana, al acabar el desayuno, el doctor Glok rompió el tenso silencio, que invadía el comedor, y se situó en un lugar desde el que todos le podían ver y oír. Trató de sonreír y de mostrarse cercano, pero su rostro transmitía una gran ansiedad. Parecía que necesitaba cargarse de valor para comunicarles cómo iban a continuar el viaje.

—Aunque todo lo que les voy a contar a continuación les va a parecer muy extraño, les pido que no se alarmen. Su seguridad personal, tal y como les vengo diciendo durante todo el viaje, está totalmente garantizada. Nos encontramos muy cerca de nuestro destino definitivo. Dentro de unos minutos abandonaremos el barco y seguiremos el viaje en un batiscafo de última generación que se encuentra amarrado a esta misma plataforma militar. Me imagino que para todos ustedes este tipo de navío será una novedad.

Ernest tenía una personalidad calmada y no era habitual en él perder los nervios. Sin embargo, ante esta noticia, gritó:

—No entiendo, ¿un batiscafo, para qué? ¿Adónde pretende llevarnos?

El doctor Glok se mostró azorado y evitó contestarle. Se dirigió al doctor Meier y le dijo:

—Quizá Rudolf, con sus conocimientos de ingeniería, pueda explicarles

mejor que yo qué es un batiscafo. ¿Qué me dice?

Rudolf le devolvió una mirada malhumorada. No había dormido nada y se mostraba muy nervioso. Aun así, al ver la cara de desconcierto de sus compañeros, accedió a colaborar:

—Un batiscafo de última generación es una combinación de batiscafo y submarino —contestó en un tono hosco—. Del batiscafo se obtiene la propiedad de sumergirse a gran profundidad y del submarino la disponibilidad de espacio. Es un vehículo de inmersión profunda, preparado para llegar al fondo del mar y soportar la enorme presión del agua.

Pascal Giraud le miraba fijamente. No había hablado con nadie desde la presentación en el hotel Metropol. Era un chico delgado y bajito y tenía una perilla revuelta y mal recortada que le daba aspecto de sucio y abandonado. Además, desde el comienzo de la reunión en Moscú no había parado de estrujarse compulsivamente las manos y tenía las palmas muy rojas, despellejadas y sudorosas, casi en carne viva, lo que daba testimonio de su contacto habitual con sustancias químicas. La expresión de su cara mostraba que estaba a punto de entrar en un ataque de pánico. Con una voz entrecortada, pregunto:

—¿Y cómo se propulsa?

—Con una serie de motores alimentados por una batería eléctrica —contestó Rudolf en un tono suave. Sin embargo, al dirigirse al doctor Glok, cambio bruscamente de tono de voz—. Emilio, ¿dónde se supone que nos va a llevar?

El doctor Glok trató de mostrar normalidad y contestó:

—Nos dirigimos a un punto cercano al extremo suroccidental de la fosa de las Marianas, cerca del Abismo Challenger, a unos diez mil metros de profundidad, que es donde se encuentra el final de nuestro viaje. El laboratorio central.

El desconcierto entre el grupo de asistentes era abrumador y enseguida se desató la histeria. Unos gritando, otros llorando, otros mudos.

Margarita estaba paralizada de miedo. No era capaz de articular ni una sola palabra. Se frotó los ojos con fuerza, tratando de despertar de ese sueño, de salir de esa terrible pesadilla.

Sasha, Alexei y Kerman; los tres agentes de seguridad que los acompañaban desde Moscú, hicieron ademán de ponerse en marcha. Ordenaron a los científicos que recogieron sus enseres personales y los siguiesen sin alboroto hasta el batiscafo. Una vez que estuvieron al lado

de la nave, les hicieron entrar por la escotilla.

En el interior del batiscafo, al frente del cuadro de instrumentos, había dos tripulantes. Detrás de ellos, seis filas de tres asientos cada una completaban la cabina. Margarita, Ellen y Cindy se sentaron en la segunda fila. Detrás lo hicieron Ernest, Rudolf y Manuel, y una fila más atrás, Paul, Pascal y Petre.

La escotilla se cerró y Sasha ordenó que se abrochasen el cinturón de seguridad. Cindy empezó a toser y a respirar con dificultad. Margarita vio que la farmacéutica estaba sufriendo un ataque de ansiedad y le pidió a Olga que le diese un tranquilizante.

El doctor Glok se sentó en la primera fila, justo detrás de los pilotos, y mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, se giró hacia atrás y les pidió a los científicos que se relajasen y disfrutasen del viaje.

El batiscafo comenzó a sumergirse muy despacio.

Encima del cuadro de instrumentos había una pantalla enorme de televisión que recorría toda la pared frontal. Nada más comenzar la inmersión, la pantalla se encendió y fue retransmitiendo con detalle el viaje hacia el fondo del mar.

A doscientos cincuenta metros de la superficie se hizo de noche. La oscuridad era casi total y lo poco que se veía era gracias a los potentes faros de la nave. El doctor Glok empezó a explicarles cómo la zona fótica del mar comprendía dos capas; la eufótica que llegaba hasta los ochenta metros, por la que pasaba la luz con normalidad, y la disfótica que llegaba hasta los doscientos metros y a la que llegaba todavía algo de luz. A partir de ahí, empezaba la zona afótica donde la oscuridad era plena a partir de los mil metros.

En la pantalla se veían diferentes tipos de peces y de plancton, pero a medida que el batiscafo descendía, el agua se volvió más vacía y oscura y solo alguna nube de plancton bioluminiscente se divisaba a lo lejos.

Margarita cerró los ojos. No quería mirar más a la pantalla. La visión del exterior la aterraba. Miró a Cindy y comprobó que estaba dormida y que respiraba con normalidad. El doctor Glok se volvió a dar la vuelta y los animó a que disfrutasen de algo especial; de la magia del mar, sus habitantes, sus sombras y sus luces. De su suavidad envolvente que los engullía despacio, poco a poco, metro a metro.

A una velocidad de cinco kilómetros por hora tardaron más de dos horas en llegar a su destino.

Una vez en el fondo del mar, el batiscafo se posó suavemente sobre el lecho marino. Margarita vio en la pantalla de televisión cómo un brazo metálico se acercaba lentamente a la nave por la derecha y sintió sobresaltada el impacto del contacto de la nave con el brazo metálico y cómo la ventosa, que llevaba éste colocada en su extremo, enganchaba el batiscafo y lo trasladaba con suavidad hasta el interior de un túnel. Al cabo de unos minutos sintió un nuevo impacto, más fuerte, al contactar la nave con la estructura del edificio.

—Me alegra comunicarles que por fin hemos llegado a nuestro destino. Dentro de unos segundos se abrirá la escotilla superior de la nave y entraremos en el laboratorio central —dijo El doctor Glok con una cara sonriente mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad. Luego se acercó a Ernest y le preguntó con una mirada de complicidad—: ¿Ha disfrutado del viaje? Como portavoz del grupo quizá nos pueda decir algo que suavice la tensión de la espera.

Ernest carraspeó un par de veces antes de contestar:

—Lo siento, pero estoy aturdido. Reservo mis comentarios para cuando nos encontremos dentro del edificio. Por el momento, estoy tan intranquilo como el resto y me temo que no le voy a servir de gran ayuda.

Un chirrido estridente sobresaltó a Margarita y la hizo botar en el asiento. Se encontraba en tal estado de alerta que cualquier ruido extraño le provocaba una respuesta emocional exagerada. El sonido que tanto le había asustado procedía de la apertura de la escotilla.

—Bueno, en marcha —dijo el doctor Glok en un tono jovial mientras los animaba a abandonar la nave—. Suban con cuidado de no resbalar. Puede haber algo de humedad residual en la escalera. Olga, por favor, sube tú la primera.

Olga salió del batiscafo y detrás de ella, el grupo subió por unas escalerillas metálicas que acababan en un espacio estrecho, mal iluminado. De pronto, se abrió una puerta corredera y pasaron a una estancia que hacía las veces de recepción. De allí siguieron a Olga hasta una sala. La secretaria les indicó que se sentasen a la mesa, mientras el doctor Glok se quedaba de pie, a la cabecera de la misma.

—Después de tan largo viaje, voy a dejarles unas cuantas horas para que se instalen y descansen. En unos minutos, Olga les acompañará a sus respectivos camarotes donde encontrarán ropa de su talla y todo lo necesario para hacer cómoda su estancia aquí. Es importante que ajusten sus relojes a la hora local que teníamos en Guam. Ahora es la una del mediodía. Corríjanlo si es necesario. A las cinco de la tarde les espero a todos puntuales en esta sala, que a partir de este momento llamaremos

“sala de reuniones”. Será entonces cuando hablemos del proyecto.

En cuanto el doctor Glok dijo esto, la mayoría de los científicos alzaron sus manos.

—Después, señores. Les ruego que tengan paciencia.

Margarita bajó la mano resignada. A esas alturas sabía que era imposible negociar con el doctor Glok.

CAPÍTULO IV

EL LABORATORIO CENTRAL

Margarita fue la primera en abandonar la sala de reuniones. Con el corazón latiéndole deprisa, siguió a Olga por un pasillo que se encontraba en penumbra. Al igual que lo poco que había visto del edificio; el vestíbulo principal y la sala de reuniones, vio que las paredes, el techo y el suelo del pasillo eran también de acero inoxidable y que la tenue luz que lo iluminaba procedía de una hilera de focos de baja intensidad, incrustados en el suelo. Antes de llegar al final del corredor, Olga se detuvo ante una puerta y la abrió. Era la puerta de su camarote. Nada más entrar, y quedarse a solas, Margarita se echó a llorar. La tensión acumulada en las últimas horas le resultaba en ese momento imposible de contener. Además, el camarote era muy pequeño y esto le provocó una desagradable sensación de claustrofobia. Tenía una cama y una mesa, ambas sujetas a la pared, una silla giratoria, sujeta al suelo, y una puerta corredera que daba a un cuarto de baño minúsculo. Al igual que el resto del edificio, las paredes, el techo y el suelo eran de acero inoxidable. Le angustió ver todo tan gris y frío. Lo único que agradeció fue que en el camarote no hubiese ninguna ventana que dejase ver el exterior. La visión del fondo del mar le aterraba.

Se sentó en la silla giratoria y pasó los primeros minutos bloqueada, sin saber qué pensar, ni qué hacer. Tras pasar un buen rato sumida en la más profunda desesperación hizo un esfuerzo por sobreponerse y recuperar el control. Abrió la puerta del armario y vio que se encontraba perfectamente equipado con ropa de laboratorio y calzado de su talla. Cogió un pantalón con su camisola a juego y unos zuecos blancos y entró en el cuarto de baño a darse una ducha. Con los ojos cerrados y la espuma y el agua caliente cayéndole por el cuerpo y por la cara pensó, por unos instantes, que estaba en casa. Por desgracia, esa sensación agradable le duró poco.

Salió del cuarto de baño y vio que sobre la mesa le acababan de dejar algo para comer. Abrió el recipiente de plástico y encontró en su interior un sándwich de pollo y un refresco. Aunque llevaba horas sin comer, era incapaz de tomar nada. Sentía que tenía el estómago cerrado. No podía

dejar de pensar en su familia, en lo preocupados que estarían al no tener noticias de ella. También pensó en Mario y lo echó profundamente de menos. Si le hubiese puesto al corriente de todo, nada de esto la hubiese pasado. ¡Cómo se arrepentía de haber recelado de él! Miró la hora en su móvil y vio que eran las dos de la tarde. Le quedaban tres largas horas hasta que empezase la reunión. Pensó en ir en busca de Ellen y Cindy, pero no sabía que camarote les habían asignado y le dio miedo salir. Resignada, se tumbó en la cama. Tenía el cuerpo relajado por la ducha y se quedó sumida, durante un par de horas, en un ligero duerme vela. A las cinco menos cuarto de la tarde, la alarma del móvil la despertó. Desorientada se frotó los ojos. No sabía dónde estaba. Enseguida la consciencia la devolvió bruscamente a la realidad.

Presa de una gran inquietud, salió del camarote. El pasillo, en silencio, le pareció mucho peor que a su llegada. Todo era gris e impersonal. Atravesó la recepción y llegó a la sala de reuniones. La iluminación de la sala era intensa y la deslumbró al entrar.

Viernes, 17 de diciembre de 2021

—Buenas tardes, Margarita —la saludó Emilio Glok sonriente—. ¡La primera en llegar! ¡Que puntual! ¿Ha descansado algo?

Margarita estaba tan enfadada con el doctor Glok que evitó mirarle a los ojos. No soportaba esa sonrisa embaucadora, que tanto la había engañado, ni esa falsa confianza. Se dirigió al asiento que él le indicó y enseguida se dio cuenta de que la colocación de los científicos en la mesa era idéntica a la de la reunión del Hotel Metropol. Este hecho le causó un gran malestar ya que su asiento se encontraba alejado del de Ellen que era con la persona del grupo con la que tenía más confianza.

—¿Le sirvo un té o prefiere café o algún refresco?

—Té, gracias— contestó seca.

Pasados unos minutos, llegaron a la sala el resto de los científicos. Al igual que Margarita, todos tenían una mirada seria. El doctor Glok los recibió con un saludo jovial, en un intento de conciliar la situación, pero no consiguió su objetivo. Unos cuantos no le contestaron y otros lo hicieron con un saludo frio.

La mesa de la sala de reuniones era ancha y rectangular y permitía a los científicos ver sin problema la enorme pantalla que colgaba de la pared central.

—Muy buenas tardes a todos —dijo el doctor Glok sonriendo, mientras se acercaba con el puntero a la pantalla—. Espero que hayan descansado. En primer lugar quiero enseñarles el edificio y, para ello, Olga va a iniciar la

presentación desde su ordenador. Olga, por favor.

La pantalla se iluminó por completo y una detrás de otra fueron apareciendo diagramas que mostraban la distribución del edificio e imágenes reales tanto del interior como del exterior.

—Como pueden ver en la pantalla —continuó diciendo en un tono animado—, nos encontramos en un cubo de acero. Para su tranquilidad les informo que el edificio lleva en actividad más de un año y que, a día de hoy, y a pesar de estar a unos diez mil metros de profundidad, no ha tenido ningún problema técnico de importancia. En la planta inferior se encuentra el laboratorio donde vamos a trabajar y les puedo asegurar que está equipado con la más alta tecnología conocida en el mundo. Ahora no me voy a detener en ello. En este punto nos centraremos más adelante, cuando conozcamos las instalaciones *in situ*.

Los científicos escuchaban con atención a Emilio, que no paraba de hablar y de gesticular con las manos.

—… y desde el punto de vista cotidiano, del que también es importante hablar —continuó explicando con una energía desbordante—, disponemos de un almacén frigorífico y una despensa impresionantes, una sala de estar que pueden utilizar a cualquier hora del día o de la noche, y una biblioteca magníficamente equipada. Les aconsejo que no pospongan mucho su visita, porque el material que van a encontrar es impresionante. Y por último, en la planta de abajo disponemos de un servicio sanitario, con personal médico y de enfermería, y de un gimnasio equipado con máquinas de última generación.

Paul levantó la mano y preguntó:

—¿Y cómo se obtiene la energía? Me parece impensable…

El doctor Glok explicó que la energía se obtenía a través de unos generadores y que para economizar su consumo, la intensidad de luz en gran parte del edificio era baja.

De pronto Rudolf se puso en pie e increpó a Emilio a gritos.

—Pues yo lo que quiero saber es quién controla este edificio y desde dónde lo hace.

Emilio comenzó a sudar profusamente y se tuvo que secar la frente con la manga de la bata.

—Tranquilo, Rudolf, no tengo nada que ocultar. Deme tiempo para que se lo explique. En la planta de abajo, como pueden ver en la siguiente imagen, disponemos de un cuarto, al que denominamos sala de control,

donde dos ingenieros informáticos dirigen, coordinan, corrigen todo lo necesario para que tanto la vida como el trabajo se realicen de una forma segura, cómoda y eficaz.

—¿Cuántos metros cuadrados de superficie tiene el edificio? —preguntó Petre que no paraba de tomar apuntes en la agenda.

Detrás de los cristales de las gafas, Petre tenía unos ojos muy oscuros que le daban un aspecto misterioso. Aunque era joven, acababa de pasar la barrera de los treinta, el doctor Glok lo presentó como un informático de renombre. Hacía un par de años que había participado en el diseño de un programa informático con gran repercusión a nivel industrial.

—Contando con que el edificio tiene dos plantas, estamos hablando de unos mil metros cuadrados —respondió Emilio frotándose la barbilla.

Paúl cogió un bolígrafo y se puso a hacer cálculos en voz baja.

—Cómo van a ver en la siguiente imagen, Olga, por favor, pasa a la zona 2, nos encontramos en la planta superior. Si siguen el diagrama pueden ver que los camarotes, la cocina, el comedor, la sala de estar, la biblioteca, la sala de reuniones se encuentran en esta planta. En la planta inferior está el laboratorio, la sala de control, el gimnasio, el almacén frigorífico, los camarotes del personal, el cuarto de máquinas. En unos minutos realizaremos un recorrido por todas estas estancias. He querido empezar describiendo el edificio porque imagino estarán preocupados por su seguridad y mi intención es convencerles de que el edificio es seguro y que no nos va a faltar comida, ni medicinas. Así que antes de empezar a hablar del proyecto que nos ha traído hasta aquí, me gustaría invitarles a recorrer las instalaciones. ¿Me acompañan?

—Doctor Glok —le interrumpió de pronto Petre—, antes de empezar la visita, ¿puedo preguntarle algo más?

—Por supuesto, Petre, pregunte lo que quiera, y por favor llámenme Emilio.

—De acuerdo, Emilio, ¿dispone el edificio de algún sistema de emergencia que garantice la supervivencia en caso de que falle la energía y, por lo tanto, el intercambio de oxigeno?

—¡Por supuesto! ¡No lo dude! El edificio dispone de un cuarto especial, equipado con una serie de mecanismos auxiliares, al que nos tendríamos que dirigir de inmediato si sonase la sirena de alarma. La sala de emergencia, que es como la llamamos, se encuentra situado al lado de la sala de control y tiene capacidad suficiente para alojar a todo el personal del edificio. Además, de la autonomía necesaria para pasar tres días. Por otro lado, dispone de tres accesos directos al túnel que lleva a los

batiscafos con lo que la evacuación, en caso de ser necesaria, se realizaría mucho antes de agotar el plazo de supervivencia.

—¿Disponen de tres batiscafos? —preguntó Rudolf mostrando curiosidad.

Rudolf tenía una voz ronca, muy interesante y Margarita vio cómo Ellen, desde su posición en la mesa, levantaba la vista y le miraba con interés.

—Sí —contestó Emilio Glok mostrando alegría al ver cómo la curiosidad empezaba a manifestarse entre los integrantes del grupo—. En el túnel de acceso al edificio hay preparados permanentemente tres batiscafos para partir a la más mínima señal de emergencia y, además, si fuese necesario, desde nuestra base en tierra, nos enviarían de inmediato más unidades. Créanme, no corremos ningún peligro. Y ahora síganme. Vamos a iniciar la visita del edificio. Solo les pido que estén muy atentos. Van a ver cosas nuevas que estoy seguro van a ser de su interés.

Salieron de la sala de reuniones. Margarita aceleró el paso y se puso al lado de Ellen. A las dos les daba cierta seguridad estar juntas. Cindy, por el contrario, se quedó rezagada y fue caminando sola. Se mostraba tan deprimida y abatida que evitaba relacionarse con nadie. El resto fue comentando con el que tenía a su lado su opinión sobre las instalaciones. Visitaron las dependencias de la planta superior y después bajaron por la escalera de caracol a la planta inferior.

El laboratorio deslumbró por completo a Margarita. Cada máquina que veía le causaba más admiración. Había equipos que no conocía y de los que ni siquiera había oído hablar. De pronto, un grupo de auxiliares de laboratorio se acercó a saludarlos. Margarita los contó y eran diez. Le llamó la atención la coincidencia, ya que era el mismo número que el grupo de científicos si se incluía a Emilio Glok entre ellos.

Del laboratorio pasaron a la sala de descontaminación y de allí al vestuario donde cada uno tenía una taquilla asignada con su nombre.

—Hay que reconocer, Emilio, que no se le escapa nada —comentó Rudolf en tono irónico—. Lo tiene todo preparado al detalle. Da la sensación de que lleva toda la vida esperándonos.

—¡No exagere! —dijo el doctor Glok sonriendo—. Las personas para las que trabajamos quieren que se encuentren como en su casa.

—No me haga reír —gritó Manuel enfurecido. Era muy nervioso y no paraba de moverse, de uno a otro lado.

Ernest se acercó a él e intentó tranquilizarle.

Salieron del laboratorio y fueron a visitar el almacén frigorífico que era una estancia enorme, llena de estanterías metálicas, donde todos los alimentos estaban perfectamente clasificados. Carne de ternera, de cerdo, de cordero. Aves de todo tipo. Pescados. Frutas, hortalizas, legumbres. Paúl empezó a hacer cálculos en voz alta y estimó cuánto tiempo podrían permanecer allí retenidos.

Pasaron al centro médico y de allí al invernadero que tenía todo tipo de plantas y árboles frutales, e incluso una pequeña huerta de cultivo. Después visitaron el gimnasio que tenía todo tipo de aparatos y cada cual era más moderno y sofisticado.

Por último, fueron a la sala de emergencia. Margarita era muy supersticiosa y nada más entrar cruzó los dedos. Ernest, al verla, sonrió.

En la sala de control, dos hombres, vestidos con uniforme militar, los recibieron sonrientes.

—Les presento a Andy y Louis, los responsables de nuestra seguridad —dijo Emilio dándoles la mano.

—Siempre que has venido te hemos cuidado bien —dijo Andy socarrón— ¿Cuántas visitas llevas? ¿Cuatro, cinco?

—¡Andy, qué mal me llevas la cuenta! Llevo tantas que ni me acuerdo, pero más de cinco seguro.

—¡Cinco! ¡Qué barbaridad! —exclamó Margarita abriendo los ojos como platos.

Este comentario le hizo mucha gracia a Ernest que volvió a fijarse en Margarita y la miró cómo si la hubiese visto por primera vez.

—Según como se mire… —dijo Emilio dubitativo—. Bueno, es hora de que vayamos a cenar. Me imagino que tendrán apetito. Yo, por lo menos, lo tengo. ¡Síganme, por favor!

Una vez en el comedor, los recibió un camarero, perfectamente uniformado, que se encontraba en ese momento colocando, sobre la mesa, las bandejas de comida.

Ernest desplegó la servilleta sobre sus piernas y antes de empezar a comer preguntó a Emilio con un tono de voz impaciente:

—¿Cuándo nos va a contar que quiere de nosotros?

El doctor Glok miró a Ernest con una sonrisa cercana y entre risas le

contestó:

—¡Ay, Ernest! ¡Qué haríamos sin usted! Mañana por la mañana le prometo que empezará nuestra aventura. A las nueve les espero puntuales en la sala de reuniones. Será entonces cuando les explique en detalle en qué va a consistir nuestra misión aquí.

—¡No lo puedo creer! —gritó Rudolf enfurecido. Estaba tan enfadado que tiró con rabia la servilleta al centro de la mesa—. ¿Nos piensa tener otro día más, en ascuas, sin darnos ninguna información? ¡Me parece intolerable! Ya que estoy aquí en contra de mi voluntad, me gustaría saber cuanto antes para qué me han traído y por cuánto tiempo.

—Tranquilo, Rudolf, no se enfade —le pidió Emilio en tono conciliador—. Si de mí dependiese les habría informado de todo hace horas, pero…

—¿Pero? ¡No intente disculparse! ¡No entiendo a qué viene tanto misterio! —insistió Rudolf, mostrándose cada vez más alterado.

—¡Pienso lo mismo! —se sumó Paul poniéndose de pie.

—¡Y yo, y yo! —le secundaron el resto.

—¡Tranquilos, que no hay ningún misterio! —dijo Emilio poniéndose también de pie y gesticulando enérgicamente con las manos para intentar que se sentasen—. Nuestros jefes quieren que se aclimaten a este lugar antes de conocer la envergadura del proyecto. Dense cuenta que van a tener que entender a la perfección lo que se espera de cada uno de ustedes. Si por el contrario, están preocupados por el edificio, por la seguridad, por la energía, no van a prestar la debida atención a lo que se les va a explicar, ni a lo que se les va a pedir.

Una vez controlado el alboroto, empezaron a cenar. El doctor Glok aprovechó la ocasión para informarles sobre las normas que regían en el laboratorio. El desayuno se servía todos los días a las ocho de la mañana y a las nueve estaba prevista la reunión. Después irían al laboratorio, tendrían un descanso al mediodía para comer y regresarían para continuar el trabajo hasta las seis y media de la tarde.

—Durante el día pueden moverse libremente por todas las instalaciones —continuó explicando el doctor Glok—, pero a partir de las seis y media de la tarde no está permitido bajar a la planta inferior. ¿Alguna duda? Bueno, pues si no me quieren preguntar nada más, son las diez y media de la noche y me voy a retirar a dormir. Les invito a que me imiten, porque mañana nos espera un largo día de trabajo.

A Margarita le hubiese gustado quedarse un rato más a solas, con el resto de sus compañeros, pero no se atrevió a proponerlo. Estaba ansiosa por

intercambiar impresiones sobre lo que les estaba sucediendo. Resignada, se levantó y se fue a su camarote. Pensó que ya tendrían tiempo suficiente para hablar entre ellos.

CAPÍTULO V

LA TEORÍA

Sábado, 18 de diciembre de 2021. Sala de reuniones

Después de una larga noche de insomnio, Margarita llegó puntual a la primera reunión de trabajo. Vestía ropa de laboratorio y llevaba la rubia melena sujeta en una coleta. Al igual que en el hotel Metropol, Emilio Glok estaba sentado en el extremo izquierdo de la mesa seguido de Ernest, Ellen, Pascal y Cindy. Margarita se encontraba situada enfrente de la pantalla, a uno de los lados de la cabecera de la mesa y Rudolf al otro lado; seguido de Pietre, Paul, Manuel. En el extremo derecho de la mesa, enfrente del doctor Glok, estaba Olga.

—Buenos días, a todos —saludó Emilio Glok, mientras se acercaba desbordante de energía a la pantalla—. Por fin ha llegado el momento de hablar del proyecto que nos ha traído hasta aquí. Olga, por favor, enciende la pantalla y posiciónate en el punto 2.00a3 del protocolo.

Olga tenía un ordenador en su sitio y comenzó a mover con desgana el ratón en una y otra dirección.

—Si tienen alguna pregunta —continuó diciendo el doctor Glok—, o consideran que la presentación va demasiado rápida, no duden en pedir a Olga que la detenga. A partir de este momento, todo lo que hagamos quedará automáticamente registrado en el sistema.

La presentación comenzó con una serie de imágenes de un laboratorio, que Emilio explicó pertenecía también a la empresa, y que fueron pasando una detrás de otra, hasta que apareció una figura en la pantalla. Entonces, la secuencia de imágenes se detuvo.

Rudolf empezó a murmurar con Margarita por lo bajo.

—Por favor, no hablen entre ustedes —dijo Emilio mirando fijamente a los dos—. Cualquier cosa que deseen saber, por favor, pregúntenlo en voz alta. Bien, sigamos, fíjense bien en la pantalla, esa imagen que ven es el motivo real de que nos encontremos aquí. Se trata de una nanopartícula diseñada de momento a nivel puramente informático y que se denomina

Farmachip.

—¿*Farmachip*? —preguntó Ernest mirando al doctor Glok con cara de sorpresa—. En mi vida he oído hablar de esto.

—Lógico —contestó el doctor Glok—, el *Farmachip* se encuentra en vía de desarrollo y es un infofármaco, por el momento, imaginario, compuesto por dos partes: un nanochip, con el espacio suficiente para almacenar la información que se le asigne, y una sustancia farmacológica con la capacidad de llegar y actuar en el sitio que se le requiera. Además, las dos partes deberán estar integradas en una sola.

El *Farmachip* que vamos a tratar de diseñar deberá cumplir un requisito fundamental: poder ser controlado desde fuera del organismo, a través de un ordenador externo, para llegar a la célula seleccionada y efectuar en ella la función que se le solicite. Pues bien, para realizar este proyecto tan importante e innovador han sido elegidos entre miles de personas en el mundo. Un informático para trabajar en todo lo referente al nanochip y al registro y seguimiento de las pruebas. Un ingeniero de telecomunicaciones para colaborar con él. Una microbióloga, una genetista y un neurólogo para todo lo relacionado con la interacción de la partícula con la célula o con organismos extraños al cuerpo (virus, bacterias….). Un físico y un químico para todo lo relacionado con el transporte de la partícula, su acción sobre la membrana celular y su interacción con los mediadores químicos. Una farmacéutica para todo el proceso fármaco-cinético y un matemático para calcular todo lo que sea necesario, incluso las posibilidades de éxito. ¿Qué le parece, Paul? —preguntó Emilio con una sonrisa embaucadora.

Paul levantó la mano y realizó un cero con los dedos.

—¡Por favor, Paul, no sea tan pesimista! —dijo Emilio sonriendo, mientras meneaba la cabeza. Después se acercó corriendo a la mesa y golpeándola con las dos manos dijo en un tono de voz elevado:

—Y para aumentar su interés en el proyecto les confirmo que la primera fase se ha superado hace meses con éxito.

Petre, el informático, llevaba toda la reunión sin levantar los ojos de su agenda, dibujando figuras geométricas. Ante lo que acababa de oír, sin embargo, preguntó en un tono poco cordial:

—Y eso, exactamente, ¿qué quiere decir?

—Que el nanochip se encuentra teóricamente diseñado — contestó el doctor Glok.

Manuel ante esta noticia se mostró esperanzado y empezó a realizar todo tipo de especulaciones en voz alta. Emilio, ante esto, tuvo que interrumpirle.

—No, Manuel, siento desilusionarle. Ustedes son los primeros que van a trabajar aquí. Los informáticos que han participado en el diseño del nanochip lo han hecho desde laboratorios especializados en tierra, precisamente en el que aparece en la presentación que acabamos de ver. Por el contrario, este laboratorio se ha construido para llevar a cabo la segunda fase del proyecto, es decir, para la concreción final del *Farmachip* .

La explicación de Emilio produjo un efecto negativo en Cindy, que empezó a respirar con dificultad. Olga se acercó a ella y le ofreció un ansiolítico.

—Tranquila, Cindy —dijo Emilio acercándose a su vez a la farmacéutica y hablándole en un tono de voz muy cálido—. En el momento en que lo tengamos diseñado, nos volvemos a casa.

Margarita tenía cientos de preguntas en su cabeza pero la timidez le impedía realizarlas.

Ernest, por su lado, se atusaba el bigote, pensativo y cuando Emilio regresó a su puesto le preguntó:

—¿Cuál es la razón de realizar el experimento aquí, en el fondo del mar? No consigo entender por qué han elegido un lugar tan aislado e inquietante.

—¡Usted lo ha dicho, Ernest! El aislamiento ha sido uno de los principales motivos que han llevado a la organización a construir el laboratorio aquí. Nuestros superiores piensan que vamos a necesitar mucha concentración y disponer de mucho tiempo para pensar.

Ernest apretó con fuerza el bolígrafo, que tenía entre sus manos, para evitar perder el control y contestarle a Emilio como se merecía. Manuel se llevó las manos a la cabeza y puso los ojos en blanco, mientras Rudolf miraba a Emilio con ganas de saltarle al cuello.

—Siento decirle que su respuesta no me convence en absoluto —contestó Ernest atusándose nervioso el bigote—, ni siquiera me tienta. Es evidente que podían habernos llevado a un laboratorio, en cualquier parte del planeta, y hubiese sido mucho más fácil para todos. Ustedes se hubiesen ahorrado todo lo que ha tenido que costar esta compleja instalación y nosotros trabajaríamos más relajados. ¿No se da cuenta de que el hecho de estar aquí abajo, a diez mil metros de profundidad, nos provoca un estrés que va a dificultar mucho nuestra labor? ¿Qué esconden? Creo que

es importante que nos lo diga.

Rudolf apoyó la intervención de Ernest, diciendo a media voz:

—Mentiroso, a otro perro con ese hueso. Este tío se cree que somos gilipollas.

Margarita, apurada, le tiró de la manga de la camisola y le pidió que se callara. Ernest los miró pensativo y Emilio hizo como que no había oído el comentario de Rudolf y siguió diciendo:

—Voy a añadir al aislamiento otro factor determinante; la presión. Los promotores del proyecto quieren reproducir en este laboratorio las condiciones que consideran más favorables para que el experimento pueda salir adelante.

—¡Bobadas! —exclamó Manuel en un tono acalorado— ¿A quién pretenden engañar? ¡La presión! ¡Menuda escusa más peregrina!

A Margarita nada de lo que decía Emilio le convencía. Todo le sonaba a falso. Estaba tan angustiada que al final se atrevió a preguntar:

—¿Y si no conseguimos nada? ¿Nos permitirán regresar?

Ernest levantó los ojos al escuchar su voz y la miró con interés. Apenas habían cruzado unas palabras desde que se conocieron en el hotel Metropol.

—Margarita —contestó el doctor Glok mostrándose impaciente—, le digo lo mismo que le he dicho antes a Paul. No sean pesimistas y confíen más en ustedes. Estoy convencido de que vamos a obtener buenos resultados.

—Ya, ya —intervino Rudolf con ironía—. ¿Y cuál es su función en este proyecto, sí es que nos la puede desvelar y no es otro de sus secretos?

Este comentario de Rudolf le hizo mucha gracia a Margarita y a partir de ese momento el ingeniero le empezó a caer bien. Se giró hacia él y le observó con detalle. Pensó que las canas de su pelo le daban un aspecto interesante y que su mirada, viva e inteligente, dejaba intuir que detrás de ese rostro enojado, y de esa voz hosca, había una persona alegre e ingeniosa.

—Por Dios, Rudolf, ningún secreto —contestó Emilio muy cordial—. Mi papel en este proyecto es el equivalente al de un director de orquesta. Me va a tocar dirigirles, apoyarles, integrarles, corregirles y cientos de cosas más que se irán viendo según vayan surgiendo.

—*¡Touché!* —sentenció Paul, señalando con el dedo a Rudolf. A esas alturas todos eran conscientes de que con Emilio no había discusión posible, porque siempre tenía respuestas para todo.

Pero Ernest era muy tenaz y enseguida volvió a la carga. No era de los que dejaba cosas en el tintero.

—¿Y qué ha sido de las personas que han trabajado en la primera fase del proyecto? ¿Trabajaremos en algún momento con ellos? ¿Vendrán a explicarnos la parte informática?

El doctor Glok dejó el puntero sobre la mesa y se retiró con la manga de la bata, las gotas de sudor que le caían por la frente.

—Lo siento, Ernest, pero son demasiadas preguntas por hoy. Ese tema lo dejaremos para otro momento. Ahora, lo que quiero es que vayamos al laboratorio, se instalen cada uno en su puesto de trabajo y empiecen a familiarizarse con el material que les hemos preparado. Estoy impaciente porque tengan un primer contacto con su ordenador y, por lo tanto, con el primer punto del procedimiento, al que a partir de este momento llamaremos simplemente PNT (procedimiento normalizado de trabajo). Antes de ponernos en marcha quiero aclararles que a partir de hoy, todos los días, a las nueve de la mañana, nos reuniremos en esta sala para hablar de las cuestiones que vayan surgiendo en el laboratorio. Los lunes, la reunión será más larga porque comenzaremos cada semana haciendo una exposición de los problemas y los avances que hayan ido apareciendo a lo largo de la misma. ¿Tienen alguna duda?

—¡Un mar de dudas! —contestó Manuel en un tono agresivo—. Y Le repito que a mí lo único que me preocupa es qué va ser de mi familia, y de dónde van a sacar el dinero para vivir mientras yo permanezca aquí, secuestrado. No sé cómo se sentirá el resto, pero yo me encuentro tan mal que no estoy en disposición de ponerme a pensar en nada.

El resto del grupo se sumó al instante a lo que acababa de decir Manuel con un murmullo alborotado.

—Tranquilos, tranquilos —intervino Emilio Glok gesticulando con las manos—. Discúlpenme por no haberlo comentado antes, pero este proyecto, por supuesto, está remunerado. A sus familias no les va a faltar de nada. Y no me pregunten cuánto les van a pagar, porque en este momento no lo sé, pero sí les puedo decir, por lo que me indicó mi superior, que mucho más de lo que ganaban en sus respectivos trabajos.

—¡Eso suena a mucho dinero! —exclamó Rudolf en un tono socarrón, mientras se frotaba las manos de forma exagerada—. Todavía vamos a

tener que estar agradecidos por estar aquí.

—Rudolf, por favor, no exagere —dijo Emilio Glok riendo—. Bueno, creo que es hora de ponernos en marcha.

Los científicos salieron con desgana de la sala de reuniones y se dirigieron por las escaleras de caracol a la planta de abajo. Margarita, Ellen y Ernest formaban la sección de biología y les asignaron la mesa central del laboratorio. En la mesa de detrás se situaron Rudolf, Cindy y Petre, y en la de enfrente Manuel, Paul y Pascal. Emilio y Olga ocuparon una mesa aparte, desde la que se accedía a las de todos, y los auxiliares del laboratorio se colocaron en las del fondo.

Margarita se sentó en el taburete del puesto que le habían asignado y miró con recelo su terminal de ordenador. Le desesperaba tener que participar en algo que no quería. Con apatía cogió el ratón y clicó en un icono denominado "PNT2.oo3a.1MS". En la pantalla aparecieron secuencias de palabras y diagramas y todo un mundo de circuitos integrados, transistores, CPU, unidades de memoria… Y definiciones muy avanzadas y precisas de nanotecnología como; nanopartícula, nanobot… se sucedían una detrás de otra.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ellen al oírla suspirar tan agobiada.

—Estoy completamente perdida. No entiendo nada de lo que aparece en la pantalla. ¿Sabes algo de nanotecnología?

—¡Que va! —contestó Ellen, mientras movía el ratón del ordenador por la alfombrilla—. De toda la información que se está descargando sobre cómo se fabrica un microprocesador, un nanoprocesador, un nanobot tengo que reconocer que no entiendo nada. Me imagino que nos darán una amplia explicación si quieren que la utilicemos para algo.

Ernest estaba a su lado y las oía hablar, pero no intervino en ningún momento en la conversación. Se encontraba totalmente absorto con la información que estaba leyendo.

Esa noche, después de la cena, Ellen y Ernest fueron al camarote de Margarita. Durante uno de los descansos de la tarde, Margarita les había propuesto juntarse para cambiar impresiones. Ernest se sentó en la silla giratoria, mientras Margarita y Ellen lo hacían en el borde de la cama. Durante un buen rato estuvieron hablando del secuestro, del viaje, del laboratorio central. Margarita cogió su agenda y se puso a dibujar un esquema del edificio. No quería que se le olvidase nada de lo que había visto durante el recorrido. A Ernest y a Ellen les pareció buena idea y, entre los tres, intentaron plasmar lo que recordaban de la visita.

Ernest comentó que el edificio podía ser mucho más grande de lo que creían, porque ninguno lo había visto desde el exterior. Ellen, por su parte, señaló una zona de la planta inferior de la que no sabían nada, así que, los tres acordaron memorizar el esquema para ir completándolo a medida que pudiesen.

Margarita tenía mala cara y Ernest la miró preocupado.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—No puedo dejar de darle vueltas a lo que nos ha pedido el doctor Glok. ¿Creéis que existe una posibilidad real de diseñar un Farmachip o pensáis que este proyecto no es más que la fantasía de un grupo de chiflados? La verdad es que yo no sé qué pensar.

Ellen negó con la cabeza mientras se mordía las uñas con ansiedad.

—Yo tampoco sé qué pensar —intervino Ernest, mirándola fijamente a los ojos—, pero no me parece razonable haberse gastado todo el dineral que ha debido costar esta instalación, si no creen que existan posibilidades reales de éxito. Aunque reconozco que lo veo muy difícil, por no decir imposible. Es una auténtica locura creer que un grupo de científicos, trabajando en contra de su voluntad, vayan a conseguir lo que hasta ahora nadie ha conseguido. Y lo que me parece aún más grave es cómo van a poder justificar, a nuestro regreso, la forma de habernos traído a la fuerza hasta aquí. Una cosa es lo que les hayan contado a nuestras familias y otra muy diferente es lo que nosotros vayamos a contar cuando regresemos. ¡Si regresamos! Daos cuenta que han vulnerado nuestros derechos más básicos.

—Ernest, por favor, no nos asustes —dijo Margarita con los ojos húmedos de lágrimas—. No puedo ni quiero pensar en eso. Lo que sí sé es que si queremos volver a casa, debemos colaborar.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Ellen lloriqueando—, y dispuesta a hacer todo lo que haga falta para salir cuanto antes de este lugar.

—Pues yo tengo que reconocer que me da rabia y que en principio no estoy dispuesto a colaborar —dijo Ernest en un tono de voz enfadado—. No admito que me obliguen a hacer algo a la fuerza.

—Venga, Ernest, por favor —le pidió Margarita con suavidad—. A mí me sucede lo mismo, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

Ernest cerró los ojos, pensativo, y tras unos minutos en silencio, asintió con la cabeza. En el fondo sabía que Margarita tenía razón.

En Madrid, Mario estaba muy angustiado y no daba crédito a las explicaciones que los funcionarios del gobierno le habían dado a la familia de Margarita. De todo el grupo de familiares y amigos de los científicos, Mario, era el único que sabía cómo había sido citada su novia. Por esto, y por no haber recibido su llamada, tal y como le había prometido, estaba convencido de que algo iba mal. Margarita era muy seria y cumplidora, y si decía que iba a hacer algo lo hacía. No había disculpa imaginable que justificase tantos días sin comunicarse con su familia ni con él.

Por el contrario, los familiares y amigos del resto de los desaparecidos habían aceptado sin objeciones las explicaciones de los funcionarios del gobierno. Estaban acostumbrados a las extravagancias de los trabajos de los científicos: horarios intempestivos, incluso de permanecer un par de días sin salir del laboratorio, viajes sorpresa, vacaciones canceladas.

Pero a Mario nada de eso le convencía. Decidió mantener una presión constante sobre el doctor Félix Pereira y empezó a llamarle cada día, de forma obsesiva, al teléfono del laboratorio. Le exigía que se comunicase con el doctor Glok y le preguntara por el paradero de Margarita. El doctor Pereira aunque quería, no podía complacerle porque Emilio Glok no le contestaba al teléfono y él no sabía el nombre de la empresa para la que trabajaba en ese momento. Lo único que repetía, una y otra vez, era que el doctor Emilio Glok gozaba de una reputación excelente, tanto académica como personal y que, además, era un gran amigo suyo.

Pero Mario no se quedaba conforme. En su recuerdo quedaba el beso de Margarita, al despedirse de él en el portal de su casa, y la promesa de llamarle de inmediato nada más abrir el sobre.

CAPÍTULO VI

LA IDEA

Viernes, 24 de diciembre de 2021

Ese viernes por la mañana el doctor Glok se presentó en la sala de reuniones desbordando energía y especialmente arreglado. Llevaba el pelo empapado con su colonia habitual y muy bien peinado hacia atrás.

—Buenos días —saludó en un tono animado—. Después de pasar nuestra primera semana de trabajo aquí, creo que es el momento de empezar a intercambiar impresiones. ¿Tiene alguno de ustedes una idea, por muy peregrina que sea, de cómo diseñar un *Farmachip*? Admito cualquier sugerencia.

Margarita miró suplicante a Ernest y a Ellen. Luego levantó la mano con timidez. Había intentado que fuesen ellos los que expusiesen la idea, pero

le había tocado a ella realizar la exposición.

—¡Qué sorpresa! ¡Margarita! —aplaudió sonoramente el doctor Glok, mientras la miraba con curiosidad—. Acérquese a la pizarra, por favor.

Margarita se encontraba tan nerviosa, frente a la pizarra, y al resto de los científicos, que pensó que las piernas le iban a fallar. Además del temblor que padecía, el corazón le latía acelerado. Cogió de la bandeja inferior de la pizarra un par de lápices digitales, de colores diferentes, y dibujó primero una bola y la coloreó toda de azul. Después dibujó un grupo de bolas y las coloreó todas de rojo.

—Lo que voy a explicar a continuación es una idea en la que hemos estado trabajando Ernest, Ellen y yo durante estos días. Probablemente es una insensatez. Hemos pensado que tenemos que diseñar dos tipos diferentes de *Farmachip*. Uno, al que a partir este momento le voy a llamar ‹‹*Farmachip* testigo››, y que está representado por la bola azul, y otro, al que voy a llamar ‹‹*Farmachip* actuante›› y que lo representan las bolas rojas. La teoría en la que nos basamos consiste en la posibilidad de introducir en el torrente circulatorio un *Farmachip* testigo, con afinidad por la célula sobre la que se quiere actuar, y varios *Farmachips* actuantes. El *Farmachip* testigo llevará colgado un sensor que permitirá al ordenador exterior conducirlo por control remoto hasta la célula. Una vez allí el *Farmachip* testigo se adherirá a la membrana celular y emitirá una señal nerviosa capaz de activar los receptores de acetil colina. Esto permitirá la entrada de sodio en la célula, y provocará su despolarización. La apertura de los canales de calcio la aprovecharán los *Farmachips* actuantes para penetrar en el interior de la célula. En resumen: El *Farmachip* testigo y el *Farmachip* actuante deberán diseñarse bajo una serie de premisas:

››Primero: El *Farmachip* testigo deberá tener un vínculo con la célula donde queramos ejercer una acción. Lo primero que tenemos que hacer, por lo tanto, es diseñar el vínculo.

››Segundo: El *Farmachip* testigo tendrá un sensor que le permitirá ser controlado desde un ordenador exterior y, además, será capaz de atraer a los *Farmachips* actuantes.

››Tercero: Una vez que se encuentren los *Farmachips* actuantes en el interior de la célula marcada, deberán actuar como si fuesen un virus e integrarse en la cadena de ADN celular. Para ello, deberán penetrar en el núcleo de la célula, antes de que comience la interfase, para intervenir en la replicación. Debemos diseñar, por lo tanto, un vínculo secundario que permita al *Farmachip* actuante llevar una de las cadenas de nucleótidos idéntica a la de la célula marcada y la otra propia, que es con la que controlaremos finalmente la célula.

Dicho esto, Margarita dejó los lapiceros digitales en la bandeja de la pizarra electrónica y regresó a su asiento con el corazón latiéndole a toda velocidad. Ernest la siguió con la mirada y, cuando ella se sentó, los dos se miraron de una manera especial.

Emilio Glok aplaudió la intervención sonoramente y enseguida el resto del grupo se sumó a él.

—Solo llevamos una semana aquí y ya hay en el ambiente una posibilidad. ¡Muy interesante! ¡Muy interesante! —repetía una y otra vez el doctor Glok— ¿Qué opinan el resto de ustedes de la propuesta del equipo de biología?

Nadie contestó nada. Los rostros de la mayoría expresaban desconcierto, cosa que no era de extrañar.

Después de unos minutos de silencio, Rudolf se levantó y se dirigió a la pizarra. Margarita lo miró sorprendida y vio cómo Emilio le enviaba a Olga una mirada de complicidad.

—Cindy y yo también tenemos una teoría. Si aceptamos como punto de partida la propuesta de Margarita, vamos a contar con un *Farmachip* testigo para cada tipo de célula a tratar y unos *Farmachips* actuantes para ejercer una acción en la célula marcada. ¿Te he entendido bien, Margarita?

—Sí —asintió ella con una voz suave.

—Pues bien, Cindy y yo estamos pensando en un sistema que permita desplazar las nanopartículas por el torrente circulatorio. Creemos que podría ser una vesícula esférica, similar a un liposoma, en la que el núcleo sea el nanobot o nanochip. Lo que nos queda por determinar es si nos interesa que la vesícula conste de partes hidrosolubles y liposolubles o si, por el contrario, solo nos interesa que sea hidrosoluble o liposoluble.

—¡Increíble! —le interrumpió Emilio Glok que estaba tan eufórico que no paraba de revolverse en su asiento—. Creo que tenemos un interesante punto de partida y les reconozco que me han sorprendido. No esperaba que ideasen una teoría tan rápido. Bueno, ¿qué opinan? Digan algo —preguntó dirigiéndose al resto del grupo.

—Tendremos que pensarlo con calma —contestó Paul con cara hosca—. A mí todo esto me parece irreal, fantasioso, pero si tenemos que imaginar y trabajar en una ficción yo, por mi parte, les seguiré el rollo, aunque de momento me reservo mi opinión, puesto que no la tengo.

Pascal estaba sentado a la izquierda de Margarita y se dirigió a ella

mientras se frotaba con fruición las yemas de los dedos.

—¿Y habéis pensado cómo puede ser ese vínculo? Quiero deciros que la idea me ha parecido muy interesante pero que no entiendo cómo se…

—Calma, Pascal —le interrumpió Ernest dando un respiro a Margarita que tenía la cara roja como la grana—. No nos aceleremos. Por el momento solo nos encontramos ante el boceto de una idea. Si conseguimos diseñar los *Farmachips*, quedará pendiente que Petre valore si es posible controlarlos desde un ordenador externo. En el supuesto de que sea posible, y el ordenador tenga el control total de la célula, entonces sí podremos manipularla. Y respecto al vínculo, algo hemos pensado, pero…

Emilio interrumpió a Ernest y le pidió que se levantase y continuase la explicación desde la pizarra electrónica.

Ernest cogió un lápiz digital de la bandeja inferior y empezó a escribir. Margarita le envió una sonrisa de agradecimiento. Se encontraba aliviada de que él le hubiese cogido el relevo y mientras escribía, lo observó con detenimiento. Todo en él le gustaba: Su aspecto físico, imponente y elegante, su gran inteligencia, su cercanía y gran humanidad. Ellen miró a Margarita y le sonrió. Los tres se estaban haciendo grandes amigos.

—Por ejemplo —continuó diciendo Ernest señalando con el puntero las bolas rojas que acababa de pintar Margarita—, si los *Farmachips* actuantes se encuentran en el interior de una célula cancerosa, nuestro objetivo, desde fuera, será provocar su apoptosis o suicidio voluntario. Por el contrario, si se trata de una célula inmersa en un proceso degenerativo o autoinmune, como es el Alzheimer, la retinosis pigmentaria, la esclerosis, el Parkinson, lupus, etcétera, trataremos de provocar lo opuesto, es decir, bloquearemos la apoptosis a la que la célula va irremediablemente dirigida. Más interesante aún, ante una lesión medular con interrupción, actuaremos en las células a nivel del bloqueo para que a modo de máquina de coser éstas se vayan multiplicando y engarzando las unas a las otras hasta llegar a la motoneurona correspondiente, y una vez restablecida la conexión: ¡Milagro! Vuelta al control corporal.

—Como idea me parece genial —aplaudió Manuel mirando a Ernest fijamente a los ojos—, pero de ahí a que pueda ser real… De todas formas aprovecho esta intervención para deciros que yo no pienso participar a la fuerza en ningún proyecto, y mucho menos aquí.

Emilio Glok no parecía estar dispuesto a que nada estropease la magia del momento e intentó quitar importancia al malestar de Manuel.

—Por mi parte —dijo mostrándose eufórico—, estoy satisfecho con estas primeras ideas que habéis planteado, que demuestran una gran inteligencia y sabiduría por vuestra parte. Coincido con ustedes en que de

momento nos encontramos en el terreno de la ciencia ficción, pero ¿quién nos dice que no pueda llegar a ser real? Personalmente me parece una premisa razonable de partida, aunque deberemos pensar en los pros y en los contras antes de llevarla a cabo. Pero bueno, hoy es la noche de Navidad y no quiero agobiarles con preocupaciones. Todo lo contrario. Quiero que sea un día especial y por ello hoy tendrán la tarde libre y, además, esta noche nos servirán una cena especial.

Manuel volvió a intervenir y en esta ocasión en un tono todavía más agitado:

—Emilio, le recuerdo que durante el viaje nos prometió que íbamos a poder hablar, nada más llegar, con nuestras familias y han pasado diez días y todavía no lo hemos hecho. Esta noche lo que realmente necesito es hablar con mi mujer y con mis hijos. A pesar de lo que les cuente el gobierno, no creo que puedan entender que en un día tan especial como el de hoy, no me ponga en contacto con ellos.

Emilio sonrió a Manuel y se tomó unos segundos antes de responder.

—Pensaba decírselo después, pero ya que Manuel se me ha adelantado les informo de que esta noche, desde el ordenador de la sala de control, podrán chatear un rato con sus familiares. Ni qué decir tiene que la conversación será supervisada por nuestros agentes de seguridad y que deberá ser trivial, optimista, obviando sus preocupaciones y detalles de su paradero. Si alguien intenta transgredir esta advertencia, impedirá al resto y a él mismo volver a comunicarse con el exterior. ¿Me han entendido?

Los científicos se mostraron entusiasmados ante la noticia y prometieron al doctor Glok cumplir con lo acordado.

—Si esta primera comunicación sale bien —continuó diciendo Emilio Glok—, le pediré a mi superior que me autorice a que la realicemos por lo menos una vez por semana. ¿Están de acuerdo?

A Margarita el corazón le empezó a latir agitado ante la impaciencia de poder hablar con su familia. Después pensó en Mario. Tenía que estudiar muy bien lo que le iba a decir, porque era muy listo y quisquilloso y temía que no se creyera lo que le iba a contar.

‹‹¡¡¡Pero ¿qué me estás contando?**!!!››** —escribió Mario entre exclamaciones.

‹‹Entiende lo que te digo. Tengo unos límites. POR FAVOR, NO ME PONGAS EN UNA SITUACIÓN INCÓMODA, PORQUE NO TE VUELVO A ESCRIBIR››, le respondió Margarita en mayúsculas con las manos

empapadas en sudor y temblándole de miedo.

‹‹¿Y el sobre? ›› —preguntó él.

‹‹Mario, no puedo creer que sigas con esos celos. Ya te lo expliqué el otro día. Era una simple felicitación de Navidad de un amigo del colegio. Parece mentira. ¡¡¡TENEMOS UNOS POCOS MINUTOS PARA CHATEAR Y TÚ SIGUES CON TUS OBSESIONES!!!›› —contestó Margarita, otra vez en mayúsculas y con exclamaciones, intentando que Mario leyese entre líneas que se encontraba en peligro.

‹‹Perdóname, Margui. Ya sabes que mi peor defecto es ser celoso, pero es porque te quieroooo. ¿Cuándo volveremos a comunicarnos? ››

‹‹No lo sé. Han dicho que van a tratar de que sea una vez por semana››

‹‹Llámame cuando puedas. ¡Estoy destrozado! Sabes que no puedo vivir sin ti. ››

‹‹Lo sé y te quiero, Mario. Hasta pronto. ¡Muacccc!›› —escribió Margarita con los ojos nublados por las lágrimas.

Después, salió del chat. Deprimida regresó al comedor. Echaba profundamente de menos a su familia, a su novio, a sus amigas. Pensó en todo lo que había tenido en su vida anterior y que no supo valorar como debía. Lo único que le animó un poco fue pensar que Mario había entendido su mensaje y que se pondría a buscarla.

La cena de Navidad que les sirvieron fue esplendida y entre la comunicación con el exterior, la comida y los licores; los científicos se relajaron un poco.

Después de unas cuantas copas de champán, Emilio Glok comenzó a tutearlos. Se sinceró y les contó cómo había llegado hasta cada uno de ellos y, ante sus insistentes preguntas, les repitió y repitió que él era uno más del equipo y que ante todo era un científico. Ninguno le preguntó nada acerca de su vinculación con los promotores del proyecto. Margarita, por su parte, dio por supuesto que la participación del doctor Glok en el experimento era voluntaria y al ver que nadie le preguntaba nada al respecto, imaginó que el resto de sus compañeros pensaba lo mismo.

Rudolf se había tranquilizado mucho después de chatear con su mujer y sus hijas y a medida que avanzaba la noche se mostraba más dicharachero. Todo el grupo, incluido Pedro, el camarero, en sus idas y venidas con los platos y las bandejas, se reían con sus ocurrencias.

Manuel también se mostraba muy contento. El médico le había confirmado a Lupita que iba a tener una niña y que todo estaba correcto en la

ecografía. Entre copa y copa de champán comentó que le había pedido a su mujer elegir, en ese mismo momento, el nombre de la niña. ‹‹Lorena, como mi abuela, si te gusta››

Cindy también se había relajado un poco después de haber chateado con su marido y con los niños, pero pasado ese primer momento de euforia, empezó a lloriquear al preguntarse en voz alta qué iba a ser de sus hijos cuando al día siguiente, fuesen al árbol de Navidad, a recoger sus juguetes y ella no estuviese en casa para abrir los regalos y jugar con ellos. Margarita y Ellen estaban sentadas a su lado y trataron de consolarla, pero Cindy parecía que no atendía a nada. El dolor que expresaba era desgarrador.

Hasta bien entrada la noche, el grupo permaneció en el comedor, bebiendo champán y hablando de cosas intrascendentes.

CAPÍTULO VII

PRIMEROS RESULTADOS

Los días fueron pasando y los científicos se mostraban cada vez más desanimados. La mayoría estaba perdiendo mucho peso, y sus caras se encontraban pálidas y tenían el pelo y la piel apagados. Margarita era una de las que se encontraba más deprimida. No soportaba la incertidumbre de saber cuándo podría abandonar ese lugar, ni el vivir cada día con esa luz mortecina, la misma temperatura uniforme, y viendo cada mañana las mismas caras, hablando más o menos de lo mismo, y soportando fracaso tras fracaso en el experimento. Además, desde la cena de Navidad, el doctor Glok no había obtenido el permiso de sus superiores para que pudiesen volver a chatear con sus familias. Margarita trataba cada mañana de animarse, pero no era capaz de poner un límite a esa pesadilla. Estaba convencida de que si no conseguían diseñar el *Farmachip* , los promotores del experimento no les dejarían regresar. Emilio intentaba motivarla cada día con la promesa de que iba a conseguir un nuevo permiso para chatear, pero Margarita no le creía. Pasaban los días y el permiso nunca llegaba. Lo único que le animaba era la reunión que tenía por la noche con sus amigos. Con ellos sentía que seguía siendo ella misma, le devolvían el reflejo de la realidad. Desde la noche de Navidad, Ellen, Ernest, Rudolf y ella se habían vuelto inseparables y pasaban juntos muchas horas en la sala de estar. Petre, aunque era más reservado, también solía reunirse de vez en cuando con ellos. Trabajaba a diario con Rudolf y esto les había hecho hacerse muy amigos. El resto de los científicos, por el contrario, no se relacionaban fuera de las horas de trabajo. Se mostraban demasiado deprimidos.

La mañana del uno de junio sucedió algo determinante. Margarita llegó a la sala de reuniones y enseguida se dio cuenta de que los asientos de Rudolf y de Petre estaban vacíos. Emilio miró el reloj y le preguntó si

sabía dónde estaban. Margarita negó con la cabeza. En ese mismo momento, los dos irrumpieron de forma atropellada en la sala. Rudolf se acercó corriendo a la pizarra y le pidió a Emilio permiso para hablar.

—Como veis por nuestro aspecto —saludó mostrándose nervioso—, ni Petre ni yo hemos dormido nada esta noche. Tengo que confesaros, y Emilio discúlpanos por ello, que anoche, una vez que estabais todos acostados, Petre y yo regresamos al laboratorio. Durante la cena, una frase, que no recordamos quien dijo, me abrió la mente. Miré a Pietre y de la misma me di cuenta de que estaba pensando lo mismo que yo así que los dos nos hicimos un gesto por lo bajo y acordamos volver más tarde al laboratorio a realizar una prueba. ¡Sorpresa! ¡Ha funcionado!

—¿Funcionado? ¡No te entiendo! ¿Qué ha pasado? —gritó Ernest levantándose de un salto y acercándose corriendo a la pizarra. Ernest tenía una personalidad calmada y controlada, pero la noticia le había desbordado por completo.

—Pues veréis, modificando un factor en la prueba que hacemos cada día, hemos conseguido que una nanotestigo se adhiera a la membrana de una célula tumoral epitelial de pulmón de ratón y…

—¿Estás seguro? —le interrumpió Ernest.

—Sí —contestó Rudolf contundente—. La sonda que lleva asociada la nanopartícula ha enviado, por *bluetooth*, una señal al ordenador. Después, Petre ha activado la nanotestigo para que atraiga a las nanoactuantes, hecho que también hemos constatado, y las nanoactuantes han penetrado en la célula marcada.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó Manuel eufórico, mientras golpeaba ruidosamente la mesa, como si fuese un tambor, con las palmas de sus manos.

—¿Y cuál es ese factor? —preguntó Margarita casi sin respiración.

—Pues ni más ni menos que la densidad del gel. ¡Ése era el problema! Parece mentira que no nos hayamos dado cuenta antes, pero la densidad era demasiado elevada. Ahora, con una densidad más baja, las nanopartículas han navegado sin problema por el torrente circulatorio. ¡Mirad las imágenes que nos ha enviado la sonda! ¡Son impresionantes!

Petre introdujo un lápiz de memoria en el ordenador de Olga y, en unos segundos, empezaron a ver en la pantalla una secuencia de imágenes. A Margarita le costó mucho creer lo que estaba viendo, pero estaba allí. Era evidente.

La emoción era tan grande que no cabía en la sala. Manuel se levantó y empezó a dar saltos por toda la habitación. El resto manifestaron su alegría chocando las palmas de las manos y haciendo gestos de victoria, mientras Emilio, inquieto, se frotaba con ansiedad la barbilla. Parecía que intuía que había algo más. Y la verdad era que estaba en lo cierto. Rudolf dejó paso a Petre, que tomó la palabra.

—Yo también tengo algo muy importante que contaros —dijo Petre con una voz muy pausada—, siguiendo el protocolo he ordenado a las nanoactuantes, que acababan de penetrar en el interior de la célula tumoral pulmonar, que una vez integradas en su ADN modificaran su código genético y provocaran su apoptosis. ¡Y es increíble! Desde hace un par de horas no se recibe en la sonda ninguna señal de actividad celular con lo que creemos que la célula tumoral pulmonar se ha destruido.

La emoción, tan contagiosa, fue pasando de unos a otros, que se abrazaron llorando. Entre todos, aportando cada uno un poco, habían conseguido lo improbable. ¡Lo imposible! Atrás quedaban los días de esfuerzo y de frustración. ¡La densidad del gel! Margarita no podía dejar de preguntarse cómo no se les había ocurrido antes.

Ernest interrumpió la celebración gritando fuerte, porque con el jaleo que había en la sala era muy difícil hacerse oír:

—¡Rápido, Emilio, vayamos al laboratorio! Me muero por probarlo en mis ratones. Quiero ver si las nanoactuantes son capaces de generar medula. Estoy impaciente. No puedo esperar ni un segundo más para probarlo.

—Tranquilo, Ernest, siéntate un minuto y nos vamos todos juntos—le ordenó Emilio agarrándole del brazo—. Cálmate, que no queremos que te dé un infarto. Mira mis manos. Me tiemblan tanto que parece que tengo Parkinson. Yo también estoy desbordado por la emoción, pero os pido que seamos prudentes. Tenemos que realizar cientos de pruebas hasta que estemos absolutamente seguros de que funciona. No me gustaría que nos hiciésemos excesivas ilusiones y…

—¡No lo dudes, Emilio! ¡Te aseguro que funciona! —le interrumpió Rudolf tajante.

—De acuerdo, pues entonces suspendemos la reunión de hoy y nos vamos ahora mismo al laboratorio. Rudolf, Petre, creo que debéis tomar un café y comer algo antes de volver a bajar.

Al cabo de un rato, la actividad empezó a ser frenética en el laboratorio. Rudolf y Petre repartieron a Margarita, a Ellen, y a Ernest, tubos de ensayo con muestras de nanotestigos y de nanoactuantes. Cada uno tenía una aplicación diferente para ensayar. Margarita empezó probando las nanoactuantes en un grupo de ratones infectados con sida. Las

nanoactuantes tenían que entrar en las células CD4 y destruir el virus. Según su teoría, al evitar su replicación, no podrían salir de las células, nuevas copias del virus que pudiesen entrar en otras células, con lo que se acabaría su ciclo vital. El objetivo principal de las nanoactuantes era impedir la replicación del material genético del virus en el material genético de la célula huésped. Muy ansiosa, y totalmente concentrada en el ensayo, no podía pensar en otra cosa que en preparar las jeringas para inyectar las nanoactuantes a sus ratones. En ese momento no pensaba en Mario ni en su familia. Su mente se encontraba totalmente concentrada en el experimento.

Ernest, por su parte, estaba trabajando con dos grupos de ratones diferentes. Un grupo tenía daños medulares y el otro, varios tipos de enfermedades degenerativas. Y Ellen trabajaba con grupos de ratones afectados por diversos procesos tumorales, ratones con tumores primarios y ratones con metástasis. El resto del equipo se dedicaba a darles el apoyo técnico necesario. Paul, con su calculadora digital, no paraba de realizar operaciones matemáticas muy complejas que le pasaba a Rudolf. Pascal estaba rodeado de tubos de ensayo y trabajaba con Cindy haciendo diluciones y mezclas. Emilio, en su función de director del proyecto, iba de una mesa a otra en su afán infatigable de recoger e integrar toda la información que se iba generando.

Pasada la medianoche, Olga preguntó si no tenían hambre. Llevaban todo el día trabajando y no habían parado ni un minuto a comer ni a beber nada. Ernest le contestó que enseguida acabarían de inocular las nanopartículas a los ratones y entonces podrían ir a cenar.

Una vez en el comedor, Ernest comentó que no se creía capaz de dormir ni un segundo durante esa noche.

—Me muero por ver los resultados —comentó en voz alta mientras se servía un plato de ensalada.

—Pues ya puedes dormir tranquilo —le dijo Rudolf sonriente—. Mañana por la mañana comprobaras con tus propios ojos todo lo que os hemos contado.

—¡Ojala! —exclamó Manuel elevando la mirada.

Margarita asintió con la cabeza. No quería hacerse ninguna ilusión. Se encontraba sin fuerzas para soportar una nueva decepción. Pero lo cierto era que presentía que estaban muy cerca.

Pedro, el camarero, comenzó a servir el postre y Emilio se disculpó por retirarse a su camarote:

—La tensión de los últimos acontecimientos me ha desbordado. Además, voy a comentar con mi superior las novedades. Ante las buenas expectativas, confío en que nos permita una nueva comunicación con el exterior. Creo que nos lo merecemos.

El doctor Glok fue a su camarote y conectó el teléfono que tenía para comunicarse con el exterior.

—Emilio, estoy cansado de repetirlo —dijo David Nolan en un tono nada afable—. Mientras no tengáis algo en firme, no hay nada que hacer. Mis superiores son inflexibles en este tema.

—Pero esta gente se está dejando la piel en el proyecto —insistió Emilio casi gritando— y me parece injusto cómo nos está tratando la empresa. Esto no es lo que me ofreciste y…

—Bueno, tranquilo, te doy mi palabra de que mañana, si me das algo real, presionaré a mi jefe.

Emilio cerró el comunicador exterior y se tumbó en la cama. Conocía a David Nolan desde hacía muchos años y eran grandes amigos. Nunca hasta este momento había dudado de su palabra. Pero ahora no sabía qué creer.

Miércoles, 1 de junio de 2022

A la mañana siguiente los científicos llegaron antes de tiempo a la sala de reuniones. Se mostraban impacientes por llegar al laboratorio y empezar a evaluar los resultados.

Margarita tenía mala cara. Sus ojeras; profundas y oscuras, denotaban lo poco que había dormido.

—He estado toda la noche dándole vueltas al problema del nanotestigo renal —comenzó a decir con una voz temblorosa— y, aunque no quiero ser pesimista, si la nanoactuante renal no es capaz de llevar al riñón al nanotestigo celulo-específico, y a las nanoactuantes, el proceso no servirá de nada, porque no podremos eliminar las nanopartículas del organismo.

—Margarita, por favor, no seas negativa —le interrumpió Rudolf, acariciándole con cariño las manos—. El principio que rige a todos los *Farmachips* es el mismo. No veamos fantasmas antes de tiempo.

—Tienes razón, Rudolf —dijo frotándose los ojos—. Perdonadme todos. Es que estoy tan angustiada, ante los resultados, que no me encuentro con fuerza suficiente para soportar que algo pueda salir mal.

—Tranquila, Margarita, te aseguro de que todo va a ir sobre ruedas —repitió Rudolf mostrando seguridad.

Manuel los miró fijamente. Su mirada expresaba que estaba al límite de tolerar por más tiempo el encierro y que tampoco era capaz de soportar que algo pudiese fallar. Se mostraba tan desesperado por regresar a su casa que cualquier posibilidad negativa le hundía a nivel emocional. Margarita le devolvió una mirada de arrepentimiento. No era su intención preocupar más a la gente, que ya estaba de sobra preocupada.

Ernest intervino hablando de forma pausada. Trataba de rebajar la tensión del momento.

—Creo que estamos todos muy nerviosos y que esto nos hace vulnerables a la duda y al miedo. Emilio, si me permites una sugerencia, ¿podríamos hacer hoy una excepción e irnos de inmediato al laboratorio?

Emilio accedió a la petición de Ernest y todos se dirigieron al laboratorio a evaluar cada una de las pruebas. Petre se sentó frente a su ordenador y enseguida puso en marcha el programa de visualización de los ensayos.

Comenzaron por el ensayo de Margarita, que tenía un grupo de ratones infectados con el virus del Sida. A través de las sondas, que llevaban engarzadas las nanoactuantes, pudieron ver los primeros resultados en el ordenador, y estos eran sorprendentes. ¡Mucho más de lo que jamás hubiesen podido imaginar! Todo funcionaba correctamente: el nanotestigo celulo-específico, las nanoactuantes y el nanotestigo renal que atraía a todas las nanoactuantes al riñón para ser eliminadas con la orina. Solo quedaba por valorar si las nanoactuantes acababan con todas las células infectadas por el virus del Sida para entonces ordenar al nanotestigo celulo-específico que se inhibiese de la célula, donde se encontraba adherido, y obedeciese la llamada del nanotestigo renal para ser eliminado.

—¡Increíble! —comentó Emilio a Petre—. Si no lo veo no lo creo.

Después, pasaron al siguiente puesto para valorar los ensayos con los ratones de Ernest y de Ellen. Al estudiar las imágenes enviadas por las sondas, les costaba creer el milagro que aparecía en la pantalla. La medula de los ratones afectados por una lesión medular había crecido un poco. Pasaron a otro grupo de ratones y confirmaron que los tumores primarios habían disminuido ligeramente. Según la teoría que tenían los científicos, una vez eliminado el tumor primario, éste ya no podría enviar más células tumorales al torrente circulatorio, ni por tanto a otros órganos. En ese punto, las nanoactuantes actuarían sobre los tumores secundarios hasta acabar con ellos. Por delante les quedaban muchas horas de trabajo, para completar las pruebas, y con la incertidumbre de

que en cualquier momento todo se pudiese ir al garete.

CAPÍTULO VIII

EL HOSPITAL

Lunes, 4 de julio de 2022

Acababa de pasar un mes desde el día en el que el proyecto había dado sus primeros resultados y, desde entonces, cada día, los científicos repetían y valoraban las pruebas inoculando los *Farmachips* a los grupos de ratones.

Esa mañana, antes de empezar la reunión semanal, Emilio Glok se colocó en la cabecera de la mesa y pidió silencio.

—En vista de la confirmación repetida y positiva de los resultados en ratones, vamos a dar por finalizada la primera fase del proyecto para dar paso a la segunda.

—¿Y en qué va a consistir? —le interrumpió Ernest con curiosidad.

Emilio, titubeante, miró por unos segundos a Ernest y luego contestó con aire triunfal:

—Vamos a realizar las pruebas en humanos.

—¿En humanos? ¿No te parece demasiado pronto? —objetó Ernest, mientras se atusaba de arriba a abajo el bigote—. ¿Y dónde se van a realizar las pruebas? ¿Nos vamos a trasladar a otro lugar?

Estas preguntas provocaron al instante en Margarita una profunda sensación de ansiedad ante la posibilidad, tan anhelada, de abandonar el edificio. ¡Poder salir al exterior! Después de tantos meses de encierro era difícil de creer. Margarita miró a Ellen y dedujo por la expresión de sorpresa de su cara, que sentía lo mismo.

—No, Ernest —contestó Emilio en un tono de voz muy suave—. Las pruebas las vamos a realizar aquí.

—¿Aquí? —gritó Manuel con la cara descompuesta— ¡No lo puedo creer! ¡Estás loco! ¿Cómo pretendes bajar a gente enferma hasta este lugar? Y vosotros, ¿qué pensáis?, ¿creéis que este sitio es adecuado? Por favor, decid algo.

La noticia derrumbó emocionalmente a Margarita, que se puso a temblar. Pasar a la fase 2 implicaría un tiempo indeterminado más de encierro y no

se sentía con fuerza suficiente para poder soportarlo.

Manuel se levantó de un salto y se puso a gritar histérico.

—Calma, calma, como bien sabéis —continuó diciendo Emilio, ahora con una voz elevada, a la vez que enviaba a Manuel una mirada recriminatoria— estamos a disposición de lo que decidan nuestros superiores, y si éstos consideran que el laboratorio central es adecuado para realizar las pruebas en humanos nosotros no tenemos nada que objetar.

Un murmullo de inquietud se extendió en la sala de reuniones.

Cindy comenzó a toser y a respirar con dificultad. Parecía que todo el peso del océano se había colocado sobre sus hombros. Margarita la vio tan angustiada que pensó que se iba a desmayar.

—Yo opino lo mismo que Manuel —intervino Paul gritando—. ¡Me parece una locura traer a un grupo de enfermos hasta aquí!

—Y yo también —dijo Pascal en un tono de voz hosco y elevado—. Y además quiero saber hasta cuándo nos van a tener retenidos. Ya hemos conseguido el objetivo para el que fuimos secuestrados: diseñar un *Farmachip*. Además, lo hemos probado cientos de veces y comprobado que funciona. ¿Por qué no envían otro equipo de científicos para continuar con los ensayos en humanos? La parte más difícil ya está resuelta.

Margarita miró nerviosa a Pascal y le pidió, con un gesto, que se calmara. Era un desgaste inútil discutir con el doctor Glok.

Rudolf, por su parte, echó la cabeza hacia atrás, mientras lanzaba una retahíla interminable de maldiciones contra Emilio y la organización responsable del proyecto.

—Se van a enterar, se van a enterar —repetía acalorado.

Emilio se masajeó las sienes, intentando liberarse de la presión a la que le estaba sometiendo el grupo. Pero Ernest no se mostraba dispuesto a ceder y le volvió a increpar en un tono de voz más agresivo.

—¿Y pretendes garantizar la seguridad de los pacientes con el equipo médico y de enfermería que tenemos aquí? ¡No lo puedo creer! Es evidente que las instalaciones de este lugar no son adecuadas para este tipo de enfermos, ni para las pruebas de alto riesgo que tendremos que realizar.

—Silencio, por favor —gritó Emilio enfadadísimo— ¡A ver si nos relajamos un poco! No me habéis dado tiempo a explicaros nada y ya estáis saltando

histéricos.

—No es para menos —murmuró Rudolf entre dientes.

Emilio le miró desafiante y continuó diciendo:

—Tened una cosa clara: si os digo que se van a realizar las pruebas en humanos aquí es porque todo está previsto de antemano y, desde luego, no vamos a ingresar a los pacientes en el laboratorio.

—¿Dónde entonces? —preguntó Cindy con la voz ahogada—. Emilio, no puedo entenderlo…

—Tranquila, ahora mismo os lo iba a explicar. Hay una zona del edificio que no os he enseñado, porque no estaba autorizado para hacerlo, y que es donde se encuentra ubicada la unidad hospitalaria.

Todos le miraron con desconcierto. Emilio era siempre una caja de sorpresas. ¡Una planta desconocida! La noticia dejó tan sorprendida a Margarita que no era capaz ni de pestañear.

—La unidad hospitalaria —continuó explicando Emilio, en un tono un poco más calmado— dispone de todo lo que os podáis imaginar. Quirófanos, salas de UCI, habitaciones para los enfermos…

Margarita desvió la mirada hacia Ernest y vio que éste había juntado sus manos y que tenía la barbilla apoyada sobre la punta de sus dedos. Después de llevar seis meses viviendo allí, le conocía lo suficiente para poder interpretar muchos de sus gestos, y sabía que cuando Ernest se ponía en esa posición significaba que estaba muy preocupado.

—¿Y están seleccionados los pacientes que van a venir? —preguntó Ellen con una mirada temerosa.

—Sí —contestó Emilio contundente— y, aunque os cueste creerlo, hay una lista muy extensa de personas que no solo están dispuestas a venir aquí, sino que darían todo lo que fuese por tener la oportunidad de ser seleccionadas. Cuando no se tiene ninguna esperanza de salvar la vida y, de pronto, te brindan una, la gente no se lo piensa, no tiene miedo. Siente que no tiene nada que perder. Os adelanto que de momento hay seleccionadas nueve personas, el mismo número que los grupos de ratones con los que estamos trabajando. Cada una de ellas padece una enfermedad diferente y a cada una la vamos a tratar de curar.

—¿Y nosotros cuándo podremos volver a casa? —le interrumpió de nuevo Cindy, jadeando.

Rudolf vio lo angustiada que estaba la farmacéutica y dejó de escribir en su agenda y se acercó a acariciarle las manos. Ernest, por su lado, le pidió a Emilio que a la salida de la reunión hablasen un momento en privado. Margarita se imaginó de qué quería hablarle. Ernest le había comentado, en varias ocasiones, que estaba muy preocupado por la estabilidad emocional de Cindy.

—Cindy, por favor, tranquilízate —le pidió Emilio con dulzura, mientras se levantaba y se acercaba a ella. De cuclillas, a su lado, le dijo al oído—. Cindy, créeme que siento en el alma que lo estés pasando tan mal. Me pongo en tu lugar y entiendo lo que estás sufriendo, pero te pido que confíes en mí y hagas un esfuerzo final. Solo nos queda cumplimentar la última fase del proyecto. Luego regresaremos a casa. Además, sabes que eres una pieza fundamental en el equipo, tanto para tus compañeros como para el proyecto. Sé que es difícil para ti, pero piensa en el trabajo tan importante que estás realizando y en la esperanza que vas a regalar a tanta gente.

—No te prometo nada —contestó ella tartamudeando, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo de papel—. Solo te digo que lo intentaré. ¡Pero es que me encuentro fatal! Perdonadme todos por ser tan débil, pero… —las palabras ya no le salían por la garganta.

Margarita escuchó con atención la explicación de Emilio y, aunque no quería inquietar más a Cindy, no pudo evitar formularle otra cuestión.

—Siento que mi pregunta no sea la más adecuada en este momento, pero yo también estoy muy preocupada. ¿Y si salen mal las pruebas en humanos y no obtenemos los resultados que esperamos? ¿Qué va a ser entonces de nosotros? ¿Podremos volver a casa?

—Cada cosa a su tiempo —contestó Emilio, advirtiéndole con la mirada para que no siguiese por esa línea—. Con todo lo que me está costando tranquilizar a Cindy, solo me falta que creéis más problemas.

—Perdona, Emilio —le interrumpió Margarita azorada—, no era mi intención…

—Margarita, solo te pido un poco de paciencia. A medida que vayan apareciendo los problemas ya los iremos resolviendo. Lo que sí quiero que tengáis todos claro, es que nuestra estancia aquí es carísima y no vamos a permanecer más tiempo del que sea absolutamente necesario. Y, ahora, os pido que vayamos al laboratorio y sigamos trabajando. Debemos comenzar a preparar cuanto antes los inyectables de *Farmachips*, porque la llegada de los nueve pacientes está prevista para este jueves.

—¿Este jueves? ¡Qué locura! —exclamó Rudolf con cara de asombro—

¿Nos vas a adelantar algo sobre ellos?

—Por supuesto —contestó Emilio en un tono un poco más relajado—. En la parte superior derecha del orden del día de hoy vais a encontrar una pestaña con el título de ‹‹Historias clínicas››. Tenéis que pinchar allí y se irán descargando cada una de las nueve fichas de los pacientes que vamos a recibir. Os adelanto que uno tiene Sida, con complicaciones añadidas y en fase muy avanzada. Tres tienen cáncer, con metástasis y en fases terminales. También tenemos una tetraplejia, un enfermo de Parkinson, otro con Alzheimer, uno con retinosis pigmentaria en fase muy avanzada y una esclerosis múltiple. Con estos nueve pacientes pretendemos cubrir un primer abanico de enfermedades para continuar posteriormente con otro tipo de patologías.

—¿A nuestro cargo también? —preguntó Paul, alarmado. Aquello empezaba a sonar a varios años de reclusión.

—No, no, tranquilos. Nuestra misión acabará aquí y continuará más adelante con otro equipo que ampliará la investigación a otras enfermedades.

—Emilio, no te quiero molestar —intervino Cindy en un tono muy suave, mostrando agradecimiento por lo amable que era siempre con ella—, ¿realmente piensas que esto le interesa a la industria farmacéutica? ¡Es difícil de creer! La verdad es que hasta este momento no me he atrevido a comentarlo en voz alta, pero quiero decirte que desde que supe el propósito de esta investigación pienso que este descubrimiento puede ocasionar un verdadero descalabro a la industria.

De repente se hizo un silencio muy denso en la sala. Margarita miró fijamente a Cindy, mientras trataba de asimilar las palabras tan graves que acababa de escuchar. Un escalofrió le recorrió el cuerpo, a la vez que el pelo de sus brazos se erizaba. Prudente, decidió no comentar nada en público. En ese momento entendió lo que realmente le preocupaba desde hacía tiempo y que sin embargo había sido incapaz de ponerle palabras. Y Cindy lo acababa de hacer. Miró a Ernest a los ojos y durante unos segundos los dos mantuvieron la mirada. ¿Qué se dijeron? Nada y todo.

—Cindy, pero que cosas dices —dijo Emilio moviéndose nervioso—, pues claro que le interesa a la industria farmacéutica, que es la que está por supuesto detrás de este proyecto. ¡Hay veces que no os entiendo!

Esa noche, después de cenar, Margarita, Ernest, Ellen, y Rudolf fueron, cómo hacían a diario, a la sala de estar. Era una costumbre que habían cogido a los pocos días de llegar al laboratorio central y que suponía un espacio donde se sentían ellos mismos. Allí hablaban de los suyos, recordaban momentos de su vida anterior, reían, lloraban, se consolaban y se hacían mucha compañía. Aunque siempre invitaban al resto de sus

compañeros a acompañarlos, a excepción de Petre que solía acudir, nunca se había incorporado nadie.

Aquella noche, en la sala de estar, Margarita percibió una tensión especial entre los cuatro. Ernest estaba serio y tenía la mirada perdida, y les dijo que tenía que comentarles algo grave. Rudolf lo interrumpió al instante:

—Perdona, Ernest, pero si es tan importante lo que vas a decir, ¿te parece seguro que hablemos aquí? Estamos rodeados de cámaras de vigilancia y supongo que además de vernos nos escuchan.

—Me siento igual de seguro aquí que en cualquier otra zona del edificio —contestó en un tono pesaroso—. El edificio está completamente vigilado.

—Pues entonces, adelante —le animó Rudolf, clavándole en los ojos una mirada inteligente—. Pensaré en algo para otra ocasión.

Ernest vaciló unos segundos antes de empezar a hablar. Parecía que la advertencia de Rudolf le hacía dudar de seguir adelante o de callarse. Margarita captó su inquietud y le animó a seguir, aunque allí sentados, rodeados de micros y cámaras de vigilancia, se sentía muy vulnerable.

Tras unos segundos de duda, Ernest comenzó a hablar:

—El comentario que ha hecho Cindy, respecto a la industria farmacéutica, me ha preocupado mucho. Yo también lo he pensado muchas veces. Además, es muy extraño que hayan construido un laboratorio aquí, a diez mil metros de profundidad. La excusa que nos dio el primer día Emilio, alegando que la investigación necesitaba realizarse a diferentes tipos de presión, no se sostiene. Es obvio para todos que la presión es precisamente un parámetro que no hemos utilizado para nada. Este hecho, sumado a la pregunta de Cindy, me está llevado a pensar que en el futuro podamos encontrarnos en serios problemas.

—¿Más problemas? ¿Te parecen pocos los que ya tenemos? —gritó Margarita alterada.

—¿Y qué vamos a hacer? —intervino Ellen lloriqueando.

—De momento, querida, servirnos otra copa —dijo Rudolf sonriente—. Dejadme meditar sobre lo que os he comentado al principio y cuando encuentre la solución seguimos hablando. ¿Os parece bien?

—A mi fenomenal —dijo Ernest mostrando alivio por poder cerrar el asunto—. Ellen, por favor, prepárame un *gin- tonic*. Hay que reconocer que lo haces de maravilla y creo que es lo que más voy a echar de menos

cuando esto se acabe.

—¡No me hagas reír! —dijo ella secándose las lágrimas.

—¡Reír, claro que sí! Esto es lo que debemos hacer si queremos seguir adelante —dijo Ernest elevando mucho el tono de voz, mientras levantaba la copa—. Propongo que brindemos por el futuro. ¿Qué opinas, Rudolf? ¿Y tú, Margarita?

—¡Estoy contigo, al cien por cien! —contestó Rudolf radiante a la vez que chocaba su copa contra la de Ernest y acariciaba con la otra mano a Ellen. Desde hacía un tiempo Rudolf y Ellen habían iniciado una relación amorosa.

Ernest, por el contrario, no se acercó a Margarita. Los dos se llevaban muy bien y tenían un trato cercano, pero eran conscientes de que no eran libres; Ernest estaba casado y Margarita tenía novio. Desde el primer momento, en que se conocieron, pusieron una distancia emocional enorme entre los dos, sin embargo, cada día que pasaba les resultaba más difícil de mantener. Durante todos esos meses que llevaban viviendo en el laboratorio central, ambos se respondían con reciprocidad a las miradas y a las bromas, pero ninguno de los dos había dado ningún paso real para iniciar una relación sentimental. Margarita era plenamente consciente del interés que provocaba en Ernest y sabía que a ella le sucedía algo parecido, aunque su mente se negase a aceptarlo. De hecho, cuando meses atrás se conocieron en el Hotel Metropol, Margarita solo se fijó en su aspecto físico. Ernest le había parecido imponente; muy guapo y elegante. Pero a medida que se fueron conociendo, le había conquistado por su forma de hablar, de pensar, de reír y, sobre todo, por el espacio que le dejaba para ella. Justo lo contrario de lo que tenía con Mario, que la asfixiaba con sus celos y su excesivo control. Margarita llevaba todos esos meses luchando para que esa emoción no le afectase, porque tenía claro que no podía ser. Quizá en otro sitio o en otro tiempo hubiese sido posible, pero no en ese momento ni tampoco en ese lugar.

CAPÍTULO IX

LOS CONEJILLOS DE INDIAS

El miércoles por la noche, dos médicos, tres enfermeras y tres agentes de seguridad abandonaron el laboratorio central, en uno de los tres batiscafos. Aprovechando el viaje a la superficie, Cindy le suplicó y suplicó a Emilio que la dejase ir con ellos. Decía que necesitaba respirar aire fresco y ver la luz del sol. Emilio no podía complacer a la farmacéutica puesto que no estaba autorizada ninguna salida de los científicos al exterior. Cindy lloraba con desesperación y aunque los médicos le habían subido la dosis de ansiolíticos y de antidepresivos nada parecía hacerle suficiente efecto. Ernest le volvió a comentar a Emilio que estaba muy

preocupado por el estado emocional de Cindy. Incluso le advirtió de un posible riesgo de suicidio, pero Emilio le repitió que tenía que obedecer las órdenes de su superior y que delegaba la responsabilidad del estado emocional de Cindy en el equipo médico del laboratorio.

Jueves, 7 de julio de 2022

Esa tarde, después de salir del laboratorio, Margarita, Ernest, Ellen, y Rudolf se reunieron, como hacían cada tarde, en la sala de estar. Los pacientes estaban a punto de llegar y los cuatro se encontraban inquietos por tener que probar tan pronto los infofármacos en humanos y también por el retraso que esto les iba a suponer en su regreso a casa.

Rudolf dejó con disimulo su *PDA* encima de la mesa y con una mirada pícara les preguntó a los otros tres:

—¿Os acordáis de lo que os comenté el otro día sobre aquel trabalenguas que no conseguía recordar? Pues esta noche, mientras dormía, lo he conseguido repetir enterito.

En la pantalla del *PDA* apareció una pequeña explicación de cómo funcionaba el nuevo sistema que había ideado para comunicarse entre ellos en clave. Margarita, Ernest y Ellen lo miraron con disimulo, mientras Rudolf recitaba con un tono melodioso, el trabalenguas. Cada vez que quería remarcar una palabra, realizaba una ligera mueca con la boca. Cuando finalizó el trabalenguas, las palabras marcadas formaron un mensaje.

Margarita se rio sonrojada por el piropo camuflado que le acababa de enviar Rudolf. Ernest los miró y se empezó a atusar compulsivamente el bigote, mientras Ellen le decía a Margarita, entre susurros, que Ernest estaba celoso.

Rudolf levantó la jarra de cerveza y les propuso un brindis. Se mostraba entusiasmado al comprobar que su sistema funcionaba perfectamente y que sus compañeros lo habían entendido. Después, le pidió a Ellen que repartiese las cartas. Desde hacía unos días jugaban al *bridge*. Además de por entretenimiento, porque pensaron que disfrazados con el juego, los mensajes que se fuesen a intercambiar tendrían más posibilidades de pasar desapercibidos.

Se encontraban subastando una baza de corazones cuando oyeron voces en el pasillo. Ellen se levantó sobresaltada y se asomó a la puerta.

—¡Han llegado! —exclamó en voz baja, sentándose de nuevo—. Acabo de ver a Sasha corriendo por el vestíbulo central.

La noticia alteró mucho a los cuatro. Margarita estaba tan angustiada que empezó a tiritar. Ernest le frotó con suavidad los brazos para ayudarle a entrar en calor. Era la primera vez que la tocaba. Margarita le sonrió agradecida, pero enseguida se apartó.

Continuaron con la partida. Ninguno quería manifestarse ante las cámaras de vigilancia.

—Me imagino que Emilio nos informará durante la cena. ¡Venga, espabilad! —gritó Ernest muy animado—. Creo que los tres estáis muy despistados y que os voy a ganar esta partida. ¡Margarita, atenta! Yo digo: cuatro corazones.

Rudolf estudió su mano y puso los ojos en blanco. Ernest era un observador impresionante, con una memoria privilegiada y, por lo tanto, muy difícil de ganar. La partida se puso tan interesante que la acabaron con el tiempo justo para llegar al comedor a cenar.

—Siento mucho el retraso —se disculpó Emilio que llegó al comedor en el momento en el que Pedro, el camarero, terminaba de servir el primer plato—. Me ha resultado imposible llegar antes. La razón, como os podéis imaginar, ha sido la recepción de los pacientes. Todos han realizado el viaje sin incidentes y los acabamos de acomodar en sus respectivas habitaciones.

—¡Qué valientes! —sentenció con gran desgana Paul, que comía prácticamente echado encima del plato—. Aunque parece de locos. Unos intentando abandonar como sea este lugar y otros, sin embargo, deseando llegar.

—Bueno, Paul, acuérdate de lo que os dije en nuestra primera entrevista. Hay ocasiones en la vida en las que se debe admitir la premisa de que "el fin justifica los medios". Para estas personas desahuciadas, nosotros somos su única oportunidad, más aún, somos un privilegio para todos ellos —insistió Emilio.

—¿Y cuándo comenzaremos las pruebas? —preguntó Ernest inquieto.

—El sábado por la mañana empezaremos a realizar las biopsias. El equipo médico ha decidido dejar a los pacientes un par de días de reposo para que se aclimaten y se repongan del estrés del viaje.

—¿Han venido los pacientes solos o les acompaña algún familiar? —preguntó Margarita mordiéndose con ansiedad los pellejos de los dedos.

—Solos —contestó Emilio tajante.

—¡Vaya! —intervino Ernest— ¿Y no es raro no acompañar a un enfermo terminal a una aventura semejante? ¿Y si sale algo mal y mueren? ¿Cómo habéis conseguido que sus familiares renuncien a despedirse de ellos y a acompañarlos en los últimos momentos de sus vidas?

—Ernest, siento no poder contestarte a esto, es algo que no me compete —contestó Emilio ahora en un tono agresivo. Además su mirada expresaba lo mucho que le estaba incomodando la conversación—. Me limito a cumplir mis funciones a rajatabla.

Esa respuesta preocupó mucho a Margarita. Había algo en todo ello que no le encajaba. No dejaba de rondarle por la cabeza la idea de que si el proyecto era oficial y transparente como decía Emilio; ¿Cómo era posible que los pacientes viajasen solos?

Dos plantas más abajo, los pacientes acababan de instalarse en sus respectivas camas y empezaban a conocer a los médicos y a las enfermeras que les iban a atender. El grupo de los pacientes estaba formado por cinco hombres y cuatro mujeres, de edades comprendidas entre los veinte y los setenta años. A cada uno de ellos le habían colocado una vía en una vena del brazo, para suministrarles, junto con el suero, su medicación habitual. Todos se mostraban ansiosos por comenzar el tratamiento y no dejaban de repetir que no necesitaban aclimatarse, pero los médicos no estaban de acuerdo y les pedían paciencia, mientras ordenaban a las enfermeras que les aumentasen la dosis de ansiolíticos. El médico responsable de la unidad hospitalaria les explicó que precisaban que el sábado por la mañana estuviesen en sus mejores condiciones, tanto físicas como psicológicas, porque era el día en el que iban a comenzar los ensayos.

Sábado, 9 de julio de 2022

A primera hora de la mañana del sábado, los pacientes fueron trasladados a la sala general del hospital. Una fina cortina de tela blanca les separaba a los unos de los otros. A pesar de las altas dosis de ansiolíticos administradas, todos se encontraban nerviosos y expectantes. En la mente de muchos de ellos estaba la idea obsesiva de que se iban a jugar la poca vida que les quedaba.

Por otro lado, en la sala de reuniones, Pascal le pidió a Emilio abrir la reunión de primera hora. A Margarita le sorprendió mucho esta iniciativa y le miró con curiosidad. El químico no solía participar de forma activa en las reuniones ni compartía en los ratos libres con sus compañeros. Pascal era una persona solitaria y silenciosa, aparentemente envuelta en sus pensamientos.

—Me gustaría saber —dijo en un tono muy hosco—, si antes de empezar los ensayos vamos a firmar algún documento que nos exima de

responsabilidad sobre las consecuencias de los mismos. Yo, por mi parte, no quiero asumir ningún tipo de responsabilidad.

Emilio miró a Olga con gesto interrogante y ésta le contestó con apatía:

—No está previsto.

—Pues debería estarlo —irrumpió Rudolf agresivo— ¿Cómo es posible que un ensayo tan arriesgado no se encuentre debidamente cubierto? ¡Emilio, cada día te entiendo menos!

El resto se sumó en ese mismo instante a la situación y, de repente, se formó un tumulto. Emilio se puso en pie y casi gritando les dijo:

—Pero, bueno, ¿a qué vienen ahora estos miedos? —Por la frente le resbalaban copiosas gotas de sudor y tenía las mejillas encendidas—. Es incomprensible que justo en este momento, que estamos a punto de comenzar los ensayos, me salgáis con esto.

—Pues no sé de qué te sorprendes —intervino Ernest—. A mí no me parece tan raro. Ha sido todo tan precipitado que apenas hemos tenido tiempo de hablarlo entre nosotros y desde luego estoy con Pascal. La responsabilidad de lo que les pueda ocurrir a esas personas nos afecta directamente. De hecho, Emilio, si Pascal no me llega a tomar la delantera, yo mismo tenía previsto realizar esta petición.

Emilio se acercó a Olga y le señaló el ordenador.

—Pues no se hable más —gritó contundente—. No quiero que esto ocasione ningún problema. Olga, por favor, redacta un documento de descarga de responsabilidades y pásaselo a cada uno de ellos para que lo lean y lo firmen. No quiero que nadie piense que pretendemos dejarles sin cobertura legal —y mirándoles a todos, dijo, muy serio—. Insisto, por si alguien todavía no lo tiene claro, que en vuestra calidad de empleados estáis debidamente cubiertos por el seguro suscrito para esta empresa.

—¡Empleados! ¡Madre mía! ¡Lo que hay que oír! —dijo Paul meneando la cabeza.

Olga hizo una mueca de asco, arrugando la nariz, y empezó a escribir rápido en el ordenador. Al cabo de unos minutos salieron por la impresora los documentos. Los científicos los firmaron a regañadientes. A Margarita le sudaban tanto las manos que se le resbaló el bolígrafo. Estaba aterrada ante lo que se veía obligada a hacer. Además, le parecía que firmando aquel documento estaba en cierto modo dando su conformidad a los ensayos cuando su posición era justo la contraria, pero no se podía

oponer.

Una vez finalizada la reunión, bajaron a conocer la planta desconocida. Si en la primera visita al edificio, el laboratorio había impresionado a Margarita, el hospital la estaba dejando sin palabras. Había aparatos que nunca había visto y de los que ni siquiera había oído hablar.

‹‹¿Quién estará detrás de todo esto?››, se preguntaba de forma obsesiva, mientras recorría las estancias.

Visitaron el laboratorio de la unidad hospitalaria y Emilio les presentó al equipo médico y al de enfermería. Luego pasaron al hospital a saludar a los pacientes, que los miraron con inquietud. De vuelta al laboratorio de la unidad, Margarita constató que era una réplica exacta del de arriba, cosa que le llamó mucho la atención. Pasaron unos minutos y los auxiliares del laboratorio les entregaron las muestras que iban obteniendo los médicos y las enfermeras de los pacientes. A partir de ese momento, y con las muestras en su poder, comenzaron a preparar preparar los cultivos de los *Farmachips* celulo-específicos.

Durante todo el día trabajaron sin descanso. Emilio les había ordenado dejar todos los cultivos preparados para empezar el lunes con las inoculaciones.

A las ocho de la tarde, aprovechando que las enfermeras comenzaban a dar la cena a los pacientes, los científicos se retiraron a descansar. Margarita, Ellen, Rudolf y Ernest se dirigieron a la sala de estar. Esa noche los cuatro se mostraban muy tristes. Margarita no dejaba de llorar. El hecho de haber conocido a los pacientes, recién llegados del exterior, le recordaba a sus seres queridos y a admitir que estaba secuestrada y sin ninguna esperanza de conseguir salir algún día de aquel lugar.

Ernest miró a sus compañeros y se puso en pie. Se acercó al equipo estereofónico y dijo:

—Como hasta el lunes disponemos de tiempo libre, esta noche nos podemos permitir el lujo de trasnochar. ¿Qué música os apetece que ponga? Hoy me apetece bailar.

—¿Bailar? —le preguntó Margarita mirándolo con incredulidad. Se encontraba tan deprimida que no entendía nada de lo que Ernest estaba proponiendo. Además, el médico le parecía muy serio y no se lo imaginaba bailando.

—Sí, Margarita —contestó él esbozando una sonrisa pícara—. Tengo claro que si queremos salir de este lugar, debemos mantenernos optimistas.

Venga, cambia esa cara, das pena.

—Pues no pienses que tú la tienes mejor —intervino Ellen sonriendo—. Venga, Margarita, anímate. Creo que Ernest tiene razón y eso que a mí, conocer a los pacientes me ha puesto muy tensa.

—Y a mí —dijo Rudolf, levantándose y acercándose a ellos—. Tengo un nudo terrible en el estómago.

Ellen estudió los cedés que le iba mostrando Ernest y al final eligió algo suave. En unos segundos, por los altavoces, se empezó a escuchar *Our last summer*, de Abba. Ernest, Rudolf y Ellen se miraron con complicidad y empezaron a bailar. Margarita continuó sentada en su asiento, mirándolos ausente y decidida a mantenerse al margen. Se encontraba muy triste a raíz de los últimos acontecimientos y además, esa música, le recordaba a Mario. Cerró los ojos y trató de recordar su rostro, sus palabras, pero todo le resultaba lejano, ajeno, inexistente. También pensó en sus padres, en sus hermanas, en sus amigos. En su vida en general. De pronto, le entró pánico al pensar que quizá nunca la podría recuperar. Se levantó y decidió no pensar en nada más. Le causaba demasiado dolor. Secándose las lágrimas se acercó a sus amigos, entrecerró los ojos, y despacio se fue dejando llevar por los suaves acordes de la música.

Hacia las dos de la madrugada se les unió Petre. Por la noche se acercaba de vez en cuando a la sala de estar, a alternar un rato con ellos. Margarita se fijó en su mirada y se dio cuenta de lo deprimido que se encontraba. Petre les dijo que esa noche necesitaba compañía. Llevaba horas intentando dormir pero el hecho de haber conocido a los pacientes le había excitado mucho. Rudolf escribió algo en su *IPAD* y se lo pasó primero a Ernest, luego a Ellen y por último a Margarita. Se trataba de algo que habían decido mantener en secreto entre los cuatro. Los tres asintieron con la cabeza. Después, se la entregó a Petre.

—Lee este chiste. ¡Es buenísimo! —exclamó Rudolf en un tono jocoso—. Espero que te levante un poco el ánimo.

Petre cogió el *IPAD* y comenzó a leer. En la pantalla aparecía un mensaje, muy escueto, en el que Rudolf le contaba que utilizaban un lenguaje en clave para cuando tenían algo importante que contarse, y además, le indicaba cómo utilizarlo.

—¡Es buenísimo! —dijo Petre frotándose los ojos. Pretendía ocultar su mirada tras sus manos para evitar mostrar su asombro ante las cámaras de vigilancia. Además no quería demostrar lo dolido que se sentía porque Rudolf lo hubiese dejado al margen. Durante esos meses se habían hecho muy amigos y esto le hizo ver que no le tenía una gran confianza. Si no

¿Por qué le había ocultado algo así?

Rudolf percibió el malestar de Petre y le explicó que era algo reciente, de hacía un par de días, y que no había tenido ocasión para comentárselo.

Ernest se acercó al aparato de música y eligió algo suave. Después se acercó a Margarita y le tendió la mano.

—¿Me concedes este baile?

Margarita se quedó pensativa. El corazón le latía acelerado y no sabía qué hacer. Luego miró a Ernest a los ojos y le siguió. Durante unos segundos no se dijeron nada. Margarita, simplemente, aceptó su abrazo y los dos se pusieron a bailar. Despacio, dulce.

CAPÍTULO X

PRIMEROS INCIDENTES

Última semana de julio 2022

Una tarde de finales de julio, cuando la sirena del laboratorio sonó avisando la hora de salida, Petre le pidió a Emilio poder quedarse un rato más trabajando. Era una norma del laboratorio central que todos saliesen a la vez.

—… es que no me ha dado tiempo a terminar una tarea importante y la necesitamos para las pruebas de mañana —dijo intentando ser convincente.

Emilio dudó durante unos segundos antes de dar el permiso, pero al final accedió. Era consciente de la función tan importante que tenía Petre en el proyecto y, además, confiaba plenamente en él.

—Pero, por favor, se breve —le pidió, intranquilo. Emilio sabía que una de las principales preocupaciones de los encargados del proyecto era que alguien pudiese manipular las pruebas del laboratorio o los resultados del ordenador.

Una vez que se quedó solo, Petre respiró aliviado. Llevaba varios meses intentando que su ordenador se comunicase con el exterior y sabía que estaba a punto de conseguirlo. Aunque tenía gran amistad con el grupo de las cartas, de momento no los había puesto en conocimiento de sus planes. Por un lado por no crearles expectativas y por otro lado por miedo a que los vigilantes lo descubriesen.

Nervioso empezó a probar una nueva vía de conexión con el *router* central del edificio. De pronto, por casualidad, captó una comunicación de alguien

del interior del laboratorio con alguien del exterior. En su intento obsesivo por desbloquear la clave que le impedía a su ordenador conectarse a la red principal del edificio, había accedido a un canal privado de un ordenador del interior. Lo que leyó en la pantalla le dejó sin respiración. Asustado, apagó el terminal y con el corazón latiéndole con fuerza, salió corriendo.

7.20 de la tarde

Antes de la hora de la cena, Ellen pasó a recoger a Margarita a su camarote. Habían quedado con Ernest y Rudolf para tomar una cerveza antes de ir al comedor. Las dos iban hablando en un tono animado cuando se cruzaron con Petre por el pasillo.

—¿Te vienes con nosotras? —le preguntó Margarita de buen humor.

—Sí, claro —contestó Petre intentando mostrarse tranquilo—. Esperadme un momento, voy a coger un jersey.

—Y péinate un poco —le gritó Ellen—, que pareces un científico loco.

Petre siempre llevaba el pelo perfectamente engominado y a Margarita también le llamó la atención el aspecto descuidado que llevaba.

—Vale, vale… —contestó él, entrando en su camarote.

Una vez en la sala de estar, Petre empezó a repartir las cartas. De vez en cuando se apuntaba a la partida y entonces cambiaban el *bridge* por otro juego de más jugadores. Ellen acercó a la mesa una bandeja con refrescos y se puso a preparar las bebidas.

Esa tarde, Petre repartió las cartas mucho más despacio de lo habitual, mientras relataba una historia intrascendente sobre su etapa escolar. A medida que avanzaba el relato, los cuatro se mostraron pensativos. Siguiendo las instrucciones que le había dado días atrás Rudolf, de cómo introducir palabras ocultas, fue llegando con el relato, un mensaje. Petre les contó la conversación casual que acababa de captar con su ordenador en la que alguien del interior del edificio le comunicaba a alguien del exterior que los ensayos iban ‹‹peligrosamente›› bien y le preguntaba qué iban a hacer con los científicos.

Los cuatro se quedaron impactados por la noticia, aunque disimularon ante las cámaras y empezaron a tomarle el pelo, a Petre, recriminándole, entre risas, lo mal estudiante que había sido de pequeño.

—No entiendo nada —camufló Margarita en otra anécdota que empezó a contar—. Si no hemos conseguido nada positivo por el momento. El *Farmachip* en humanos es evidente que no funciona.

Al día siguiente, viernes 29 de julio de 2022 - 9.00 de la mañana

Llevaban unos minutos sentados en la sala de reuniones cuando Margarita, muy extrañada de no haber visto a Petre durante el desayuno, ni tampoco en ese momento, preguntó en voz alta:

—¿Y Petre? ¿Le ha visto alguien?

—No —contestaron la mayoría de los científicos de palabra o negando con la cabeza.

Olga levantó sin emoción los ojos del papel y constató cómo efectivamente, Petre, no estaba sentado en su sitio. Emilio miró su reloj de muñeca y giró la cabeza hacia atrás, para ver si le veía entrar por la puerta.

—Olga, por favor —le pidió impaciente por empezar la reunión—, acércate a su camarote para averiguar qué le ocurre, quizá se encuentre indispuesto.

—Voy —contestó Olga con desgana.

En el pasillo de los camarotes

Malhumorada por haber tenido que abandonar la sala, Olga llamó con fuerza a la puerta del camarote de Petre, pero no obtuvo ninguna respuesta. Impaciente, volvió a golpear con más fuerza la puerta, pero el resultado volvió a ser el mismo.

Olga sacó el *walkie-talkie* del bolsillo de su bata y con una voz enérgica llamó a Sasha.

—Avisa a Alexei y a Kerman, y buscadle.

—Tranquila, Olga. Ahora mismo recorremos todas las instalaciones.

—Y bajad al hospital. Igual se ha saltado otra vez las normas. ¡Cómo esté allí se va a enterar!

Diez minutos más tarde

Olga regresó a la sala de reuniones y Emilio con una mirada de

impaciencia le preguntó:

—¿Y Petre? ¿Le ocurre algo?

—De momento, no sé dónde está. He tocado a la puerta de su camarote y no me ha contestado. Le he pedido a Sasha que junto con Alexei y Kerman lo busquen por la planta de abajo y si no está allí, que bajen al hospital. Quizá se le ha ocurrido repetir lo que hicieron Rudolf y él hace meses.

Rudolf no dijo nada, pero miró a Olga con cara de odio.

—Me gustaría que entiendan —continuó diciendo Olga en un tono de voz cada vez más impertinente—, lo importante que es respetar y ser escrupulosos con el cumplimiento de las normas. Cualquier desviación de las mismas puede provocar…

¡Ringggg!, le interrumpió, sonando con fuerza, el *walkie-talkie* que llevaba en el bolsillo de la bata.

—Dime —contestó Olga—. ¿No? ¡Qué raro! ¿Y en el hospital tampoco? Pues no sé... Acércate a su camarote con la llave maestra. Ahora mismo voy para allá. De acuerdo. Hasta ahora.

—¿Qué pasa? —preguntó Emilio, alarmado.

—Que no le encuentran —contestó ella irritada—. Vamos a abrir el camarote por si se ha quedado dormido, o le ha pasado algo. La verdad es que no sé qué pensar.

Margarita miró asustada a Ernest y después a Ellen y a Rudolf. ¿Qué podía haberle sucedido a Petre? Apenas hacía seis horas que se habían despedido de él, en el pasillo de los camarotes. El pulso se le empezó a acelerar. Tenía la intuición de que a Petre le había sucedido algo malo.

Emilio intentó disminuir la tensión que se estaba generando en la sala y empezó a recitar una lista interminable de datos de los pacientes y de los resultados tan negativos que se estaban obteniendo, pero la concentración del grupo se había esfumado por completo. En la situación psicológica tan frágil en la que se encontraban, cualquier incidente, por muy pequeño que fuese, les afectaba mucho a todos.

—Tengo que reconoceros que no entiendo por qué no obtenemos ningún resultado positivo en los pacientes. Con lo bien que han salido todos los ensayos en ratones parece mentira que… —estaba diciendo Emilio cuando Olga, muy alterada, entró en la sala.

—¡No hay rastro de él! —dijo gritando—. No se nos ocurre dónde se ha podido meter. ¿Sabe alguien algo? Espero que no nos estén gastando una broma…

—Nosotros le dejamos en su camarote cuando nos fuimos a dormir —contestó Margarita asustada.

—Pues allí, tengan por seguro de que no ha dormido. La cama está intacta —gritó Olga—. No hay derecho a que se comporten ustedes así. Estamos entre adultos y parece…

—*¡Ringggg!* —volvió a sonar con fuerza el *walkie-talkie* interrumpiéndola de nuevo.

—¿Sí? ¿Estás seguro? No os mováis de ahí, ni toquéis nada. Voy inmediatamente —dijo, levantándose bruscamente de la silla.

—Olga, ¿pero qué está pasando? —preguntó Emilio mirándola desconcertado.

—Emilio, creo que debes acompañarme.

Margarita se levantó y se acercó a Olga.

—¿Pero le ha ocurrido algo a Petre? —le preguntó angustiada.

Olga le miró, pero no le contestó nada.

—Tranquila, Margarita. Esperadnos todos aquí —pidió Emilio en un intento de mantener la calma, aunque se mostraba tan nervioso o más que cualquiera de ellos.

Nada más quedarse solos, en la sala de reuniones, los científicos se pusieron a hablar entre ellos de forma atropellada. Nadie entendía qué le había podido suceder al informático.

Margarita, Ellen, Rudolf y Ernest ocultaron al resto su última conversación con Petre y no les dijeron que podía haberse metido en problemas.

Después de un buen rato sin noticias, aparecieron Emilio y Olga acompañados por Alexei, Kerman y Sasha. Sus caras expresaban diferentes emociones; miedo, desconcierto, preocupación… Emilio se sentó derrumbado en su asiento y se frotó los ojos. Con la mirada perdida dijo:

—Siento informaros que Petre ha sufrido un accidente y ha muerto. Parece ser que, de madrugada, ha querido bajar al hospital y se ha caído.

Ernest echó bruscamente su asiento hacia atrás y le increpó:

—¡Es increíble! ¿Por dónde se ha caído? ¿Y cómo no lo han descubierto hasta ahora si han estado buscándolo por todo el edificio?

—Por la escalera de caracol. Ya os comenté, a nuestra llegada, que las escaleras pueden guardar algo de humedad residual. ¡Pobre Petre! No puedo creerlo. Lo único que me consuela es pensar que, al desnucarse, no ha debido sufrir nada —dijo Emilio realmente afectado. Su cara estaba muy pálida y daba la impresión que de un momento a otro se iba a desmayar.

—Pues no entiendo cómo ha resultado tan difícil encontrarle —insistió Ernest, mirando fijamente a los agentes de seguridad—. Que yo sepa solo hay una escalera en el edificio. ¿O hay más?

Alexei, uno de los tres agentes de seguridad, se acercó a Ernest y con una mirada sombría y un tono ligeramente amenazador le dijo:

—Por la posición del cuerpo y el lugar donde se encuentra creemos que al caerse debió deslizarse por un lateral de la escalera. Una pequeña mancha de sangre le ha llamado la atención a Sasha y nos ha hecho mirar allí.

El rostro de cada uno de los científicos expresaba lo consternados que se encontraban por la noticia. Durante unos minutos todos permanecieron en silencio. Margarita trataba de asimilar lo sucedido y respiraba de forma entrecortada, pero la angustia le acabó venciendo. Junto con Ellen empezó a llorar acongojada. Por un lado, lloraba de pena, porque tenían una relación muy estrecha con Petre. Y por otro lado, lloraba de miedo, porque después de lo que les había contado la noche anterior, estaba segura de que le habían asesinado.

—¡Emilio, tanta seguridad que prometías y mira lo que ha pasado! —exclamó Ernest con rabia—. Parece mentira que sabiendo que hay un problema de humedad en el edificio, el personal de limpieza no se haya preocupado de mantener las escaleras en perfecto estado. Me parece muy grave, más aún, me parece gravísimo. Por muy involucrado que esté en este proyecto, tengo claro que quiero volver algún día, no muy lejano, a mi vida. Te advierto, si quieres que siga colaborando contigo, me vas a tener que garantizar que la seguridad en el edificio es total.

Margarita miró sorprendida a Ernest. Le llamó mucho la atención que siendo tan tranquilo y respetuoso, tuviese esa reacción tan desproporcionada. Se levantó y se acercó a tratar de tranquilizarle. Emilio, por su parte, se deshacía en disculpas y decía que él tampoco podía entender lo ocurrido. Pero Ernest, se mostraba obstinado y no dejaba de repetir que a él, le habían prometido que su seguridad estaría en todo

momento garantizada.

—Y, además, Emilio —continuó diciendo Ernest, elevando mucho la voz—, quiero que me expliques qué vamos a hacer ahora sin un informático. Petre era una pieza fundamental para el proyecto. Te lo pregunto muy claro: ¿cómo lo piensas resolver? ¿Tiene la empresa otro informático que pueda venir de inmediato? Sabes que estoy muy comprometido con esta investigación, pero tengo claro que no me quiero quedar a vivir aquí eternamente. Así que vas a tener que resolver este problema cuanto antes. Y, por favor, disculpadme todos por lo que acabo de decir. No es mi intención decir que la muerte de Petre es un problema, pero la situación me parece realmente dramática.

—Ernest, te entiendo perfectamente —intervino Manuel secándose con un pañuelo el sudor que le caía por la frente—. Yo siento lo mismo que tú. Me apena muchísimo la muerte de Petre, pero está claro que, sin él, nuestro trabajo no puede continuar. —Y volviendo su mirada hacia Emilio le increpó —: Emilio, ya te he dicho en varias ocasiones que me parecía un error haber seleccionado a un solo informático. No sé qué vamos a hacer ahora. Está claro que sin Petre el proyecto no se sostiene.

Ellen miró a Ernest y a Manuel furiosa. Con una voz entrecortada por los sollozos, gritó:

—Me parece increíble lo que estáis diciendo. Nunca hubiese imaginado una reacción así, sobre todo en ti, Ernest. El cuerpo del pobre Petre está todavía caliente y vosotros aquí exigiendo con urgencia un sustituto. Me dais pena. No pensaba que fueseis tan fríos y egoístas.

—Por favor, Ellen, no te enfades. Lamento mucho lo que he dicho —le pidió Ernest, cogiéndole con ternura de la mano—. La verdad es que me ha afectado tanto la muerte de Petre que no sé ni lo que digo.

—Creo que a mí también me está afectando mucho lo que ha pasado. Estoy muy nerviosa. No tengas en cuenta lo que te he dicho. Ni tu tampoco, Manuel. Disculpadme los dos, por favor.

Rudolf se empezó a reír por lo bajo y acercándose al oído de Margarita, le dijo entre susurros.

—¿No te das cuenta del teatro que está haciendo Ernest? Es evidente que está tratando de eliminar cualquier sospecha de que Petre nos informase ayer de lo que se había enterado. Si las cámaras le captaron a él, también podrían haber descifrado el lenguaje en clave, aunque no lo creo. Creo que los cuatro disimulamos muy bien. A Petre le han pillado cuando estaba en el laboratorio. ¡Seguro!

Margarita le escuchó asombrada. Estaba tan afectada por lo sucedido que no se había percatado de la maniobra de Ernest.

Emilio se puso en pie. Tenía la mirada triste y la voz ahogada. Haciendo un esfuerzo por sobreponerse dijo:

—Creo que hoy no estamos en condiciones para trabajar. Propongo, por lo tanto, que tengamos el día libre. De cualquier forma, si alguien tiene alguna prueba urgente que comprobar, puede decírmelo para que le acompañe al laboratorio del hospital. Con paso vacilante se acercó a Olga y la cogió del brazo y junto con los agentes de seguridad, abandonó la sala de reuniones. Su aspecto, al andar, era desolador. Parecía que hubiera envejecido de repente.

Nueva York

En la oficina de la empresa promotora del proyecto tampoco entendían qué había sucedido con el informático. Los vigilantes de seguridad, obedeciendo las instrucciones de David Nolan, jefe directo de Emilio Glok, llevaban un buen rato repasando y analizando las cintas grabadas de la noche anterior. Para su desconcierto, no eran capaces de ver qué le había ocurrido a Petre. La última imagen que tenían de él era de las dos y diez de la madrugada, cuando se despedía de Margarita y de Ellen en la puerta de su camarote. Después, nada. Nolan estaba que echaba chispas y ordenó a los vigilantes, gritando como un loco, que buscasen sin descanso en las cintas, una y otra vez.

Nada más abandonar la sala de reuniones, Emilio se dirigió a su camarote. No le había dado tiempo a cerrar la puerta, cuando comenzó a sonar el timbre de su ordenador. *¡Ringggggggg!*. Estaba tan alterado que tuvo dificultad para colocarse los auriculares. Después, conectó la *Webcam*.

—Hola, David —saludó nervioso—. Ahora mismo te iba a llamar. ¿Te has enterado de lo que le ha sucedido a Petre?

—Por eso te llamo —contestó Nolan agresivo.

—Me imagino que sabréis por las cámaras qué le ha pasado. ¡Dímelo! ¡No puedo quitármelo de la cabeza!

—Pues no, Emilio, y esto es lo grave. Alguno de vosotros ha manipulado las cámaras. No es posible que nuestro sistema de seguridad no haya registrado lo sucedido y te aseguro que en las cintas no se ve nada. A partir del momento en que se despide, en el pasillo de los camarotes, de Margarita y de Ellen, no hay ninguna otra grabación de él.

—Yo pensaba que todo quedaba grabado en las cámaras.

—Y queda. Por eso el asunto es tan delicado.

—¡Pobre Petre! —se lamentó Emilio—. Me siento fatal. Tenía que haberme ocupado de la seguridad de…

—¡Déjate de tonterías! ¡Estás en las nubes! —le cortó Nolan impaciente—. Es evidente que le han matado.

—No te entiendo. ¿Quién querría matar a Petre? Todos los del grupo se llevan bien y…

—¡Ay, Emilio, qué ingenuo eres! Está claro que hay un topo en el edificio.

—¿Un topo? No comprendo nada de lo que me estás diciendo.

—Es indudable que alguien ha manipulado nuestro sistema de seguridad, y tienes que averiguar rápido de quién se trata. Hay alguien en el edificio que no es quien dice ser. Ordena de inmediato a los agentes de seguridad que rastreen todas las instalaciones e interroguen a todos. ¡Quiero respuestas! ¡Ya!

—Tranquilo, David. En cuanto colguemos, avisaré a Sasha, Alexei y Kerman para que se pongan a ello de inmediato. ¿Piensas que corremos peligro?

—Hasta que no obtengamos alguna información, no sé qué decirte. No entiendo nada de lo que está pasando y mis superiores tampoco. Y te aseguro que todos los que estáis allí habéis pasado por un riguroso sistema de selección.

—¿Y qué le digo a los científicos? Están todos muy nerviosos, sobre todo Ernest.

—De momento, no les comentes nada. Continúa con la versión del accidente. Vamos a tratar de no dar pistas a nuestros enemigos.

—¡Dios mío! ¡Qué situación!

—Ocúpate de que encuentren rápido al topo. Yo te mantendré informado de lo que me entere desde aquí.

—Gracias, David y, por favor, envíanos cuanto antes otro informático. Sin Petre, estamos parados.

—Ya estamos en ello. No te preocupes.

Emilio se quitó los auriculares y se llevó las manos a la cabeza. No entendía nada de lo que estaba pasando. El topo, el asesinato, todo le parecía irreal. No se sentía capaz de manejar esa situación.

CAPÍTULO XI

EL NUEVO COMPAÑERO

Dos personas estaban al corriente de todo lo que estaba sucediendo en el laboratorio central gracias al sistema de vigilancia; micros y cámaras de grabación que habían colocado, meses atrás, por todo el edificio. La información les llegaba en el mismo momento en el que se producía.

—Ha sido una mala suerte lo del informático —dijo Adam a George—. Tenemos que enviar cuanto antes un sustituto. Pásame la lista de los seleccionados para que le eche un vistazo.

—Esperemos que a los jefes les parezca bien lo que hemos hecho. Si no... —dijo George, simulando que se cortaba el cuello con el canto de la mano.

—Sabes que no había otra opción. Además tenemos carta blanca para actuar ante el mínimo riesgo. Voy a llamar ahora mismo para informar.

Unas horas más tarde se reunió de urgencia el consejo de administración de la empresa. El presidente, acompañado de sus asesores, informó a los consejeros de cómo el informático del laboratorio central había descubierto sus intenciones.

—¿Y cómo se ha solucionado? —preguntó nervioso uno de los consejeros.

—El servicio de seguridad se ha visto obligado a eliminarle —contestó el presidente con un tono de voz firme, mientras miraba muy serio a cada uno de los miembros del consejo.

—¿Y se sabe si ha pasado información a alguno de los científicos? —preguntó otro de los consejeros.

—Creemos que no. Adam y George llevan horas analizando exhaustivamente las cintas y no han visto ni oído nada que lo sugiera.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó uno de los consejeros.

—En el departamento de gestión ya están trabajando para enviar otro

informático —contestó uno de los asesores del presidente.

La mayoría de los consejeros aprobaron la decisión tomada por el departamento de seguridad, a excepción de unos pocos que no estaban de acuerdo y exigían que todo se desarrollase sin violencia, tal y como habían pactado en un principio.

—¿Y qué alternativa había? —les retó el presidente—. Lo que hay en juego es demasiado importante. No podemos asumir ningún riesgo.

Uno de los consejeros comenzó a aplaudir y, enseguida, le siguieron la mayoría. Al final, resignados, fueron sumándose a los aplausos, los pocos que habían planteado una objeción.

Mientras todo esto ocurría en la empresa, Ernest, Margarita, Ellen y Rudolf se encontraban en la sala de estar del laboratorio central.

Rudolf escribió algo en su *IPAD* y lo dejó, con disimulo, encima de la mesa. Desde ese momento, los cuatro acordaron no volver a utilizar el lenguaje en clave. Ninguno tenía claro qué información tenían las personas que habían asesinado a Petre.

Lunes, 8 de agosto de 2022

Desde la muerte de Petre, Emilio se mostraba taciturno. Esa mañana, sin embargo, abrió con algo más de entusiasmo la reunión matinal.

—Hoy tengo una buena noticia que contaros —dijo con una media sonrisa—. Me acaban de comunicar que el nuevo informático llegará este jueves.

—¡Por fin! —gritó eufórico Manuel, que no veía el momento de volver al trabajo para poder regresar cuanto antes a su casa.

—Por cierto, Emilio —le preguntó Rudolf con una mirada desafiante— ¿cuándo vas a conseguir el permiso para que podamos volver a hablar con nuestras familias? Ya sé que cada día te preguntamos lo mismo, pero llevamos casi ocho meses sin poder comunicarnos con ellas. Creo que tu jefe debería sopesar el efecto tan negativo que está ocasionando esta situación en todos nosotros.

Desde el otro lado de la mesa se empezaron a oír unos sollozos. Cindy trataba desesperadamente de contener, en vano, las lágrimas.

Emilio era consciente de que el equipo se le estaba yendo de las manos, y sabía que sin equipo no había proyecto. A él mismo le estaban afectando

tantos meses de encierro.

—Os aseguro que esta vez voy a conseguirlo —gritó con voz enérgica—. Al mediodía contactaré con mi jefe y os prometo que esta noche, durante la cena, hablaremos de la comunicación. Espero tener buenas noticias que daros.

Los científicos le miraron con incredulidad. Les había prometido tantas veces lo mismo que en sus rostros ya no se veía esperanza. No obstante, la noticia de la inminente llegada del informático les animó mucho. Desde la muerte de Petre, llevaban diez días parados. Margarita escuchó a Emilio con atención y confió en que una vez llegase el nuevo informático, se reanudaría de inmediato el trabajo. Además, esperaba que pronto hubiese una evolución positiva en los pacientes. Era consciente de que el tiempo de curación, en caso de producirse, sería largo, porque la dosis de *Farmachip* que administraban a los pacientes era muy baja. Pero habían decidido ir despacio con el tratamiento porque tenían miedo a los efectos secundarios que pudiesen aparecer. Margarita confiaba en que una vez se probase que el *Farmachip* funcionaba en humanos, Emilio los dejaría regresar. Eso era lo que él repetía una y otra vez y ella quería creerle. Necesitaba creerle.

Ese mediodía, cuando estaban acabando de comer, Paul irrumpió como un huracán en el comedor y comenzó a decir, con voz entrecortada, que el paciente M7 había empezado a mover los dedos de la mano derecha.

—Y, además, le he dado mi bolígrafo y ha hecho la pinza —gritó entusiasmado.

Margarita se quedó impactada con la noticia. No podía ni pestañear. ¡La pinza! Lo imposible o lo improbable estaba empezando a suceder.

Ernest se levantó bruscamente de la silla y se acercó a Paul.

—¿Sabes el alcance real de lo que acabas de decir? —le preguntó Ernest a la vez que recorría con la vista a todos los científicos—. Si es cierto lo que cuentas, esto significa que se ha restablecido la conexión entre la alfa neurona y la motoneurona correspondiente, es decir, que nos encontramos ante el principio del fin de la parálisis. Emilio, con tu permiso, vamos ahora mismo a visitar a M7. No sé vosotros, pero yo me muero por comprobarlo.

—Ernest, te aseguro que es cierto —gritó Paul agitado—.Vamos y lo veis. Le he dado mi bolígrafo varias veces, porque yo mismo no podía creerlo. Qué lástima que no esté Petre con nosotros, porque podríamos ver lo que está sucediendo a través del ordenador.

Con el permiso de Emilio, dejaron los platos de comida como estaban y salieron corriendo del comedor.

Una vez en la unidad hospitalaria, se colocaron en semicírculo alrededor de la cama del paciente M7, que muy emocionado repetía una y otra vez la prueba del bolígrafo.

Margarita quería cuantificar el alcance de la pinza y, para ello, se apartó del grupo y seleccionó varios objetos de diferente textura y grosor. Luego se los dio al paciente.

—¡Increíble! —exclamó con una voz de absoluta sorpresa— Fijaos, es capaz incluso de sujetar y apretar esta fina hoja de papel.

Manuel aplaudió entusiasmado. Se mostraba tan contento con la noticia que no era capaz de controlar sus emociones. Ese ligero movimiento de la mano del paciente era un puente de esperanza para el regreso a casa.

Emilio miró a Manuel con un gesto de total desaprobación y le pidió que se tranquilizase. No le parecía adecuado infundir esperanzas a los pacientes sin estar realmente seguros de los resultados. Por otro lado, ante el alboroto, el resto de los pacientes comenzó a llamar a las enfermeras para pedir que también a ellos se les reconociese. Todos esperaban con ansiedad saber si tenían alguna mejoría.

Ante esto, los científicos se despidieron de M7, que lloraba de emoción, y se acercaron a la cama de cada uno de los pacientes. Como de momento, ante la falta de Petre, no se podía hacer ninguna valoración del tratamiento, les pidieron que tuviesen paciencia. Emilio, por su parte, les informó que en tres días iba a llegar el nuevo informático y que entonces se empezarían a analizar los resultados en el ordenador.

Por la noche, una vez reunidos en el comedor, Emilio les comunicó, muy emocionado, que su superior le acababa de autorizar una nueva comunicación con el exterior.

—Cuando acabemos de cenar, podremos ir de tres en tres, como hicimos la noche de Navidad, a la sala de control para chatear con nuestras familias. Además, mi jefe me ha confirmado que, a partir de hoy, tenemos permiso para chatear cada noche.

Los gritos de emoción llenaron por completo el comedor y presos de un gran nerviosismo, sortearon quienes iban a ir en cada grupo, y en qué orden. Después, se quedaron en silencio.

Margarita dejó la mirada perdida, en el infinito, mientras meditaba que les iba a decir a sus padres y a Mario, después de tanto tiempo. Cuando llegó su turno de chat, se dirigió preocupada a la sala de control. Con las manos

empapadas de sudor intentó, en un primer momento, conectar con el ordenador de casa de sus padres, pero tenían el chat desconectado. Triste por no poder hablar con ellos, les envió un mensaje escueto en el que les explicaba que se encontraba bien y les pedía que no se preocupasen por ella. Después, trató de conectar con Mario.

‹‹¡Margaritaaaaa! —escribió él—. No puedo creer que seas tú. ¡Qué emoción! Después de tanto tiempo me parece un sueño poder hablar contigo. Desde la noche de Navidad llevo cada día esperando tener noticias, tuyas. ¡No te puedes imaginar lo que estoy sufriendo! Yo…››

‹‹Mario, tranquilo, estoy bien››, escribió con mano temblorosa.

‹‹¿Bien? ¡No puedo creerlo! ¿Cuándo vas a volver? ››

‹‹No lo sé, pero espero que en unos meses podamos regresar a casa.››

‹‹¿Unos meses más? ¡No puede ser! Dime algo positivo. No puedo vivir sin ti. ¡Estoy desesperado!››

‹‹Trata de entenderme. No puedo hacer nada. Nuestro trabajo aquí es muy importante y no vamos a volver hasta que lo acabemos.››

‹‹¿Y estás conforme con esta situación?››

Margarita no le contestó nada. Las instrucciones de Emilio eran muy claras. Debían transmitir a sus familiares una sensación de absoluta normalidad. Cualquier indiscreción resultaría fatal para el grupo.

‹‹¿Me sigues queriendo?››

‹‹¡Claro!››, contestó agobiada por no ser del todo sincera, aunque después de llevar tantos meses sin estar juntos, y de haber conocido a Ernest, ya no sabía lo que sentía por él.

‹‹¿Y no os van a dar ni siquiera unos días de descanso?››, insistió.

‹‹Bueno, Mario, se me acaba el tiempo. Habla con mis padres y con mis hermanas y diles que estoy bien. Y, por favor, no te preocupes por mí.››

‹‹¿Podremos volver a chatear pronto?››

‹‹Nuestro jefe nos acaba de informar que a partir de hoy podremos hacerlo cada día.››

‹‹Bueno, algo es algo. ¿Te conectarás a esta hora?››

‹‹Me imagino que sí, porque es cuando acabamos de cenar, pero prométeme que no te vas a pasar cada día esperándome. Me preocupa que algo se tuerza y no te pueda llamar.››

‹‹Te prometo que cada día seguiré esperando tu llamada.››

‹‹Mario, tengo que cortar. Por favor, habla con mi familia. Un besooooo. Te quieroooo.››

‹‹Mil besos. Te espero. Te esperare siempre, escribió él antes de cerrar el chat.››

Por la noche, Margarita, Ernest, Ellen y Rudolf llegaron por separado a la sala de estar. Después de haber hablado con el exterior, los cuatro se mostraban tristes y abatidos. El hecho de haber contactado con su vida anterior les hacía más patente la situación encierro. Esa noche, se encontraban tan deprimidos que ni siquiera la buena noticia del paciente M7 parecía que conseguía levantarles el ánimo.

De pronto, Ellen se levantó y puso música. Rudolf, al escuchar los primeros compases, se secó las lágrimas, que le resbalaban por las mejillas, y se acercó a ella. La abrazó muy fuerte y los dos comenzaron a bailar. Envuelto en sus brazos, se le veía en paz.

Margarita también se sentía muy mal. Se acercó a Ernest, que tenía la mirada perdida, y le cogió de la mano. Era tan profundo el dolor que sentía, que necesitaba su contacto y su calor. Él le abrazó muy fuerte y juntos empezaron a bailar, hasta que se acabó la música y con ella la noche.

Jueves, 11 de agosto de 2022

Tras la muerte de Petre; Margarita, Ernest, Ellen y Rudolf volvieron a jugar al bridge. Esa tarde, estaban subastando una baza de trébol, cuando oyeron voces en el vestíbulo. En esta ocasión fue Rudolf el que se acercó a la puerta y les dijo que a lo lejos, en el vestíbulo central, estaba Sasha acompañado por alguien.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Ernest con curiosidad.

—Pelo oscuro, delgada, joven. De unos treinta y tantos. Me imagino que nos la presentarán durante la cena.

—¿Una mujer? —preguntó Margarita sorprendida—. Ya sé, no me miréis así, es una tontería, pero había dado por supuesto que el nuevo informático sería hombre.

—Pues sí, Margarita, es una mujer y además parece muy guapa. Bueno, vamos a seguir con lo nuestro que si no, no nos va a dar tiempo de terminar la partida antes de la cena.

Una hora más tarde

—Por favor, un momento de atención —les interrumpió Emilio muy sonriente, entrando en el comedor acompañado del brazo por una mujer—. Tengo el placer de presentaros a Sophy, la nueva informática del equipo. Sophy, por favor, siéntate y preséntate al grupo.

La recién llegada siguió las indicaciones de Emilio y se sentó en el lugar de Petre. Esto les causó a todos un profundo malestar. Habían sido muchos meses sentados a la mesa junto a Petre, comiendo, charlando, riendo y discutiendo juntos. Les costaba asumir tan rápido su perdida y su remplazo.

—Gracias, Emilio. Buenas noches a todos —saludó la nueva informática, mientras observaba con detalle a cada uno de los integrantes del grupo—. Como ha dicho Emilio, me llamo Sophy y soy norteamericana, de Nueva York. Soy doctora en informática y alterno mi trabajo en empresas de la administración con el de profesora en la universidad. Estoy divorciada y no tengo hijos, por lo que mi dedicación al trabajo es absoluta. Gracias a esta situación personal he aceptado participar en esta aventura fascinante. El viaje me ha parecido increíble, aunque reconozco que me siento rara. ¡A diez mil metros bajo el mar! Me imagino que vosotros sentiríais algo parecido cuando vinisteis aquí.

Aquel exceso de naturalidad, espontaneidad y confianza generó en la mayoría de los científicos una sensación de inquietud. Como ninguno se animó a intervenir, Ernest se decidió a contestarle:

—Bienvenida, Sophy, yo me llamo Ernest y soy algo parecido a un portavoz del grupo —se presentó en tono serio, pero amable—. Te voy a presentar brevemente a cada uno de los que formamos el equipo. A mi derecha, Margarita, seguida de Ellen, Rudolf, Cindy, Manuel, Pascal y Paul —dijo señalando a cada uno de los científicos con el dedo, mientras ellos asentían con la cabeza o hacían un gesto con la mano—. Me imagino que te habrán informado sobre nosotros.

—Sí —respondió Sophy mirando a Ernest con una mirada interesante—. Hace un par de días, mi jefe me entregó un informe muy completo de cada uno de vosotros, y de vuestra función en el proyecto. Lo he terminado de leer durante el viaje.

Sophy era muy atractiva. Su pelo, recogido en un moño bajo, era rizado y oscuro y hacía juego con sus ojos, grandes y profundos. Ernest, en un primer análisis, la definió a sí mismo como una persona inteligente y

seductora, y pensó que debía tener cuidado con ella. A Margarita, por el contrario, le pareció sincera.

—Lo primero que quiero explicarte —continuó explicando Ernest con una voz tranquila, pero firme—, y Emilio te pido que no te molestes conmigo por lo que voy a decir, es que nuestra llegada aquí ha sido completamente diferente a la tuya. Entiendo, por lo que nos acabas de contar, que has venido de forma voluntaria a trabajar en este proyecto. No sé si estás informada o no de la situación real en la que se encuentra este equipo, pero te confirmo que todos nosotros estamos aquí en contra de nuestra voluntad. Hace ocho meses, unos días antes de Navidad, fuimos citados mediante engaños para participar en una ponencia científica. Desde entonces, permanecemos secuestrados. No nos dejaron despedirnos de nuestras familias, de nuestro trabajo, de nuestro entorno. Te puedes imaginar en la situación emocional en la que nos encontramos —siguió diciendo, mientras miraba fijamente a Sophy a los ojos—. También quiero decirte que lo que más nos une, a cada uno de nosotros, a este grupo, no es el proyecto en sí, en el que trabajamos a la fuerza, sino nuestro deseo sin límites de poder recuperar cuanto antes nuestra libertad y regresar a casa.

El resto del grupo, que había seguido con mucha atención cada una de las palabras de Ernest, le aplaudió sonoramente.

—Calma, calma, no asustéis a Sophy —intervino Emilio sonriendo y tratando de quitar importancia a las palabras de Ernest—. Sophy, créeme, aunque se quejen, cosa que dada la situación es normal y comprensible, también es cierto que viven apasionados con su trabajo. Señores, por favor, no me dejéis en mal lugar y decidle a vuestra nueva compañera alguna cosa positiva, porque con el panorama que le habéis planteado no va a tener ánimo ni para encender el ordenador. Y si una cosa tenemos todos clara es que para seguir adelante con nuestro trabajo, y volver a casa, necesitamos con urgencia un informático.

Sophy escuchó muy atenta la explicación de Ernest. Nadie le había contado que los científicos estaban secuestrados. Muy sorprendida, trató de disimular y quitar importancia a lo que acababa de oír, y con una sonrisa cautivadora miró a cada uno del grupo.

—Pues yo tengo que decir que la comida está riquísima, sobre todo el desayuno —dijo Rudolf sonriendo y tratando de ser amable con Sophy. Tenía claro que necesitaban un informático con urgencia y decidió prestarse a lo que fuese necesario para que Sophy empezase a trabajar cuanto antes. Manuel y Margarita también se mostraron simpáticos. El resto, medio a regañadientes, medio sonriendo, acabaron siguiendo la broma a Rudolf y le dieron matrícula de honor al personal de cocina.

—Me alegro de que haya algo bueno que contar ¡Ya me estabais asustando! Os propongo un brindis —dijo Sophy poniéndose de pie y levantado su vaso—. Me gustaría brindar para que me deis un voto de confianza y una oportunidad para integrarme en el grupo. Sé que todos estáis muy afectados por la muerte de vuestro compañero, es normal, y que van a surgir cientos de comparaciones y de diferencias entre como lo hacía él y como lo voy a hacer yo, pero quiero que sepáis que soy una buena profesional y que me he metido en este proyecto con la intención de dejarme la piel.

Los científicos vacilaron durante unos segundos, pero al final levantaron sus copas y brindaron con ella, con Emilio y con Olga. Ernest pensó que Sophy tenía mucho carácter y que eso podía ser muy positivo, pero también muy peligroso. Rudolf miró a Ernest, desde el otro lado de la mesa, y con la mirada le expresó que pensaba lo mismo.

Tres horas más tarde

Pasada la medianoche, Margarita oyó qué llamaban a la puerta de su camarote. Semidormida, se levantó de la cama y fue a abrir. En el pasillo se encontró a Sophy, en pijama.

—¿Me invitas a pasar? —le preguntó con una cara de absoluto desconcierto.

Hablaron hasta el amanecer. Sophy le dijo que la empresa no le había informado de que estaban secuestrados. Margarita, poco a poco, fue dejándose llevar y descargó en ella toda la angustia que llevaba contenida durante aquellos últimos meses.

—Margarita, estoy impresionada con todo lo que me estas contado.

—Lo sé, Sophy, y siento no poder decirte nada que te tranquilice, pero nuestra situación aquí es muy complicada.

—¿Y no habéis intentado escapar?

—¿Escapar?, imposible, Sophy. De aquí, no sale nadie.

CAPÍTULO XIIVALORANDO A LOS PACIENTES

El mes de agosto hubo mucho trabajo en el laboratorio central. Con la llegada de la nueva informática comenzaron de nuevo las inoculaciones a los pacientes, y también los análisis de los resultados. Los días posteriores a la muerte de Petre habían sido devastadores para el estado de ánimo de pacientes y científicos. En ese momento, sin embargo, todos estaban más optimistas y esperaban con ansiedad que los *Farmachips* funcionasen

correctamente.

Pero, por desgracia, la realidad no era tan favorable. El único paciente en el que se había observado una evolución positiva había sido en el paciente M7 que hacía la pinza con normalidad y que, además, empezaba a mover ligeramente todos los dedos de la mano. En el resto de los pacientes, por el contrario, los resultados que enviaba la sonda al ordenador eran negativos. No se percibía ninguna comunicación entre el *Farmachip* y la célula, es decir, el *Farmachip* no podía vincularse al ADN celular y, por lo tanto, no era capaz de ejercer ningún control sobre ella.

A pesar de los malos resultados, Emilio trataba de ser positivo y obligaba a los científicos a repetir y repetir las pruebas, creando un ambiente de superación que impedía al grupo tirar la toalla.

Por otro lado, Margarita, empezó a darle vueltas a una idea nueva. Que los resultados en ratones hubiesen sido positivos y en humanos no lo fuesen era algo que no le encajaba. Por el momento había decidido seguir la corriente al resto del equipo y no comentar sus sospechas con nadie. Ni siquiera con sus compañeros de *bridge*. Margarita estaba empezando a pensar que la evolución positiva del paciente M7 podía deberse a otros factores, porque si una cosa tenía clara era que el principio de actuación del *Farmachip* era el mismo para todas y cada una de las células.

Alrededor de la siete de la tarde, de una tarde de finales de agosto, Margarita se encontraba en su camarote, sumida en todos estos pensamientos, cuando unos golpes muy fuertes en su puerta la obligaron a volver bruscamente a la realidad.

—¡Margaritaaaa!

Sobresaltada, se levantó de un salto y abrió la puerta.

—Perdona, Sophy —se disculpó al verla con cara de impaciencia—, estaba medio dormida y no te oía, ¿quieres pasar?

—Gracias, Margarita —dijo entrando y sentándose en la silla giratoria—. Quiero hablarte de algo. Me he fijado que cada día, cuando comentamos las pruebas o los resultados de los pacientes, nos sigues a todos la corriente, pero tengo la sensación de que nos estás ocultando algo. Con la confianza que nos tenemos las dos, creo que es mi deber decírtelo. Pienso que es fundamental que trabajemos en equipo y que si alguien no está de acuerdo con algo, lo comente con el resto.

—Me ofende lo que me dices, Sophy. Yo nunca ocultaría nada importante al grupo.

—No me malinterpretes, por favor. No te estoy acusando de nada. Simplemente creo que estás pensando en algo que no nos cuentas. Por lo que te conozco, creo que eres una persona perfeccionista y prudente y que no quieres compartir tus pensamientos con nosotros hasta que no estés segura. Personalmente, creo que estás cometiendo un error y por eso me he decidido a hablar contigo. Necesitamos saber todos, todo, si no, va a resultar muy difícil sacar este experimento adelante. Y sobre todo, piensa en esos pobres enfermos. Cualquier avance puede suponer el llegar o no a tiempo de salvar sus vidas.

—Reconozco que hay algo que no me encaja, aunque de momento no sé qué es. Pero es solo un presentimiento —contestó a la defensiva—. Quizá no tenga importancia o quizá debamos repasar el procedimiento desde el principio. Hay momentos en que no veo las cosas claras y no sé si es por el experimento en sí o por los meses que llevamos de encierro. Siento que he perdido la perspectiva.

—Bueno, bueno, no quería preocuparte. Me voy a acercar a la sala de estar a tomar una coca cola antes de ir a cenar, ¿me acompañas?

—Sí, claro. Dame un par de minutos para que me arregle un poco.

A Margarita le preocupó la conversación que acababa de mantener con Sophy y, mientras se lavaba las manos, y se ponía un poco de perfume, decidió que debía ser cautelosa con ella. A medida que la iba conociendo, le parecía más peligrosa, sobre todo, para tenerla en contra. Margarita tenía la impresión de que Sophy podía llegar a convertirse en el punto de discordia del grupo y se propuso no seguirle el juego. Además, estaba muy arrepentida de haberse sincerado con ella la noche de su llegada, y de haberle contado todo lo que le había contado. Ahora que la conocía mejor, se daba cuenta de la informática la había manipulado para sacarle información y tenía claro que no quería intimar con ella en absoluto.

Después de la cena, al reunirse con Ellen, Rudolf y Ernest en la sala de estar, Margarita comentó que estaba muy preocupada por Sophy.

—No sé lo que es, pero hay algo en ella que me hace desconfiar.

Ernest la miró con cariño. Sabía cómo le miraba Sophy y lo mucho que le molestaba esto a Margarita y en ese momento sintió que cada día la quería más. Quería decirle que no se preocupase por Sophy, que solo le interesaba ella, pero era consciente de que los dos tenían un compromiso afectivo en el exterior que les impedía hablar. Esta situación estaba afectando profundamente a Ernest que se encontraba ante un grave conflicto. Nunca antes, en toda su vida matrimonial, le había interesado otra mujer hasta que había conocido a Margarita. Y por mucho que se había esforzado en poner un muro de obstáculos entre los dos, cada día, al encontrarse, se rendía ante su mirada o ante su sonrisa. A lo lejos, en

un mundo lejano, quedaba su mujer. Ernest se resistía con todas sus fuerzas a aceptar lo que le estaba sucediendo, pero lo cierto era que no podía doblegar sus emociones. Le salían de dentro. Margarita, con su dulzura, había llegado al lugar donde no había llegado ninguna otra mujer en su vida, ni siquiera su mujer; a lo más profundo de su corazón. Ahora, sabía que tenía un motivo para hablar en serio con ella, pero le daba miedo atravesar la barrera que los protegía, porque si se equivocaba en su intuición, y ella no sentía lo mismo por él, las consecuencias podrían ser muy graves para ambos, y también para el resto del grupo.

Ernest llevaba casado con Laura más de doce años y tenían dos hijos en común. Se conocieron cuando él cursó los dos últimos cursos de medicina en el mismo hospital donde ella trabajaba de enfermera. Laura enseguida se fijó en él y se las ingenió para coincidir a diario en la cafetería del hospital. Durante muchos meses, Ernest, apenas le prestó atención. Estaba demasiado absorto en sus estudios. Pero un viernes por la tarde, un compañero de curso, con el que jugaba un par de tardes a la semana a *paddle*, le invitó a su apartamento a cenar. A la cena también acudió Laura y, a partir de esa noche, comenzaron a salir juntos. Más adelante, cuando Ernest comenzó a trabajar en el hospital, decidieron casarse. Durante todos los años que llevaban de matrimonio, Ernest nunca se había fijado en ninguna otra mujer. La parte más importante de su vida se la había dedicado al trabajo, y su familia era el refugio para cuando regresaba exhausto a casa. Al principio, Laura estaba tan enamorada de su marido que había disculpado su escasa implicación en los asuntos familiares, pero con el paso de los años la relación se fue enfriando. Ella siempre estaba sola, al frente de la casa y de los hijos, y entre ellos dos fue creciendo un vacío.

Y fue precisamente en ese vacío, del que Ernest siempre tan ocupado con su trabajo no había sido consciente de que existía, donde apareció Margarita. Desde el primer momento, en cuanto la conoció, supo que ella era diferente. Durante los últimos meses había tratado de no pensar en ella, repitiéndose a sí mismo cientos de disculpas basadas en su situación de aislamiento, pero lo cierto era que ni su cuerpo ni su mente le obedecían. Cada día, al encontrase con el grupo, solo le buscaba a ella, su mirada, su sonrisa, sus palabras.

Por otro lado, a Rudolf le pasaba algo parecido. Aunque tenía desde hacía años una relación estable con su mujer, la situación de encierro le había hecho cuestionar la solidez de su matrimonio. Desde hacía meses sentía algo muy fuerte por Ellen. Le encantaba su pelo, castaño y ondulado, y como le caía con gracia sobre los hombros. Y su tez blanca y sonrosada. Y sobre todo sus ojos, de un color azul-verdoso muy intenso, que transmitían tanta serenidad. Al principio le había quitado importancia a ese sentimiento, diciéndose a sí mismo que se debía a la situación tan especial en la que se encontraban, pero cada día se levantaba obsesionado por verla. Durante los primeros meses de encierro, Ellen se

había mostrado muy fría y distante con él. Después de la reciente ruptura con su novio, decía que no tenía ganas de volver a enamorarse de nadie. Pero casi sin darse cuenta, un día había empezado a reírse con sus chistes, a seguirle las bromas, y a bailar con él durante las largas horas que pasaban en la sala de estar.

Esta situación estaba preocupando mucho a los supervisores del proyecto, que no entendían lo que estaba sucediendo abajo, ni cómo nadie del departamento de selección de personal había previsto que algo así pudiese suceder. El personal encargado de la selección del equipo se justificaba alegando que era una situación totalmente anómala entre científicos, y más aún en ese grupo, porque tanto Ernest como Rudolf estaban clasificados de personas distantes y poco dadas a establecer relaciones de amistad.

A David Nolan no le quedó más remedio que hablar con Emilio para preguntarle si estaba al corriente de lo que estaba sucediendo en el laboratorio central.

—Me sorprende mucho lo que me dices —contestó Emilio, sorprendido—. Yo no he observado nada.

—Pues ya puedes extremar la atención sobre los cuatro, porque mezclar amor y trabajo puede suponer un problema muy grave para el desarrollo normal del proyecto.

—La verdad es que no entiendo qué quieres que haga —repuso Emilio molesto.

—¡Hacer! ¡Hacer! No sé qué puedes hacer, pero tengo claro que esta situación no nos interesa en absoluto. Tendremos que pensar cómo la corregimos.

—Lo que digas —dijo Emilio en un tono más cordial—. Ya sabes que por mi parte haré todo lo que esté en mis manos.

—De momento, Olga y tú estad atentos y mantenedme informado de cualquier novedad al respecto y, por favor, insiste a Sasha, a Alexei y a Kerman en lo del topo, que por el momento no me has dicho nada.

Emilio se frotó con ansiedad la barbilla. La conversación le estaba fastidiando tanto que no sabía cómo terminarla. Además, estaba agotado. Había tenido un día muy duro en el laboratorio y no veía el momento de meterse en la cama.

—Siento decirte que, por el momento, no han averiguado nada. ¿Por qué no nos envías a alguien especializado? Sinceramente, creo que Sasha, Alexei y Kerman no saben por dónde seguir buscando. Llevan días

rastreando el edificio sin éxito.

—Lo pensaré y te diré algo —contestó David Nolan antes de cerrar la comunicación.

Por otra parte, Sophy se había aclimatado muy rápido a su nueva situación y trabajaba sin descanso. Siguiendo las instrucciones de quienes la habían contratado, manejaba los datos informáticos a su antojo, convirtiendo lo positivo en negativo. Respecto al paciente M7, que cada día continuaba mejorando, nada podía hacer para modificar los resultados. Eran evidentes para todo el grupo. Sin embargo, los resultados del resto de los pacientes, en los que no se apreciaba ningún cambio externo aparente, sí que los podía manipular en el ordenador. Sophy tenía una misión muy concreta: debía demostrar que el experimento había fracasado.

Lunes, 5 de septiembre de 2022

A raíz de la llegada de Sophy, Margarita decidió aumentar la distancia emocional entre Ernest y ella. Todas las noches, desde que se habían vuelto a autorizar las comunicaciones, chateaba con Mario y pensar en Ernest le hacía sentirse mal. Para intentar contrarrestar ese malestar, se propuso entretener al máximo su mente. Para ello, se fijó un objetivo principal: analizar al detalle el protocolo.

Por las noches, cuando se quedaba a solas en su camarote, repasaba obsesivamente cada una de sus páginas. Se había propuesto encontrar una explicación lógica que justificase por qué no funcionaba el *Farmachip* en los pacientes. No aceptaba tantos días de encierro, que caían sobre ella como una losa, ni el riesgo que habían asumido los pacientes, poniendo sus vidas en sus manos, para que todo ese esfuerzo fuese inútil. Cada día se encontraba más obsesionada con el problema y le daba vueltas y más vueltas a estos pensamientos que continuaba sin compartir con nadie. Entre lo poco que comía, y que apenas dormía, se estaba quedando en los huesos. Sus compañeros la miraban preocupados y le preguntaban qué le sucedía, pero ella les decía que no le pasaba nada.

Esa mañana de septiembre, después de haber pasado la noche en vela, decidió que debía ser valiente y comentar con el grupo las conclusiones a las que había llegado. Aunque le asustaba hacerlas públicas, sobre todo recordando lo que le había ocurrido a Petre, pensó que no le quedaba otra alternativa.

Antes de ir a la sala de reuniones, Margarita se acercó al comedor a desayunar. Desde el otro lado de la mesa, Ernest no dejaba de mirarla. Estaba desolado desde que ella se había distanciado tanto de él. Esa mañana, sin embargo, se dio cuenta de que a Margarita le sucedía algo más. Antes de abandonar el comedor, se acercó a ella y le preguntó qué

le pasaba, pero Margarita bajó la mirada y no le contestó.

—Buenos días a todos —saludó sonriente Emilio Glok—. ¿Se anima alguien a comenzar la reunión de hoy?

Margarita levantó la mano y se puso en pie. Ernest la miró con sorpresa. Desde hacía varios días, Ellen, Rudolf y él la encontraban diferente, pero ninguno de los tres sabía qué le sucedía.

—Adelante —le animó Emilio que sabía la dificultad que tenía ella para hablar en público.

—Gracias, Emilio —dijo en un tono muy suave, casi inaudible—. Llevo días repasando en profundidad el protocolo y me veo en la obligación de comentar con vosotros las conclusiones a las que he llegado. Por otro lado, soy consciente de que al poneros al corriente de mis pensamientos me pongo y os pongo a todos en peligro, pero no encuentro otra opción que asumir este riesgo.

—Margarita, ¿pero de qué nos vas a hablar? —preguntó Ernest, levantándose de un salto para acercarse a ella.

—¡Quieto! —le gritó Emilio tirándole de la manga de la bata y obligándole a volverse a sentar.

—Margarita, por favor, antes de hablar, piensa bien lo que nos vas a decir —le pidió Ernest mirándole fijamente a los ojos.

—Ernest —le volvió a cortar Emilio, ahora en un tono más brusco—, ¿a qué viene tanto miedo? Déjale que hable.

—Lo siento, Ernest, pero es lo que tengo que hacer —dijo ella mirándole con los ojos muy abiertos. Luego se dirigió al resto del grupo—. Lo que os quiero decir es que después de haber repasado una y otra vez protocolo, he llegado a la siguiente conclusión: creo que hay alguien que está manipulando los resultados en el ordenador. Solo hay dos opciones en las que podemos pensar: o los resultados positivos en ratones fueron falseados en su momento o es ahora cuando se están manipulando los resultados en humanos.

—¿Falseados? ¿Manipulados? ¿Pero qué tipo de locura es esta? —gritó Emilio, asombrado—. Margarita, me sorprende mucho lo que nos dices.

Un murmullo de inquietud invadió la sala y la mayoría miró a Margarita sin entender el alcance real de sus palabras.

—Emilio, siento mucho lo que os estoy diciendo, pero no encuentro ninguna otra explicación. Si estoy en lo cierto, tenemos que pensar que

dentro del edificio hay alguien que trabaja para intereses opuestos a los nuestros. Si los resultados en humanos no están siendo manipulados, entonces tenemos que pensar que los resultados positivos en ratones eran falsos. No acepto una cosa sin la otra y viceversa.

—Pero, ¿por qué? —le preguntó Manuel al borde de un ataque de histeria—. No entiendo adónde quieres llegar.

—No sé por qué, Manuel, pero creo firmemente que hay alguien que está interesado en que no tengamos éxito. Si en su día nos engañaron falseando los resultados en ratones, me imagino que sería con el único fin de meternos en una vía errónea de investigación.

—¿Y la recuperación de la pinza en el paciente M7? —alegó Manuel muy acalorado. No podía escuchar lo que Margarita les estaba diciendo. La mera posibilidad de que pudiese estar en lo cierto, le aterraba.

—Manuel, siento en el alma el disgusto que te estoy dando. Ya sé que estás deseando volver a tu casa, a mí me sucede igual, pero creo que seguir trabajando en lo mismo, sin ser conscientes de lo que realmente está pasando, es una pérdida de tiempo. Respecto al paciente M7 tengo que decirte que la información que hemos recibido sobre él nos ha llegado filtrada. Puede ser una casualidad o puede ser que la interrupción medular no fuera completa. ¿Quién sabe?

Margarita se quedó unos minutos en silencio antes de proseguir con la explicación:

—También quiero deciros que un acontecimiento muy importante me ha hecho afianzarme en esta teoría. Creo que Petre fue asesinado. Unas horas antes de morir me comunicó personalmente que acababa de captar, por casualidad, una conversación de alguien del interior del edificio con alguien del exterior y en la que el de dentro le explicaba al de fuera que se estaban obteniendo unos resultados peligrosamente buenos, y le preguntaba qué quería que hiciese al respecto. Un hecho sumado al otro me lleva a la triste conclusión de que lo que estamos haciendo aquí no nos va a servir para nada.

—¡Me parece gravísimo lo que dices! —gritó Emilio, muy enfadado—. Y que nos hayas ocultado tu conversación con Petre, me parece imperdonable.

—Lo sé y lo siento mucho. Y tenéis toda la razón para estar enfadados conmigo y os pido a todos disculpas por ello. Ya sé que debí informaros de mi conversación con Petre pero, al enterarme de su muerte, me asusté muchísimo. No sabía qué hacer y decidí mantenerlo en secreto. Ahora, sin embargo, creo que es urgente que nuestros jefes estén al corriente de que existe la posibilidad real de que pueda haber por lo menos un topo en

el edificio.

Un murmullo intenso llenó la sala. Margarita se había atrevido a abrir la temida caja de Pandora. Era muy difícil de asumir, por parte de todos, el hecho de tener que volver a empezar. Manuel comenzó a andar sin ton ni son alrededor de la mesa y Cindy a respirar con dificultad. Emilio quería controlar la situación, pero era muy difícil.

Ernest levantó la mano y les pidió silencio. Antes de empezar a hablar se atusó obsesivamente el bigote y miró fijamente a Margarita a los ojos.

—En primer lugar, quiero deciros que ni Ellen ni yo estamos al corriente de las conclusiones que acaba de exponer Margarita, sobre las pruebas en ratones y en humanos. Y a ti, Emilio, por si tienes que tomar alguna medida al respecto, quiero confirmarte que yo también fui testigo de las palabras de Petre y que, al igual que Margarita, al enterarme al día siguiente, de su muerte, supuse que le habían matado. Por miedo a que el asesino nos hiciese daño, Margarita y yo quedamos en mantener en secreto la conversación con Petre.

—Perdona que te interrumpa, Ernest, pero yo también quiero confirmar que asistí a esa conversación —intervino Rudolf.

—Y yo también —dijo Ellen con la voz atragantada.

—¡Qué barbaridad! —gritó Emilio, llevándose las manos a la cabeza, completamente desbordado—. ¡No entiendo la falta de confianza que habéis tenido con nosotros!

—Emilio, tienes toda la razón para estar enfadado —reconoció Ernest al momento, mientras sus ojos buscaban con desesperación los ojos de Margarita—. Ha sido una estupidez y una imprudencia por nuestra parte no decir nada.

—Trata de entendernos —alegó Rudolf en defensa de los cuatro—, tú nunca nos has explicado quiénes son realmente nuestros jefes, ni para quién trabajamos y hay cámaras de vigilancia por todas partes. Entiende que estábamos asustados y que no sabíamos qué hacer.

—Lo que estoy oyendo es gravísimo —dijo Emilio en un tono de angustia que le hacía balbucear. Lo que acababa de exponer Margarita coincidía con lo que le había dicho David Nolan—. Propongo que cancelemos las actividades de hoy y dediquemos el resto del día al estudio, al repaso o a dejar la mente en blanco. Yo me voy a poner de inmediato en contacto con mi superior y a las cinco de la tarde nos volvemos a reunir aquí. Espero que, para entonces, pueda transmitiros con claridad cómo vamos a actuar. Por otro lado, dado la gravedad de la situación, creo que es importante que permanezcáis juntos o, como mínimo, en grupos de tres.

Si Margarita está en lo cierto, podríamos tener otro disgusto.

Sophy era una persona fría, con una gran capacidad para ocultar sus emociones, pero el pulso se le estaba acelerando. Al ver como estaba discurriendo la reunión, decidió pasar lo más desapercibida posible y no intervenir en la conversación. ¡Sería terrible para su empresa que la descubrieran!

Ernest se acercó a Margarita y le cogió de la mano. Luego los dos se abrazaron con fuerza. Por mucho que Ernest le acariciaba con suavidad la cabeza y le pedía que se tranquilizara, ella no podía dejar de temblar. En ese momento, además de la desesperación por el encierro, sentía una emoción diferente: Miedo. Margarita miró a sus compañeros y vio lo mismo reflejado en sus caras.

Sophy también estaba preocupada. No entendía cómo desde su llegada al laboratorio nadie de la empresa que la había contratado se había puesto en contacto con ella, pero la realidad es que no lo habían hecho. Lo único que tenía en su poder eran las instrucciones que le había entregado su jefe antes de partir.

CAPÍTULO XIIIBUSCANDO SOLUCIONES

Los científicos decidieron pasar juntos el día. A ratos estuvieron en la sala de estar y a ratos en el comedor. Sin expresarlo con palabras, los ocho establecieron, nada más marcharse Emilio y Olga, un acuerdo tácito de no aceptar a Sophy en el grupo. Percibían en ella algo extraño que de momento ninguno de ellos podía definir, pero que a todos les hacía desconfiar. Se organizaron para estar con ella por turnos y, de esta manera, los que quedaban libres poder hablar tranquilamente entre ellos. Sophy era muy lista y enseguida se dio cuenta del juego, pero hizo como que no se enteraba de nada, y envió a unos y otros una sonrisa amable y cercana.

A las cinco en punto de la tarde, se dirigieron a la sala de reuniones. Emilio se situó de pie, en la cabecera de la mesa. Antes de abrir la reunión, un ruido muy fuerte procedente de la planta de abajo les sobresaltó.

—Tranquilos, tranquilos, no pasa nada —dijo Emilio gesticulando con ambas manos en un intento de recuperar la calma—. El ruido proviene de la planta de abajo y se debe a la llegada de personal del ejército norteamericano. Nada más contarle a mi superior lo que ha expuesto Margarita en la reunión de la mañana, ha decidido enviarnos protección de inmediato. En total, os confirmo que han venido veinte militares que van a proceder a inspeccionar el edificio y a interrogar a todos. También aprovecho para comentaros que dentro de unos días llegarán otros dos informáticos a trabajar con nosotros. Mi inmediato superior y yo

pensamos que este trabajo es excesivo para una sola persona.

Sophy arqueó ligeramente las cejas y preguntó sin rodeos:

—Emilio, ¿qué pasa?, ¿hay algún problema conmigo? Llevo pocos días aquí y entre aclimatarme a este lugar, a las personas, y a conocer el procedimiento, reconozco que no me ha dado tiempo a hacer mucho.

—No, Sophy, no era mi intención decir nada semejante —contestó Emilio disculpándose—. Créeme, por favor, no hay ningún problema con tu trabajo. Simplemente vamos a adelantar lo que teníamos previsto hacer desde hace tiempo. Desde la pérdida de Petre, mi superior y yo pensamos que no es bueno para el proyecto dejar tanta responsabilidad en manos de una sola persona. Sophy, de verdad, puedes estar tranquila, nadie te está cuestionando. Y, al resto, aprovecho para deciros que trabajamos para gente muy poderosa y la razón por la que este experimento se realiza aquí, cosa que me habéis preguntado en muchas ocasiones y que hasta ahora no os he podido revelar, no tiene nada que ver con la presión, ni con el aislamiento, como ya os habréis dado cuenta. La única razón de estar aquí es la de proteger nuestro trabajo de esa gente que ahora estamos seguros de que mataron al pobre Petre y que tienen mucho interés en que no tengamos éxito.

—Sinceramente, Emilio —intervino Manuel agitado—, no entiendo cómo un descubrimiento de esta envergadura puede no interesar a alguien. Lo que se consiga es en beneficio de todo el mundo y…

—¡Qué atrocidad! —le interrumpió Cindy sollozando tras comprobar que sus temores le eran confirmados. Desde la primera reunión en el laboratorio central, en la que Emilio explicó el propósito del experimento, este temor la había acompañado a cada momento.

—Y yo estoy totalmente de acuerdo con vosotros —dijo Emilio pesaroso—, pero después de lo que contó Petre a varios miembros del grupo, y de su inmediata muerte, está claro que nuestros enemigos van muy en serio.

—Y referente al topo, Emilio —preguntó Ernest—, ¿ha entrado o salido alguien del edificio durante estos meses? A excepción, claro, de los pacientes y de Sophy.

Emilio negó varias veces, moviendo de un lado a otro la cabeza.

—Entonces debemos suponer que el topo y el asesino siguen aquí, entre nosotros —concluyó Ernest atusándose nervioso el bigote.

Un escalofrío volvió a erizar a Margarita el vello de los brazos.

Emilio intentó tranquilizar al grupo asegurándoles que los militares se iban a encargar de encontrarlo.

—Eso espero —dijo Paul elevando la mirada—, aunque mucho me temo que va a resultar difícil pillarle.

—Paul, por favor, no seas tan negativo —dijo Emilio mirándole fijamente a los ojos—. Te aseguro que se va a hacer todo lo posible para encontrarlo y si tienen que enviar más soldados, lo harán. Ahora, os animo a que vayamos al comedor a cenar. Creo que a todos nos va a venir bien un poco de relax.

—Antes de levantarnos, Emilio, me gustaría deciros algo importante —intervino Ernest, levantando de forma pausada la mano—. Es algo de lo que no me siento nada orgulloso, porque me considero una persona seria y responsable, y tengo que reconoceros que durante estos meses no me he entregado como debía al proyecto. A diario, he cubierto el expediente trabajando con el único objetivo de salir cuanto antes de este lugar. Quizá si alguien nos hubiese explicado, desde un principio, la razón real de estar aquí, podría haber visto la situación de otra manera. No sé qué pensar. De cualquier forma, después de los acontecimientos de hoy, y pensando en los pacientes y cómo nos han entregado los últimos días de sus vidas, tengo que reconoceros que algo muy fuerte se ha removido en mi interior. Creo que todos estos meses de cautiverio y de trabajo no pueden quedar en nada, por lo menos para mí.

Era tal el atractivo personal de Ernest, y tan alto su poder de seducción, que a los pocos minutos de haber comenzado a hablar, había captado la plena atención de todo el grupo.

—Pues bien —continuó diciendo con gran aplomo y seguridad—, lo que os quiero decir con todo esto es que a partir de este momento mi dedicación al proyecto va a ser incondicional. Voy a dejar de pensar obsesivamente en salir de aquí y me voy a fijar como única meta inmediata un objetivo muy concreto: conseguir que el *Farmachip* funcione. Después de la muerte de Petre, de la esperanza de los pacientes por curarse, del interés de alguien en que fracasemos, he llegado a la conclusión de que deseo conseguirlo. Confío en que también vosotros podáis aceptar la situación en la que nos encontramos y os entreguéis al proyecto en cuerpo y alma. La implicación de todos nosotros es la principal premisa para que podamos alcanzar el éxito.

—Yo estoy contigo —aplaudió Margarita, emocionada.

—Nosotros también —dijeron Ellen y Rudolf a la vez.

El resto de los científicos se quedó callado durante unos minutos, aunque en sus caras se veía otra mirada, otra luz. Ahora había alguien con una

fuerza interior capaz de conducirlos al éxito. Cindy se levantó y le dio la mano a Ernest.

Emilio, por su parte, se mostraba perplejo. Su cara expresaba incredulidad ante lo que estaba viendo y oyendo. Sabía desde un principio que Ernest no había puesto todo su empeño en el proyecto y pensó que probablemente ahora sí tenían una posibilidad real de conseguirlo. Tras escuchar el discurso de Ernest, Emilio pensó que David Nolan se había equivocado al ocultarles el motivo real de estar allí, a diez mil metros de profundidad.

Sophy, por su lado, trataba por todos medios de no aparentar que estaba preocupada, pero lo cierto era que lo estaba. No entendía nada de lo que estaba sucediendo, ni por qué nadie de la empresa se ponía en contacto con ella. Pensó que quizá los nuevos informáticos le traerían instrucciones y por el momento decidió ser prudente. Que fuesen ellos los que le comunicasen si estaban en su bando o en el contrario. De cualquier forma, su trabajo se le estaba complicando. Si los nuevos informáticos no estaban de su lado, iba a tener que extremar el cuidado para que no la descubriesen. Además, cada día se encontraba más unida al grupo y le parecía intolerable la situación en la que se encontraban, aunque de momento no se atrevía a cambiarse a su bando. Tenía miedo a que le ocurriese lo mismo que a Petre.

Una vez finalizada la reunión, el grupo se dirigió al comedor a cenar. La llegada de los militares les había tranquilizado mucho. Por un lado, porque se sentían protegidos y, por otro lado, porque veían que el gobierno norteamericano se encontraba detrás del proyecto. Hasta la llegada de los militares, nadie había tenido claro quien respaldaba la investigación. Todos habían dudado si trabajaban para una empresa avalada por el gobierno o si, por el contrario, lo hacían para un grupo de chiflados que les tenía secuestrados.

Por el contrario, Mario no conseguía quedarse nada tranquilo. Por mucho que Margarita, en sus chats diarios, le decía que se encontraba bien y que el edificio estaba custodiado por soldados americanos, él no se creía nada. No podía confiar en unas personas capaces de secuestrar a un grupo de científicos para obligarles a participar en un proyecto.

A mediados del mes de septiembre llegaron al laboratorio central los dos nuevos informáticos. Se trataba de dos hombres de unos treinta y tantos años, ambos norteamericanos: Alex, participativo y dinámico y Gerry, tímido y pausado. Su llegada supuso un impulso positivo para todo el grupo.

Los pacientes, por el contrario, se encontraban cada día más desmoralizados. Sin un tratamiento eficaz, la vida se les iba escapando

poco a poco de las manos.

Y del topo, no se sabía nada. Por mucho que los soldados investigaban sin descanso por todo el edificio, por el momento no habían sido capaces de averiguar nada.

CAPÍTULO XIVSE ACLARA UNA INCOGNITA

Lunes, 7 de noviembre de 2022 - 6.30 de la tarde. Laboratorio

A las seis y media en punto, sonó la sirena que avisaba que se había acabado la jornada de trabajo en el laboratorio. Los científicos, al oírla, empezaron a recoger el material de sus puestos. Alex hizo una seña a Gerry y ambos se acercaron al puesto de Ernest y al de Margarita. En voz baja, les pidieron que eligiesen un lugar seguro para reunirse, porque necesitaban hablar a solas con ellos dos.

Ernest se quedó sorprendido por la petición de los nuevos informáticos y pensó en un lugar adecuado donde encontrarse. Margarita preguntó a Alex si iban invitar también a Rudolf y a Ellen, pero éste negó con la cabeza. Margarita miró a Ernest preocupada. Tenían que pensar rápido qué les iban a decir, sin desvelarles que se iban a reunir con Alex y Gerry en privado, para no acudir esa tarde a su cita cotidiana en la sala de estar. Ernest dijo que se encargaba él y pidió a Margarita, a Alex y a Gerry que le esperasen un momento. A paso ligero, salió en busca de Rudolf y de Ellen.

—Chicos, esperadme un momento —gritó desde la puerta del laboratorio—, os quiero pedir un favor. Esta tarde me gustaría estar un rato a solas con Margarita. Quiero hablar con ella de un tema personal y no sé cómo…

—Ni te preocupes. ¡Al final, has decidido a hablar con ella! —le dijo Ellen con una sonrisa pícara.

—Bueno, bueno, por el momento no quiero decir nada más —contestó Ernest sonrojándose.

—¿Quieres que os dejemos la sala de estar? —le preguntó Rudolf, mirándole burlonamente.

—No, gracias, no quiero molestaros. Además, prefiero evitar que pueda entrar alguien en la sala y nos interrumpa. La verdad es que Margarita y yo tenemos pocas ocasiones para estar a solas. Tengo que pensar rápido dónde voy a quedar con ella.

—Pues que tengas mucha suerte —le desearon los dos haciendo con los

dedos la señal de la victoria.

—Gracias. Una cosa más, luego, cuando nos veamos en el comedor, no nos preguntéis nada. Ya sabéis, igual me da calabazas.

—Tranquilo —dijo Ellen—. Nos vemos en la cena.

Ernest regresó a su puesto y les dijo a Margarita, Alex y Gerry que ya lo tenía todo arreglado y que podían encontrarse, en media hora, en el invernadero.

Los primeros que llegaron al invernadero fueron Ernest y Margarita, que no pasaron ni por su camarote a cambiarse de ropa. Querían evitar encontrase con Rudolf y Ellen, en el pasillo de los camarotes, y verse en la obligación de darles otra excusa.

Se sentaron en los bancos del cenador y, mientras esperaban a que llegasen los dos informáticos, Margarita le dijo en voz baja a Ernest que intuía que lo que iban a escuchar no les iba a gustar nada.

A las siete en punto, llegaron Alex y Gerry al invernadero.

—¿Te parece seguro este sitio para hablar? —le preguntó Alex a Ernest mirándole fijamente a los ojos.

—Me imagino, Alex, que al igual que en el resto del edificio habrá cámaras de vigilancia —contestó Ernest, dubitativo—. Lo he elegido porque es un sitio aislado donde espero que nadie nos pueda interrumpir. Bueno, decidnos de qué nos queréis hablar. El tiempo vuela y enseguida se nos echa encima la hora de la cena y ya sabéis lo puntilloso que es Emilio con la puntualidad.

Ernest y Margarita miraron a Alex y Gerry expectantes, casi sin pestañear, mientras el tiempo se detuvo para los cuatro unos instantes. En silencio, solo escuchaban el murmullo constante del sistema de riego y parecía que el aire, a cada segundo que pasaba, se volvía más denso y empalagoso. La humedad era elevada en el ambiente y estaba mezclada con diferentes e intensos olores de plantas y de flores.

—Sabemos lo que ha sucedido —dijo Gerry en un tono suave, mientras miraba fijamente a los dos—. Lo primero que hicimos Alex y yo, cuando nos incorporamos en septiembre al laboratorio, fue repasar todos los registros informáticos del protocolo general. Nos llamó mucho la atención lo perfecto que estaba todo. Me explico, nos pareció muy extraño que lo que salía bien, como las primeras pruebas en ratones, saliesen perfectamente bien, y que, por el contrario, lo que salía mal, como las pruebas en humanos, saliesen fatal. Eso no suele ser así y, aunque no sabíamos qué sucedía, nos hizo pensar que lo que estaba ocurriendo no

era real.

—Estoy de acuerdo con lo que dices —le interrumpió Margarita—. Yo también he repasado los procedimientos y tampoco me encaja nada. Unos días antes de que llegaseis, lo expuse en una reunión.

—Lo sabemos, Margarita, lo hemos leído en el informe —dijo Gerry—, y todo ello nos ha hecho pensar que alguien ha estado manipulando la información. Después de analizar a fondo la función y la intervención de cada uno de vosotros en el experimento, hemos llegado a la conclusión de que tiene que ser alguien que trabaje en el laboratorio, a diario, con los datos. Desde fuera, nos parece imposible poderlo realizar.

—¿Uno de nosotros? Eso no me lo creo —gritó alarmada Margarita. El corazón le empezó a latir deprisa, mientras un sudor amargo le inundaba las manos. Sentía que le faltaban las fuerzas para escuchar la verdad.

—Suponemos que esto va a ser un mal trago para vosotros —continuó diciendo Gerry—, pero sabemos quién era el topo.

—¿Era? ¡No quiero oír nada más! —exclamó Margarita, tapándose los oídos con las manos.

—Margarita, tranquila —dijo Ernest acariciándole las manos—. ¡Se fuerte! Por mucho que nos duela, tenemos que saber la verdad. Gerry, por favor, continúa.

Gerry vaciló unos segundos, esperando a que Margarita recuperase la atención.

—Pues veréis, tenemos la certeza absoluta, y cuando digo absoluta es porque hemos reunido pruebas irrefutables que lo confirman, de que el topo era Petre.

—¿Petre? ¡No me lo puedo creer! —gritó Margarita desolada—. No quiero seguir escuchándoos. Ernest, vámonos. Todo esto es una locura.

—Es muy grave lo que acabas de decir —le increpó Ernest a Gerry en un tono violento—. Estás acusando a alguien que no se puede defender.

—Lo sabemos, pero creednos, es cierto —dijo Alex saliendo en defensa de Gerry.

—¿Qué pruebas tenéis? ¿Las tenéis aquí? —preguntó Ernest con incredulidad—. Van a tener que ser muy determinantes para que os crea.

—Pues veréis, gracias a un detalle en uno de los resultados del paciente M5 —empezó a explicar Alex en un tono enérgico—, que en un principio

nos pareció que no tenía mucha importancia, empezamos a seguir un rastro que nos condujo a un registro que hizo Petre en el ordenador, y encontramos que un resultado de M5 estaba manipulado. A partir de ahí seguimos la pista.

Gerry abrió la carpeta que había dejado sobre la mesa y les mostró un pequeño dossier.

—Para confirmar lo que os estamos contando, hemos traído este informe que lo ratifica. Si queréis lo vamos viendo juntos —dijo, abriendo el dossier por la primera página.

—Lo que no entiendo es por qué nos estáis contando esto a nosotros en vez de contárselo directamente a Emilio —dijo Ernest asombrado.

—Gerry y yo somos los últimos que hemos llegado y tras darles muchas vueltas, no sabemos en qué bando está Emilio —contestó Alex con una mirada inteligente—. Por el contrario, vosotros dos sois las personas del grupo que más confianza nos ofrecéis y por eso queremos dejar en vuestras manos la decisión de comunicárselo a Emilio y al resto del equipo.

—Primero voy a leer la documentación —dijo Ernest, empezando a pasar las páginas del informe. Margarita cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre su hombro. Se encontraba mal, mareada. No se sentía con fuerza para conocer la verdad.

CAPÍTULO XVLA HORA DE LA VERDAD

Martes, 8 de noviembre de 2022 - Sala de reuniones - 9.00 de la mañana

Durante todo el tiempo que llevaban encerrados en el laboratorio central, Ernest había sido para sus compañeros un ejemplo de persona que sabía controlar las emociones. Sin embargo, esa mañana, después de la conversación que mantuvo la tarde anterior con Alex y con Gerry, se encontraba completamente desbordado.

Con la cara desencajada levantó la mano y pidió a Emilio iniciar la reunión. Rudolf y Ellen le miraron con sorpresa. La noche anterior, durante la cena, Ernest y Margarita apenas habían intervenido en la conversación y, además, tampoco acudieron a la sala de estar, después de cenar, alegando que se encontraban cansados.

Ernest tenía los ojos hinchados y se veía que se había afeitado con desgana. Un mechón de pelo, negro y lacio, le caía desordenado por la cara.

—A juzgar por tu aspecto, parece que no has dormido bien esta noche, ¿te pasa algo? —le preguntó Emilio colocándose en una postura de máxima atención.

Ernest giró la cabeza y buscó con la mirada los ojos de Margarita. Necesitaba su apoyo antes de empezar a hablar.

—La verdad, Emilio, es que esta noche no he dormido nada —contestó con una voz apagada—. Lo que os voy a contar a continuación, por desgracia, es muy grave. Ayer por la tarde, cuando Margarita y yo nos disponíamos a salir del laboratorio, Alex y Gerry se acercaron a nuestra mesa y nos pidieron que nos reuniésemos los cuatro en privado. Como portavoz de todos vosotros me vi en la obligación de aceptar esta reunión, aun sabiendo, que tú, Emilio, podrías sentirte molesto por no haber sido el primero en ser informado. Pero Alex y Gerry estaban tan desconcertados, ante lo que acababan de descubrir, que prefirieron hablar con Margarita y conmigo primero, y que fuésemos nosotros quienes decidiésemos qué hacer con la información que tenían para nosotros.

En la sala de reuniones, las caras de todos se volvieron al instante más sombrías. Sobre todo la de Sophy que se empezó a sentir fatal. El miedo a que Alex y Gerry la hubiesen descubierto, la estaba asfixiando. No obstante, hizo un esfuerzo por tranquilizarse y confió en que el destino no le hubiese jugado una mala pasada.

—Pues bien, tengo que comunicaros —continuó diciendo Ernest— que Alex y Gerry nos han aportado pruebas irrefutables que demuestran que Petre era el topo y que además explican cómo éste manipulaba los resultados en humanos. Y como resultado de la ardua labor de investigación que han realizado, y de las pruebas que han aportado, que podéis consultar cuando queráis, hemos de aceptar este primer hecho como verdadero. Alex y Gerry también han demostrado que los resultados positivos de las pruebas realizadas en ratones eran ciertos, con lo cual se puede decir que la investigación ha sido un éxito, aunque…

—¡O sea, que lo hemos logrado! —le interrumpió Manuel gritando acalorado.

—Tranquilo, Manuel, y escucha con paciencia. Primero: tenemos una increíble y buenísima noticia y es que tanto los resultados en ratones, como los resultados en humanos, son positivos. Segundo: tenemos la incógnita de averiguar quién dirigía a Petre, en contra del experimento, y por qué. Depende de quién se encuentre detrás de toda esta quimera, tendremos o no, alguna posibilidad de salir con vida de aquí. Ahora que sabemos que el *Farmachip* funciona y, para ello, Alex y Gerry nos van a mostrar a continuación como los pacientes están evolucionando favorablemente, tenemos que pensar que nuestro trabajo aquí ha terminado. Por todo esto, Emilio, te ruego que hables con tu jefe de

inmediato. Con estos resultados positivos en humanos está claro que nuestro trabajo aquí ha terminado, que hemos cumplido con el objetivo.

Emilio se mostraba muy nervioso y empezó a sudar de forma visible.

—Estoy desconcertado ante lo que nos acabas de contar —dijo Emilio con un ligero carraspeo en su voz—. Por un lado, me siento como en una nube al saber que al final hemos conseguido diseñar el *Farmachip*, aunque también os digo que hasta que no lea la documentación, y ésta lo confirme, no lo voy a dar por cierto. Me parece increíble… Tantos meses de fracaso tras fracaso y resulta que lo habíamos conseguido y no nos habíamos enterado. Y mucho menos lo de Petre. Os aseguro que me va a costar creerlo. De cualquier forma, Ernest, te confirmo que ahora mismo voy a ir a hablar con mi superior, porque no entiendo, si es cierto lo que dices, cómo el sistema de seguridad no ha detectado las manipulaciones. No sé si a vosotros os ocurre lo mismo, pero a mí me cuesta mucho creer y aceptar lo que nos has contado. Además, no entiendo, y tampoco me encaja con vuestra teoría —dijo dirigiéndose a Alex y a Gerry—, la razón por la que mataron a Petre. Si, según decís, estaba realizando su trabajo a la perfección, ¿qué sentido tenía eliminarle?

La tensión desbordaba por completo la sala. Margarita, Ellen, Cindy y Manuel se revolvían nerviosos en sus asientos, mientras Rudolf se separaba emocionalmente del resto y en un estado de máxima concentración ponía su cerebro a trabajar a marchas forzadas. Era tal su estado de abstracción que ni siquiera parpadeaba. Y Sophy, por otro lado, se encontraba completamente aturdida y confusa. No entendía nada. ¿Qué significaba que sus jefes hubiesen eliminado al primer topo? ¿Qué querían realmente de ella?

Pascal, como era habitual en él, permaneció durante toda la reunión en silencio. Para sorpresa de todos, de repente se levantó de un salto y pidió con un gesto a Emilio la palabra.

—Yo quiero, es más, lo exijo, si queréis que continúe participando en el experimento, que quienes más relación tuvieron con Petre, como fueron Margarita, Ellen, Rudolf y Ernest, nos digáis de qué hablabais con él cada tarde cuando os reuníais en la sala de estar. Que nos informéis claramente de todo lo que os dijo antes de morir. ¿Qué pensabais de él? ¿Por qué creéis que os puso en alerta, diciéndoos que había un topo en el edificio cuando este comentario iba en contra de sus propios intereses? ¡Es absurdo! Él mismo se ponía en una situación de riesgo.

De pronto, un chirrido estridente interrumpió la conversación y la dentera les obligó a todos a llevarse las manos a los oídos. El ruido lo estaba provocando Rudolf, raspando la mesa con una regla. Pretendía con ello

que todos se callasen y le dejasen hablar.

—¡Está tan claro! ¡No sé cómo hemos podido estar tan ciegos! —gritó colérico.

—¿Qué estás pensando? Dilo rápido —le apremió Ernest mostrándose impaciente.

—Es evidente que Petre descubrió quién estaba detrás de todo esto —contestó en un tono hosco—, y pienso que nos puso en alerta porque averiguó algo muy grave para todos nosotros, pero también para él. Así que… ¡Emilio! —gritó histérico—. Te exijo que te levantes y hables ahora mismo con tu jefe. ¡Quiero saber qué es lo que está pasando! ¡Y quiero salir inmediatamente de aquí!

Ellen y Ernest se acercaron a Rudolf y le pidieron que se tranquilizase, pero él no dejaba de repetir que se encontraban en peligro. Margarita, a su lado, no lo podía contener.

Emilio se alarmó con la reacción tan violenta de Rudolf y dijo que se marchaba a su camarote para hablar con su superior. Olga también comenzó a mostrarse muy inquieta, no paraba de moverse de un lado a otro de la silla. Con lo fría y distante que se había mostrado durante todo el tiempo que llevaban encerrados allí parecía que, en ese momento, se empezaba a acercar tímidamente al mundo de las emociones humanas. Ernest, al observar su reacción, se preocupó mucho más. Estaba claro, por la actitud de ambos, que Emilio y Olga andaban igual de perdidos que ellos, lo que confirmaba sus sospechas. Se encontraban ante un problema mayúsculo.

Emilio abandonó la sala de reuniones y se dirigió a toda prisa a su camarote. Mientras encendía su ordenador personal, se colocó los auriculares y encendió un pitillo. Desde que había llegado al laboratorio central había dejado de fumar y lo cierto era que éste iba a ser su primer cigarrillo en todo ese tiempo. Después de tantos meses de abstención, tragaba el humo del cigarro como si fuese el último aire a respirar en el mundo.

Emilio introdujo la clave para conectar con David Nolan por la *webcam* y se ajustó los auriculares. Para su sorpresa, se encontró con que no podía conectar con él. Durante un buen rato siguió intentándolo, pero no obtuvo ningún resultado positivo. Ante esto, el corazón se le empezó a acelerar. Nunca antes, durante los meses que llevaba trabajando allí, ni durante los viajes que había realizado con anterioridad, se había interrumpido la comunicación por *webcam* con el exterior. Angustiado, abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un teléfono y una llave. Después, conectó el aparato a la red e introdujo la llave en una rendija que había en la base del teléfono. Se trataba de una línea de emergencia con el exterior a la

que David Nolan se encontraba permanentemente conectado.

¡Nada!

Emilio apagó el cigarrillo y se frotó los ojos. Ya no necesitaba leer la documentación aportada por Alex y Gerry para saber que lo que habían dicho era cierto.

No obstante, antes de volver a la sala de reuniones, realizó una última comprobación. Buscó las conexiones disponibles en el panel de control del ordenador, y se encontró con lo que estaba empezando a sospechar. Apenas hacía diez minutos que se había interrumpido la comunicación con el servidor.

En la sala de reuniones, nadie entendía por qué Emilio tardaba tanto tiempo en regresar. Ernest le pidió a Olga que fuese en su busca.

Rudolf se acercó al ordenador de Olga y vio que el servidor estaba parado. Alarmado se lo contó al resto. Emilio y Olga entraron en ese momento en la sala. Emilio tenía la cara tan descompuesta que no fueron capaces de decirle nada. Se desplomó en su asiento y sacó del bolsillo de la bata una cajetilla de cigarrillos. Sin mirar a nadie, encendió un pitillo y después tiró con rabia la cajetilla y el mechero a la mesa. Mientras tragaba el humo del cigarrillo con ansiedad, se secó los restos de las lágrimas que le caían por la cara.

Todo el grupo se quedó asombrado ante este gesto, porque nunca antes le habían visto fumar. Además, sabían que era una persona extremadamente escrupulosa en el cumplimiento de las normas y que la prohibición de fumar regía en todo el edificio. Rudolf se encontraba preso de una gran ansiedad y sin pensárselo dos veces, se abalanzó sobre la cajetilla. La verdad era que llevaba varios años sin fumar, pero la situación en la que se encontraban era tan compleja, que necesitaba algo que calmase su mente. Tenía que relajarse para intentar pensar con claridad.

—Nos encontramos ante una situación complicada. Por mucho que lo he intentado, no he podido contactar con mi jefe —explicó Emilio consternado—. Y os confirmo que nunca, antes, me había ocurrido esto y que, además, en el protocolo no estaba previsto que pudiera suceder. En un primer momento he pensado que había un fallo general en el sistema y que se iba a solucionar en breve, pero mucho me temo que no es cierto. Creo que la reunión que tuvisteis ayer en el invernadero fue escuchada por alguien y, como consecuencia, quien sea, ha tomado medidas. También os adelanto que estoy casi seguro de que todo el personal militar nos ha abandonado. Parece que ninguno de nosotros nos hemos dado cuenta esta mañana, o por lo menos nadie lo ha comentado, pero la realidad es que no hemos visto a nadie del equipo de seguridad vigilando

los pasillos y tampoco los he visto ahora.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó Ellen sollozando.

Paul estiró la mano a la cajetilla de tabaco y cogió un cigarro.

Cindy, al ver el cariz que estaba tomando la situación, se tomó dos ansiolíticos, aun así respiraba con mucha dificultad. Ernest vio lo mal que se estaba poniendo la farmacéutica y se acercó a ella para tratar de calmarla, pero Cindy había entrado en una situación de la que no era capaz de salir. Ernest pidió a gritos una bolsa de plástico. Pretendía obligarla a reconducir el ritmo de la respiración. Manuel le pasó a toda prisa una bolsa y ayudó a Ernest, pero Cindy no reaccionaba. Todo lo contrario, comenzó a ponerse pálida y enseguida morada. Ernest urgió a Emilio y a Olga a que llamasen al equipo médico del hospital. Para su sorpresa, no obtuvieron ninguna respuesta a su llamada. Ante esto, Ernest les pidió a Olga y a Sophy que se acercasen corriendo a la unidad hospitalaria en busca de ayuda. Mientras tanto, Margarita y Ellen fueron al botiquín en busca de un ansiolítico inyectable.

A los pocos minutos de que Ernest le inyectase una ampolla de Diazepam, Cindy se empezó a relajar y a respirar con normalidad. Entonces, él la cogió en brazos y con ayuda de Manuel la tumbó en una mesa alargada, que había en el fondo de la sala. Luego pidió a Margarita que trajese de su camarote una almohada y un par de mantas. Margarita ayudó a acomodar a Cindy mientras ella, entre sueños, le miraba agradecida con una mirada dulce, de niña.

—Ahora que Cindy se encuentra fuera de peligro, vamos a empezar a sacar conclusiones —dijo Ernest, regresando a su asiento—. Emilio, no sé si prefieres hacerlo tú o prefieres que empiece yo a pensar en alto y a intentar poner palabras a nuestros interrogantes.

—Por favor —dijo Emilio, cediéndole la palabra—, continúa tú ejerciendo de portavoz o más bien de jefe del equipo. Yo no me encuentro psicológicamente preparado para conducir esta situación. Me contrataron para dirigir el proyecto a nivel científico y nadie me ha instruido para actuar ante un problema como este. Estoy completamente bloqueado. No sé qué hacer, ni qué pensar.

—No te preocupes, yo me ocupo —contestó Ernest. A esas alturas era totalmente consciente de que Emilio era una víctima como ellos. Y dirigiéndose al resto del grupo dijo—: Os prometo que voy a hacer todo lo que esté en mis manos para manejar lo mejor que pueda esta situación, pero antes necesito recabar cierta información. Si os parece bien, voy a empezar a realizar una serie de preguntas. Igual entre todos conseguimos entender qué es lo que está sucediendo. Olga, si estas conforme, me gustaría que registraras todo lo que se vaya diciendo a partir de este

momento. ¿Estáis de acuerdo?

Los científicos asintieron, incluida Olga que entendió que no tenía otra alternativa que colaborar con el grupo.

—Antes de que contestéis, quiero puntualizar, aunque a estas alturas entiendo que sobra decirlo, que es absolutamente necesario que seamos sinceros entre nosotros. A primera vista, da la impresión de que los promotores del proyecto nos han abandonado a nuestra suerte. Por lo tanto, de las conclusiones que saquemos, y de las acciones que emprendamos, dependerá que consigamos o no salir con vida de este lugar. Os pido, por tanto, que lo que se contesté al grupo sea lo que se contesté a uno mismo. Es la vida de cada uno de nosotros lo que nos estamos jugando. Bueno, Olga, voy a empezar las preguntas contigo. ¿Sabes si continúan Sasha, Alexei y Kerman en el edificio?

—No. No lo sé. Hoy por la mañana no les he visto por abajo, pero si quieres intento localizarles por *Walki- Talkie.*

—Sí, por favor.

Olga sacó el intercomunicador del bolsillo de su bata y apretó el botón. Una, dos, tres…, hasta diez veces. ¡Nada!

—Gracias, Olga. Está claro —dijo Ernest—. Emilio, ¿Para quién trabajamos? ¿Sabes qué querían realmente de nosotros y qué pretendían hacer cuando el experimento terminase?

Emilio tenía la cabeza agachada y la sostenía entre sus manos. Al escuchar la pregunta de Ernest, se enderezó, se frotó los ojos y le miró abatido.

—La empresa promotora del proyecto se llama I&BS Corporation, mi jefe directo se llama David Nolan y es amigo mío desde la juventud. De hecho, David y yo nos conocimos cuando me trasladé con mi familia a vivir a Estados Unidos. Éramos vecinos y estudiamos en la misma universidad. Hasta hace un par de años, nunca habíamos trabajado juntos. Cada uno había elegido una carrera diferente; él estudió economía y derecho y yo medicina. Hace dos años me vino a buscar a la universidad. Fue una alegría enorme volvernos a ver. David me habló con tanto entusiasmo de este proyecto y me convenció de tal manera que acabé aceptando participar en él.

—¿Cuándo viniste por primera vez aquí? —continuó preguntando Ernest—. Recuerdo que comentaste que habías venido en varias ocasiones.

—Cierto. A los pocos meses de comenzar a trabajar en el proyecto, David me hizo realizar unos cuantos viajes para acondicionar las áreas científicas

del edificio. Más adelante, cuando finalizó la primera fase del proyecto, y el chip quedó teóricamente diseñado, faltaba engarzarlo a una partícula biológica. Entonces, David me ordenó que reclutara un equipo de científicos con una formación adecuada para diseñar el *Farmachip*. Aunque en repetidas ocasiones le manifesté mi total desacuerdo respecto a cómo iba a ser reclutado este equipo, no tuve más opción que obedecer.

—¿Cómo que no tuviste más opción? —le cortó Rudolf en un tono agresivo—. No entiendo cómo te han obligado a hacer algo con lo que no estabas de acuerdo. Incluso podías haberlo denunciado a la policía, no sé, cualquier cosa antes de obedecerle. Tenías la posibilidad de negarte, pero claro era más fácil…

—¡Estas equivocado! —rugió Emilio desesperado—. En el momento en el que empecé a hacer preguntas y a poner pegas, me aislaron. ¿Entiendes? Ni Olga ni yo hemos venido aquí por nuestra propia voluntad. No tuvimos otra elección. ¡Estábamos aterrados!

—¿Y dices que ese tal David era amigo tuyo? ¡Menudo amigo! —exclamó Manuel con incredulidad.

—David me dijo que él también cumplía órdenes, que trabajaba para gente muy poderosa, pero que siempre estaría a mi lado apoyándome en lo que necesitase. Y así ha sido durante todos estos meses. ¡Hasta hoy! Y, creedme, estoy muy preocupado por él. Tengo miedo de que le haya sucedido algo malo.

—Perdona, Emilio. Si te viste obligado por ellos…, retiro lo dicho y te pido disculpas. Creo que la situación nos está desbordando a todos—dijo Rudolf más calmado, mientras volvía su mirada hacia Ernest—. No sé lo que estás pensando, pero está claro que esto se está complicando mucho.

—Por desgracia, Rudolf, estoy completamente de acuerdo contigo —respondió Ernest, que se volvió hacia Emilio y le dijo—: Lo que nos has contado agrava mucho la situación. Olga, entiendo que Sasha, Alexei y Kerman son hombres de confianza de la empresa y no vuestra.

Olga asintió con la cabeza. Margarita la miró y entendió por qué había sido tan fría y distante con ellos. Ella misma era una víctima más. Ahora, al descubrirse su situación y la de Emilio, parecía que empezaba poco a poco a incorporarse al grupo.

—Gracias, Emilio, gracias Olga —continuó diciendo Ernest—. Ahora nos toca el turno a nosotros. Os pido, por favor, que seáis absolutamente sinceros. A estas alturas, poco importa si hemos sido contratados para diseñar el *Farmachip* o para sabotear el proyecto. Necesitamos información. He pensado que en vez de ir contestando uno por uno va a ser más fácil que levante la mano el que ha venido a trabajar aquí

engañado y en contra de su voluntad.

Margarita, Ellen, Rudolf, Paul, Pascal, Cindy, Manuel, Gerry, Alex y Ernest levantaron la mano.

Sophy, avergonzada, miró desolada al suelo, pero mantuvo sus manos firmemente pegadas a la mesa expresando con este gesto su decisión de colaborar con el grupo.

—Sophy, tranquila —dijo Ernest. Su mirada mostraba que no estaba sorprendido por la revelación—, ya no tienes que esconderte más. No te angusties. No te vamos a cuestionar nada. Lo único que te pido es que nos digas quien te contrató y para qué. Si queremos salir con vida de aquí, necesitamos que nos ayudes. Eres una persona inteligente, quizá la más inteligente del grupo, y estoy seguro de que sabes cuánto te necesitamos. Por favor, ¡ayúdanos!

Sophy se secó las lágrimas con las manos e hizo un esfuerzo enorme para recuperar el control. Después, empezó a hablar:

—Como os podéis imaginar, me resulta muy difícil explicar mi papel en público, aunque reconozco que en este momento me siento aliviada. Ha sido muy duro para mí vivir, durante estos meses, sola entre vosotros. A principios de agosto me llamó mi jefe a su despacho y me ofreció, como en muchas otras ocasiones, un trabajo de espionaje informático. Me imagino que os parecerá raro, pero es a lo que me dedico. Además, lo debo de hacer bien, porque estoy muy solicitada. Mi jefe me explicó por encima el proyecto y que mi trabajo iba a consistir en negativizar, informáticamente, todos los resultados positivos que se diesen en humanos. No me explicó en profundidad de qué iba el experimento, porque me dijo, y le creo, no lo sabía, ni tampoco dónde estaba ubicado el laboratorio. Solo me contó que la misión duraría un par de meses y me entregó un sobre con instrucciones de lo que tenía que hacer, además de un dossier con información de los integrantes del grupo y un billete de avión. Y aquí estoy. Os juro que es todo lo que sé. También os doy mi palabra de que desde mi llegada me dejaron a mi suerte. Durante estos meses me he limitado a realizar mi trabajo sin saber si era todo lo que se quería de mí, porque nadie se ha puesto en contacto conmigo, ni me ha comunicado nada.

—¡Madre mía!, pues lo has tenido que pasar fatal —le dijo Margarita, mirándola con compasión—. Al fin y al cabo, nosotros estábamos juntos, pero tú…

—Gracias, Margarita, no sabes lo que agradezco tus palabras —contestó Sophy—, y reconozco que lo he pasado muy mal y que según os he ido conociendo quería cambiarme de bando, pero he tenido miedo de que me

eliminasen como a Petre…

—Te entiendo perfectamente. Después de lo ocurrido a Petre los creo capaces de cualquier cosa —dijo Margarita compungida.

—¿Y qué opinas de la situación en la que nos encontramos? —le preguntó Manuel a Sophy, mirándole con ansiedad— Si te dedicas al mundo del espionaje igual se te ocurre algo para…

—Sinceramente, Manuel, creo que los promotores del proyecto nos la han jugado a todos, y se me están ocurriendo dos opciones en las que pensar. La primera es la más fácil: una empresa de la competencia, la que supuestamente me ha contratado a mí, al enterarse ayer de que se ha descubierto su trama, ha interrumpido la comunicación entre el laboratorio y la empresa promotora del proyecto. Esta primera opción no me convence, porque entiendo que, de ser así, deberían haberse puesto obligatoriamente en contacto conmigo para informarme de lo sucedido y os confirmo que no lo han hecho. La segunda opción, sin embargo, la considero más grave. ¿Sera la empresa promotora del proyecto la que nos ha contratado a todos, a vosotros a la fuerza y a mí libremente?

Los científicos le miraron asombrados.

—¿La misma empresa? ¡Estas desvariando! ¡Qué locura es esa! —gritó Manuel histérico poniéndose en pie—. Dime, Sophy, ¿para qué van a querer actuar así, justo al revés, como si nosotros fuésemos sus enemigos en lugar de sus colaboradores? Qué alguien me lo explique, si puede, aunque la verdad es que no creo que nadie pueda.

Ernest se quedó pensativo y Rudolf mudo. Olga rompió el silencio, diciendo que eran las ocho de la tarde y que llevaban doce horas sin comer. Cogió el *walkie-talkie* y llamó a la cocina y pidió que les sirviesen la cena. El personal de cocina continuaba en su puesto. Probablemente, los responsables del proyecto ni habían pensado en ellos.

Durante la cena, Ernest le preguntó a Pedro si el menú lo elegían cada día en la cocina o si recibían las órdenes a través del ordenador. Pedro le explicó que todo estaba perfectamente programado

—Desde que llegamos aquí, hace más de un año, el ordenador nos dice cada día lo que debemos hacer.

—¿Y para cuánto tiempo está provisionada la despensa? —continuó preguntando Ernest.

—Todavía hay reservas para un mes. Ya avisé al señor Alexei que debían

reponer las existencias.

—Una pregunta más, Pedro —intervino Margarita— ¿Sabe cuánta gente queda en el edificio?

—Pues verá, anoche me despertó un ruido muy fuerte —contestó mostrándose aliviado de que alguien, por fin, hablase de la situación— y, asustado, me levanté de la cama y salí al pasillo. Varios de mis compañeros también se despertaron y salieron a ver qué pasaba y cuando estábamos hablando en el pasillo, el señor Alexei se acercó corriendo y nos ordenó que volviésemos de inmediato a la cama.

—¿Y no le preguntaron qué pasaba? —intervino Rudolf con sorpresa.

—Sí —contestó Pedro—. El señor Alexei nos explicó que se había acabado la experimentación para la que habían venido los pacientes y que tanto ellos como el personal del Ejército regresaban a tierra. Mari Luz, la encargada de la cocina, le preguntó cuándo íbamos a regresar nosotros y él le contestó que en unos días volvería a recogernos a ustedes y a nosotros. Además, nos pidió que continuásemos con nuestro trabajo cotidiano y que no nos preocupásemos por nada.

—¿Y no le preguntaron nada más? —le preguntó Ernest desconcertado.

—No… —se disculpó Pedro, bajando la mirada—. Ninguno de nosotros nos atrevimos a preguntar nada más.

—¡Dios mío! ¡Qué desastre! ¿Qué vamos a hacer ahora? —gritó Manuel desesperado, mientras Cindy volvía a empezar a toser y a respirar con dificultad.

—¿Y no queda nadie más en el edificio, aparte de ustedes y de nosotros? —le preguntó Rudolf a Pedro, preso de una creciente ansiedad.

—No. Creo que solo quedamos ustedes y nosotros.

—¿Cuántos son ustedes?

—Entre el personal de cocina y el de limpieza, somos ocho.

—¿Y los médicos, las enfermeras y los auxiliares de laboratorio? —insistió Ernest, incrédulo.

—También se han marchado.

—¿Y los encargados de la sala de control? —saltó Margarita al borde de las

lágrimas.

—No me he acercado a la sala, pero Andy y Louis no nos han avisado para que les sirvamos la comida, ni tampoco el café de la merienda y eso que para ellos el café de las seis de la tarde es sagrado.

—Muchas gracias, Pedro. No sabe lo útil que es la información que nos acaba de dar —dijo Ernest.

—¿Qué les digo a mis compañeros? —preguntó, confuso antes de salir del comedor— ¿Continuamos con la rutina habitual?

Ernest miró a Emilio y le invitó a responderle.

—Sí, por favor, continúen con su trabajo —dijo Emilio aturdido— y, Pedro, discúlpeme ante sus compañeros. Debería haberme acercado a darles una explicación, pero he pasado un día muy malo.

—No se preocupe, doctor Glok. Ahora, les cuento lo que me han dicho. ¿Quiere que le haga una infusión o que le traiga algún medicamento del botiquín?

—Muchas gracias, Pedro, pero prefiero un coñac. Necesito algo fuerte. ¿Me acompaña alguien?

Ernest, Paul, Manuel y Pascal levantaron casi a la vez la mano, asintiendo, mientras las mujeres se decidían por una taza de café y Alex y Gerry continuaban con su copa de vino. Rudolf, por el contrario, continuó bebiendo agua y fumando un pitillo detrás de otro. No quería que nada rebajase su nivel de atención.

—Bueno, pues si no quieren nada más, me retiro. Me imagino que estarán felices de haber acabado su trabajo aquí. ¡Qué alegría! —dijo el camarero, mientras recogía una bandeja para llevarla a la cocina—. Por fin, podremos regresar a casa. Me muero por ver el sol y respirar aire puro.

—¡Y nosotros, Pedro, y nosotros! —contestó Ernest, intentando aparentar tranquilidad.

Tras la conversación con el camarero, los científicos permanecieron un rato, en silencio, pensando. Se encontraban frente al problema más difícil de resolver que se les había planteado en su vida y de la suerte o del acierto de sus acciones, dependería que se salvaran o no.

CAPÍTULO XVIMARIO

Mario se sentaba cada mediodía frente al ordenador de su despacho, en el hospital, para chatear un rato con Margarita. Lo hacía a diario desde que,

en agosto, se habían vuelto a autorizar las comunicaciones. Ese día, sin embargo, al encender el ordenador y clicar en el icono que tenía en el escritorio para acceder al chat, le fue imposible conectar con el laboratorio.

Un mal presentimiento le invadió en ese mismo instante y sintió a su corazón latir con fuerza, mientras un dolor, cada vez más agudo, le oprimía las sienes. Nervioso, cogió el teléfono y llamó a los padres de Margarita, que tampoco podían acceder al chat. Preso de un ataque de ansiedad, llamó a los familiares de cada uno de los científicos desaparecidos. Para su desesperación, todos le confirmaron que les sucedía lo mismo.

Tras esto, Mario telefoneó a Miguel. Necesitaba que a la salida del trabajo, se acercase a su casa. Quizá a su amigo se le ocurriría la forma de acceder al chat del laboratorio.

Mientras esperaba en su apartamento la llegada de Miguel, Mario abrió un paquete de cigarrillos y empezó a fumar con desesperación. Desde la desaparición de Margarita había vuelto a fumar y, ese día, con lo nervioso que estaba, llevaba fumada más de una cajetilla.

Miguel llegó alrededor de las ocho de la tarde. Mario se encontraba muy agitado y le explicó, de forma atropellada, lo que había sucedido.

—Bueno, tranquilízate —le pidió su amigo—. ¿Y te has marchado al mediodía del hospital?

—Sí, al ver lo que pasaba, le he pedido a un compañero que me sustituya en la consulta de la tarde y me he venido a casa. ¿Te preparo un café?

—Sí. Gracias —contestó Miguel quitándose la chaqueta de cuero negro y dejándola sobre el sofá.

Mientras Mario estaba en la cocina preparando una cafetera, Miguel movía a gran velocidad el ratón encima de la esterilla.

—Siento lo que te voy a decir, Mario, pero me da la impresión de que han eliminado la línea de chat —dijo tras dar una calada enorme a su pitillo—. A juzgar por lo que veo, o más bien por lo que no veo, parece definitivo. El icono del chat no se encuentra vinculado a nada.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —sollozó con amargura Mario, mientras se frotaba en círculos las sienes en un intento en vano de disminuir la presión. Sentía como si el cerebro le fuese a estallar—. Tengo una intuición fatal, Miguel, creo que Margarita no va a regresar jamás y créeme, no puedo soportarlo.

¡Es mi vida!

—Vamos a tratar de calmarnos y pensamos qué podemos hacer. Seguro que encontramos una solución.

Miguel llevaba desde el pasado mes de diciembre ayudando a Mario a buscar a Margarita. Incluso, había viajado con él en varias ocasiones, a diferentes lugares del mundo, para conocer a los familiares del resto de los científicos desaparecidos. El encuentro con los familiares fue posible gracias a que Mario, con su insistencia, consiguió que la prensa y la televisión se hiciesen eco de la desaparición de Margarita. Se organizó tal revuelo en los medios de comunicación; nacionales e internacionales, que la I&BS Corporation, que era como se llamaba la empresa promotora del proyecto, decidió colaborar con la policía para evitar que siguiesen las investigaciones.

David Nolan era el representante legal de la empresa y comunicó a la policía, y a la prensa internacional, cómo la I&BS Corporation había contratado a un grupo de científicos para trabajar en un proyecto científico clasificado de alto secreto. Además, Nolan, presentó una documentación, debidamente firmada por cada uno de los científicos, en la que manifestaban su deseo de participar de forma voluntaria en dicho proyecto.

—Mario, es muy tarde. Si quieres, me quedo a pasar la noche aquí y mañana por la mañana nos ponemos en contacto con el señor Nolan. Alguna explicación nos dará de lo que ocurre.

—Gracias, Miguel, no imaginas cuánto agradezco tu ayuda —respondió Mario completamente derrumbado.

—Pues venga, no se hable más. Voy a mandar un mensaje a mi jefe, diciéndole que mañana no puedo ir a trabajar, y te aconsejo que hagas lo mismo. ¡Y estate tranquilo! Si tenemos que coger mañana un avión para ir a hablar con Nolan en persona, lo haremos. ¿De acuerdo?

No había amanecido todavía cuando Mario, después de una larga noche de insomnio, repleta de pesadillas, se levantó impaciente de la cama y se dirigió a la sala de estar. Una vez allí, encendió un pitillo y se sentó frente al ordenador. Con el pulso acelerado clicó una y otra vez sobre el icono del chat del laboratorio, pero le fue imposible establecer conexión.

Desesperado, buscó alguna noticia relacionada con los científicos desaparecidos, en los periódicos digitales; nacionales e internacionales, en Twitter y otras redes sociales, pero no encontró nada.

A las ocho de la mañana, apareció por la sala, bostezando, Miguel. Mientras se servía un café, y encendía un cigarrillo, intentó de nuevo

acceder al chat, pero tampoco pudo. El portal del chat había sido eliminado.

Debido a la diferencia horaria, entre España y Nueva York, tuvieron que esperar varias horas antes de llamar por teléfono a David Nolan. Horas que a Mario se le hicieron eternas y durante las cuales volvió a comunicarse con la familia de Margarita y con los familiares del resto de los científicos desaparecidos, que le confirmaron seguían sin noticias.

—Llamémosle ahora —dijo Miguel tras mirar la hora en el ordenador—.Ya es hora de que esté en la empresa.

Mario marcó el número del teléfono móvil de Nolan. Lo tenía grabado en la memoria de su teléfono y lo había utilizado anteriormente en varias ocasiones. Un mensaje de voz dijo que el número marcado no existía. Como no era posible que se hubiese equivocado al marcarlo, lo volvió a intentar varias veces más.

—Tranquilo, Mario, vamos a llamar a la empresa —dijo Miguel en un intento de calmar a su amigo.

Un mensaje de voz dijo: ‹‹el número solicitado no existe››.

—¡Es el fin! ¿No te das cuenta? —gritó Mario completamente desesperado.

—Tranquilo, tranquilo, vamos a pensar —dijo Miguel frotándose la frente—. Hummm… Ya sé. Vamos a acercarnos a la Jefatura de Policía para hablar con el inspector Suárez. Seguro que él sí que puede comunicar con la empresa.

—Vale —dijo Mario con resignación.

Llovía intensamente cuando Mario y Miguel salieron del apartamento. Los dos caminaban tan ensimismados en sus pensamientos que olvidaron coger un paraguas y llegaron con la ropa calada a la Jefatura de Policía.

—Buenos días —saludaron al policía de la entrada —. Quisiéramos hablar con el inspector Suárez. Es un asunto urgente.

—Pasen a la sala de espera —dijo en un tono amable. El agente se acordaba de ellos y de las múltiples veces que habían ido a hablar con el inspector Suárez sobre una científica desaparecida.

Mario se sentó en un banco y hundió la cabeza entre sus brazos. Miguel miró a uno y otro lado de la sala y vio las miradas compasivas de la gente

que, al igual que ellos, se encontraba esperando.

—Síganme, por favor —les indicó, al cabo de un rato, el policía desde la puerta.

—Gracias —contestaron casi a la vez.

Una vez en el despacho del inspector Suárez, se encontraron que en vez de recibirles él, les recibía una policía.

—Buenos días —les saludó sonriente, mientras les daba la mano—. Soy la inspectora Ana Ramírez y estoy sustituyendo al inspector Suárez, que se encuentra ausente. ¿En qué les puedo ayudar?

—Es una historia larga de contar —dijo Miguel que veía a su amigo sin fuerzas para explicarse—. Se trata de Margarita Salazar, la científica desaparecida.

—Esperen un momento, voy a solicitar el expediente.

La inspectora Ramírez llamó por el interfono y, en un par de minutos, apareció un policía con una carpeta en la mano.

—¿Les importaría que hiciéramos entre los tres un breve repaso de los hechos? —preguntó, mientras ojeaba rápido el expediente de Margarita—. No quiero que se me escape nada.

—Por supuesto —contestaron los dos.

—Por lo que veo, usted, Mario Abascal, tiene un poder permanente, otorgado por los padres de Margarita Salazar, para personarse en el expediente cuantas veces considere oportuno. Haciendo un repaso cronológico de la situación y, por favor, indíquenme si algo no es correcto, el pasado mes de diciembre usted denunció la desaparición de Margarita Salazar e implicó al profesor Félix Pereira, como partícipe de la misma.

Resultado de las investigaciones que realizó este departamento, bajo las órdenes del inspector Suárez, así como del FBI, Scotland Yard, e Interpol, la compañía americana I&BS Corporation emitió un comunicado público en el que reconocía haber contratado a un grupo de científicos, para participar en un proyecto secreto.

A la pregunta de por qué no se habían comunicado los científicos con sus respectivas familias, el representante legal de la empresa, David Nolan, contestó que los científicos se estaban aclimatando al laboratorio donde iban a trabajar y era preferible, por el bien del proyecto, que no tuvieran distracciones, pero que se comprometía a que ese mismo día por la noche, que precisamente era la noche de Navidad, se pondrían en

contacto con sus familias. Hecho que me consta cumplieron. Hasta el momento, ¿es correcto lo que voy diciendo? —preguntó la inspectora levantando la vista del documento.

—Sí —afirmaron de nuevo Mario y Miguel.

—Veo que a los pocos días, ustedes dos se volvieron a personar aquí, junto con los padres de Margarita Salazar y sus hermanas, y denunciaron que se había interrumpido de nuevo la comunicación con el laboratorio y que, por lo tanto, la promesa de estar en contacto a diario con los científicos no se cumplía. A instancias suyas, y de los familiares de los otros científicos, se instó a la compañía a que aclarase la veracidad de este punto. Veo que la empresa contestó que el proyecto, en el nuevo punto que estaba, necesitaba tal concentración y aislamiento que no se podían permitir en ese momento más comunicaciones.

No obstante, para tranquilizar a los familiares, la empresa facilitó grabaciones de los científicos trabajando en perfectas condiciones y presentó unos avales tan poderosos que la policía se vio obligada a aceptar sus explicaciones y esperar. Meses después, en verano, se restablecieron de nuevo las comunicaciones. ¿Es correcto?

—Correcto, a diario —contestó Mario, al que apenas le salía un hilillo de voz por la garganta.

—Esto es todo lo que aparece hasta la fecha en el expediente, ¿qué novedad me quieren aportar?

—Ayer, al mediodía, al igual que he estado haciendo cada día desde que se restablecieron las comunicaciones, intenté chatear con Margarita. Para mi sorpresa, el chat no funcionaba. Preocupado, llamé a Miguel y le pedí que viniese a casa para ayudarme a conectar mi ordenador con el del laboratorio. No sé si lo sabe, pero Miguel es informático. Pues bien, tras un buen rato mirando, por uno y otro lado, probándolo todo, Miguel me confirmó que había desaparecido la dirección del chat.

Miguel miró a Mario, que hablaba ahogado, y le relevó en la explicación.

—Aunque todo me pareció muy extraño —intervino Miguel—, traté de tranquilizar a Mario y le dije que esperásemos hasta hoy por la mañana para llamar a David Nolan, el representante legal de la empresa. No sé si consta en el expediente, pero durante estos últimos meses hemos hablado con él en muchas ocasiones.

—Sí, sí consta.

—No hemos podido hablar con él. En su teléfono móvil sale un mensaje que dice que ese número no existe en la red, y lo mismo sucede con el

número de la centralita de la empresa. Algo muy raro está pasando y le rogamos que se ponga a investigarlo cuanto antes. Nos tememos que haya podido suceder lo peor.

—Bien. ¿Han hablado ya con la familia de Margarita Salazar y con las del resto de los científicos desparecidos?

—Sí, y les ha pasado lo mismo —contestó Mario.

La inspectora Ramírez escribió unas notas en el expediente de Margarita y se levantó para despedirles.

—De acuerdo. Váyanse a casa y esperen a que les llame. Voy a hacer todo lo que pueda para ponerme en contacto con la empresa. Mantengan el móvil con la batería cargada. Les informaré en cuanto se produzca cualquier novedad. Lo siento mucho, señor Abascal, pero le ruego que se prepare emocionalmente para cualquier eventualidad.

—Sí… —contestó dócilmente Mario, a quien la cabeza le daba vueltas—. Gracias por ayudarme.

CAPÍTULO XVIIPLANEANDO LA HUIDA

Miércoles, 9 noviembre de 2022- Sala de reuniones – 9.00 de la mañana

Esa mañana, Sophy le pidió a Emilio permiso para abrir la reunión. Después de descubrirse, el día anterior, su secreto, parecía haber renacido. Aunque apenas había dormido durante la noche, su cara no mostraba cansancio. Todo lo contrario, toda ella transmitía energía. Sophy era consciente de la situación tan delicada en la que se encontraban y tenía claro que debían actuar con rapidez. Su personalidad, fuerte y luchadora, no le permitía perder ni un segundo de su tiempo con miedos ni lamentaciones.

—Creo que es urgente que establezcamos una lista de tareas para buscar la forma de salir de aquí. He estado toda la noche dándole vueltas a nuestra situación y, sinceramente, no creo que nadie vaya a venir a buscarnos. Antes de nada quiero deciros que anoche, cuando me metí en la cama, empecé a llorar desconsolada. Sin embargo, a medida que fue pasando la noche, se me fueron secando las lágrimas. No podía dejar de decirme a mí misma que tiene que haber una forma de escapar de aquí. Pues bien, después de darle muchas vueltas he pensado lo siguiente.

Sophy se levantó y se dirigió con paso decidido a la pizarra. Cogió un rotulador digital y, a una velocidad endiablada, empezó a escribir, mientras completaba la información a viva voz.

Primero: Necesitamos dos voluntarios que vayan a la cocina a explicar al personal de servicio la situación tan grave en la que nos encontramos. Sugiero que estos dos voluntarios, además, entrevisten a cada una de las ocho personas que componen el personal de servicio y traten de averiguar si tienen algún dato, por muy insignificante que les parezca, que nos dé una pista de cómo salir de aquí. Hay muchas veces que la gente nos sorprende con lo que sabe y que, sin embargo, no es consciente de ello.

Segundo: Necesitamos tres personas, a ser posible más técnicas, que se acerquen a la sala de control y traten de averiguar si es posible manipular el ordenador central. Es fundamental cancelar cuanto antes la emisión de señales al exterior, porque pienso que, en este momento, nuestra máxima prioridad es aislarnos por completo. Además, sería interesante saber cuánto tiempo nos queda de supervivencia.

Tercero: Otras tres personas más, que se acerquen al túnel de acceso a los batiscafos y comprueben si han dejado alguno. Si no queda ninguno, como es de suponer, habrá que preguntar al personal de servicio si se les ocurre alguna zona del edificio donde pudiese estar escondido un batiscafo de reserva. En este tipo de edificios, por seguridad, siempre hay otra forma de salida. Así que no nos desanimemos. Es importante que creamos que somos un grupo lo suficientemente inteligente y lo suficientemente fuerte para conseguir escapar de aquí.

Ernest miró entusiasmado a Sophy. Esa era la clase de mensajes que necesitaban escuchar todos en ese momento.

Cuarto: Otras tres personas que recorran el edificio y se encarguen de inutilizar las cámaras de vigilancia y los sistemas de escucha. Este grupo debe revisar en profundidad cada rincón del edificio.

Sophy dejó el rotulador y regresó a su puesto. Antes de sentarse intentó sofocar el alboroto generado en la sala.

—Tranquilos, que vamos a tener trabajo de sobra —dijo Sophy, satisfecha por la acogida que estaba teniendo su iniciativa—. Lo que sí que me gustaría pediros, antes de que os apuntéis en uno u otro grupo, es que Margarita, Ernest, Ellen y Gerry vengan conmigo. Cuando os hayáis organizado, el resto, comentamos, entre todos, los grupos que se han formado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestaron por unanimidad.

Al cabo de un rato, Manuel se acercó a la pizarra para explicar cómo quedaban los grupos.

—Ya estamos listos. Anotad cómo nos vamos a agrupar.

Primer grupo: Sophy, Ernest, Margarita, Ellen y Gerry.

Segundo grupo: Sala de control a cargo de Paul, Alex y Rudolf.

Tercer grupo: Zona de servicio a cargo de Cindy y Olga.

Cuarto grupo: Localización de los sistemas de vigilancia y escucha, y exploración del túnel de acceso al batiscafo, a cargo de Emilio, Pascal y Manuel.

Explicado esto, Sophy informó al grupo de que el primer equipo iba a empezar inspeccionando el laboratorio.

—¿El laboratorio? ¿Para qué? ¿Qué piensas encontrar allí? —preguntó Rudolf, mostrándose sorprendido.

—Verás, Rudolf —le cortó Sophy muy rápida—, cuando estemos seguros de que ya no funciona el sistema de vigilancia, os contaré algo muy interesante. De momento, prudencia.

—De acuerdo, de acuerdo —contestó Rudolf, resignado a no poder satisfacer su curiosidad—. Por cierto, Sophy, antes de empezar cada uno con lo nuestro, me parece importante que establezcamos un horario y un punto de encuentro a una hora determinada. Nunca se sabe lo que puede suceder.

—Por supuesto —contestó Sophy—. ¿Os parece bien que nos reunamos aquí a la una del mediodía y a las seis de la tarde?

Todos asintieron conformes.

—Otra cosa —intervino Sophy de nuevo—, Cindy y Olga, por favor, cuando acabéis de entrevistar al personal de servicio, dejad a dos o a tres trabajando en la cocina, los que vosotras consideréis, e id a ayudar al grupo cuatro.

—Yo tengo un plano, dibujado a mano, que hice a nuestra llegada al laboratorio —dijo Margarita—, pero solo es de esta planta y de la de abajo.

—Perfecto —dijo Sophy en un tono animado—, ¿por qué no nos lo traes y sacamos unas fotocopias para que cada uno vaya anotando lo que encuentre más interesante? Por otro lado, Cindy y Olga, ¿os podríais encargar de dibujar la planta del hospital? Es probable que tenga algún

secreto guardado.

Ernest aplaudió con la mirada a Sophy. Le gustaba lo decidida y resolutiva que era.

Margarita observó con resquemor a Sophy. Por un lado, le tranquilizaba que hubiese alguien optimista, con esa pasión y esa energía para buscar la forma de escapar. Pero, por otro lado, empezaba a sentirse celosa. Hasta ese momento, Ernest solo la había mirado a ella. Sin embargo, ahora, sentía que él dividía la atención entre las dos. Margarita se propuso dejar de pensar en Ernest, porque al final, si conseguían escapar de allí, ella volvería con Mario y él con su mujer. Pero la realidad era que le dolía profundamente el hecho de haber perdido la atención exclusiva de Ernest y se lamentaba por no haber hablado nunca de lo que los dos sabían que sentían. Pero el amor en sus inicios es cobarde e inseguro y, en esa indecisión, se habían quedado sus sentimientos, en el aire.

Tras unos minutos de deliberación, cada grupo se dirigió a su misión. Se concentraron mucho en su trabajo y cuando se dieron cuenta de la hora que era, ya habían pasado las siete de la tarde, y ni siquiera habían comido ni bebido nada. Por grupos, fueron llegando a la sala de reuniones.

Antes de empezar a cambiar impresiones, Olga pidió a Pedro que les sirviesen café, té y algunos sándwiches y galletas.

—Esta noche cenaremos más tarde, alrededor de las diez.

Después de haber comido y bebido algo, Ernest abrió la reunión y pidió a cada grupo que resumiese lo que había hecho.

Cindy y Olga confirmaron que el personal de servicio era consciente de lo que estaba pasando y que se encontraban aterrorizados. Habían colaborado con ellas, contándoles todo lo que sabían, pero por desgracia sabían poco.

—Después —continuó explicando Olga—, hemos dejado a dos personas en la cocina; Maria Luz y Lorena, y el resto nos hemos juntado al grupo de Emilio.

—Y nosotros —dijo Emilio apesadumbrado— hemos rastreado minuciosamente la sala de reuniones, el comedor, la cocina, los camarotes, la sala de estar, la biblioteca, el túnel de acceso a los batiscafos y también anulado cada cámara de vigilancia y cada micro de escucha que hemos encontrado. Pero os comunico que el túnel de acceso a los batiscafos está vacío.

—Era de esperar —dijo Sophy, mordiéndose el labio inferior—. De todas formas, estoy convencida de que tiene que haber otra salida.

Después, le tocó el turno al grupo de Rudolf y éste les confirmó que su grupo acababa de acceder al ordenador central y había bloqueado, por completo, la comunicación con el exterior.

Por último, Ernest explicó que su grupo había pasado todo el día, en el laboratorio, buscando información sobre el protocolo del *Farmachip*. Por desgracia, toda la documentación había desaparecido. En los ordenadores del laboratorio no quedaba ni el más mínimo rastro del procedimiento.

—Por nuestra parte, poco o nada podemos hacer para recuperar el trabajo realizado durante todos estos meses —dijo profundamente afectado por la desaparición del protocolo—. Propongo que a partir de este momento nos sumemos a vosotros para continuar inspeccionando la planta inferior y la del hospital y, sobre todo, para buscar la hipotética puerta de acceso al batiscafo de reserva.

—Ernest, no pretendo desanimaros —objetó Emilio en un tono pesimista—, pero os doy mi palabra de que nunca, en ninguno de mis viajes anteriores a este lugar, ni en ninguna conversación con David Nolan, he oído mencionar que haya un batiscafo de reserva.

—Vale, vale —le cortó Sophy agresiva, no quería que el grupo se desanimase—, pero yo estoy segura de que lo hay. Ayer mismo nos contaste que los jefazos del proyecto han estado aquí antes que nosotros. ¿Tú crees que este tipo de gente se arriesga a no tener un sistema de evacuación de emergencia? Yo, personalmente, no lo creo. Los que tienen el poder siempre tienen los recursos para salvar el pellejo, ¿o es que alguien piensa lo contrario?

Dubitativos, se miraron los unos a los otros a la espera de que alguien dijese algo, pero todos callaron.

—Creo que Sophy tiene razón —se animó a decir Ernest—, y no lo digo porque quiera infundir falsas esperanzas al grupo, sino porque su razonamiento me parece lógico. Yo tampoco me imagino a los promotores de este proyecto arriesgando sus vidas aquí. Seguro que hay una forma de salir, pero hay que encontrarla.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Sophy—, seguro que es difícil de encontrar, pero no imposible.

—¿Hay algún plano del edificio grabado en el ordenador central? —preguntó Ernest a Alex—. Podría darnos alguna pista.

—No —contestó Alex—. En el ordenador no queda rastro de nada. Está vacío de contenido.

—Es terrible… No hay solución —murmuró Paul abatido.

—Emilio —dijo Manuel en un tono elevado—, siempre nos has dicho que si en algún momento falta el oxígeno, o nos encontramos ante cualquier otra situación de emergencia, tenemos que ir a la sala de emergencia. ¿Puedes recordarnos el protocolo de supervivencia?

—¡Espero que no sea necesario! —le cortó Sophy desviando la conversación. La informática tenía claro que la angustia bloqueaba la razón y eso era algo que no se podían permitir en ese momento. Necesitaba que todos estuviesen atentos y participativos. Para tratar de disipar la nube de angustia, que flotaba en el ambiente, decidió ponerles al corriente de la baza que se había guardado.

—Ahora que por fin estamos aislados del exterior, os voy a comentar un par de cosas. Primero, os quiero decir que, después de haberle dado cientos de vueltas a nuestra situación, me decanto, sin ninguna duda, por la opción de que todos trabajamos para la misma empresa. Nuestros jefes creen que tienen en su poder el *Farmachip* y han decidido eliminarnos para que no lo podamos contar. ¿Por qué? Pues me imagino que porque, de momento, no piensan utilizarlo con enfermos. Los promotores de este proyecto tienen el poder de poseerlo, pero la libertad de usarlo o de no usarlo. Después de ver lo que están haciendo con nosotros, yo lo tengo clarísimo. Daos cuenta de que en el momento que el *Farmachip* entre en el mercado, el consumo de miles de fármacos, costosas terapias, estancias en hospitales, maquinaria, etcétera, caerían en picado.

—¿Y no hubiese sido mucho más fácil no empezar la investigación? —preguntó Paul— Es de locos gastarse todo el dineral que ha debido costar este montaje para nada. ¡No puedo creerlo!

—Pues yo sí —intervino Ernest—. Probablemente, los promotores de este proyecto se han querido adelantar a otras empresas que ya tienen iniciada una línea de investigación similar. Daos cuenta que las líneas de investigación más innovadoras van por este camino.

Sophy se acercó a la pizarra y llamó la atención del grupo pegando con fuerza con el puntero en el tablero.

—¡Escuchadme! —gritó muy alto, para hacerse oír entre el tumulto—. Pero si no me habéis dejado que os cuente lo más interesante del asunto. A los muy listos les falta algo, muy importante, que tengo yo. Bueno, que a partir de este momento tenemos todos nosotros. Cuando llevas años dedicándote al espionaje industrial tienes que tener una cosa muy clara antes de empezar cualquier trabajo. Por tu propia seguridad, nunca debes

dar, al que te contrata, toda la información de entrada. Te tienes que guardar algo para ti, por si en un momento dado te ves en apuros y necesitas negociar.

—¿Y qué te has guardado? —preguntó Margarita muerta de curiosidad.

—¡El vínculo! —gritó Sophy triunfante—. Como bien sabemos todos, el vínculo es la secuencia de nucleótidos que hemos diseñado para que se una, en la fase de replicación, a la secuencia de nucleótidos libres de la célula. Como consecuencia de esta unión, la nueva cadena de ADN que se forma tiene toda la información genética que queremos integrar en la célula marcada.

Pues bien, tengo que reconoceros —continuó diciendo muy animada, mientras miraba a Ernest con descaro—, que durante estos meses he estado jugando con dos secuencias de nucleótidos; la verdadera y la falsa. La verdadera, os confieso, nunca ha estado grabada en el ordenador y las pocas veces que la hemos utilizado ha sido desde una fuente externa. Podemos estar tranquilos, porque ni en el servidor central, ni en ningún otro ordenador del edificio, puede haber quedado ninguna huella.

—¡Es la bomba! —exclamó Ernest eufórico, mientras se levantaba y daba un abrazo a Sophy.

Sin el vínculo, los promotores del proyecto no tenían más que millones y millones de palabras vacías que no servían para nada. Los científicos se levantaron entusiasmados, mientras se felicitaban, se abrazaban, se reían a carcajadas.

—Propongo que pasemos al comedor a celebrarlo —gritó radiante Emilio, quien, tras la noticia, parecía haber regresado a la vida.

Olga se acercó a él y le abrazó riendo.

—¡Biennn! —se dijeron los dos por lo bajo.

—Emilio, no sabes lo que me alegra que esta noticia te haya sacado de las tinieblas donde estabas —dijo Ernest dándole un fuerte apretón de manos.

Una vez en el comedor, Ernest le preguntó sin rodeos a Sophy:

—¿Dónde has guardado el vínculo?

Sophy señaló con el dedo su cabeza.

—Y para vuestra tranquilidad, os confirmo que he destruido la fuente

externa.

—¿Y si te pasa algo? —preguntó Rudolf con inquietud— ¿No es mejor que lo escribamos?

—No. Tengo claro que es mi salvoconducto para regresar a casa.

—Me parece imposible memorizar todo eso —intervino Pascal, y Paul le acompañó asintiendo con la cabeza.

—Hay técnicas para hacerlo —dijo Sophy—, y no pretendo marcarme ningún farol, ni engañar a nadie, pero os prometo que el vínculo está seguro conmigo. Claro está, mientras yo esté viva.

Los científicos le aplaudieron eufóricos. Aunque eran conscientes de que el *Farmachip* estaba en poder de Sophy, en ese momento, no les importaba. Lo prioritario para todos era escapar de allí.

Durante la cena decidieron abandonar la tarea de destruir el sistema de vigilancia de las plantas de abajo, porque, después de la manipulación que había realizado Alex en el ordenador central, era imposible que éste enviase ninguna señal al exterior. A partir de ese momento, todos, incluido el personal de servicio, se iban a centrar en la búsqueda del batiscafo de reserva.

Antes de retirarse a dormir, Margarita comentó que había algo que la inquietaba.

—Con lo relajados que estamos ahora, ¿no puedes dejar tus preocupaciones para mañana? —le preguntó Sophy, mirando a Ernest de reojo.

—Tienes toda la razón. Ya hablaremos de ello mañana —respondió Margarita, avergonzada.

—Margarita, por favor, continúa. Ya que has empezado a hablar, termina —le pidió Ernest, mirándola con curiosidad.

—No, de verdad, ya lo comentaremos en otro momento. No quiero estropear nuestra primera victoria —se disculpó sonrojada.

La realidad era que Margarita no sabía si había intervenido en la conversación simplemente por fastidiar a Sophy, por los celos que le estaba provocando con Ernest, o porque realmente necesitaba hablar de aquello en ese momento.

—Cuando se empieza una cosa se acaba —insistió Ernest, animándola—.

Venga, que estamos impacientes por escuchar lo que te preocupa.

—Bueno, ya que insistes, pero repito que lo siento —contestó más ruborizada todavía—. Mientras cenábamos he estado preguntándome qué vamos a hacer cuando lleguemos a la superficie. Cuando los promotores del proyecto se enteren de que nos hemos escapado, está claro que van a tratar de localizarnos. Es evidente que quieren eliminarnos. Mi pregunta es: ¿tiene alguno de vosotros dinero, tarjetas de crédito, documentación personal? A mí, me lo quitaron todo cuando llegamos aquí. ¿Y a vosotros?

Todos negaron con la cabeza. Nadie tenía nada. Al igual que Margarita, a su llegada al laboratorio central, habían sido despojados de la documentación y demás efectos personales, incluido el dinero.

—Buena observación —reconoció Ernest—, pero coincido con Sophy en que ahora no nos podemos preocupar por esto. Lo primero que vamos a hacer mañana es tratar de localizar el batiscafo de reserva. Lo segundo, llegar a la superficie y, durante el viaje de vuelta, lo pensaremos con calma. Por lo menos, tendremos cuatro o cinco horas de viaje. Entiéndeme, Margarita, ahora no nos podemos dispersar.

—Tienes toda la razón, Ernest. Ha sido una estupidez por mi parte preocuparos con esto —respondió con timidez— Lo siento, Sophy, discúlpame y también vosotros, por favor.

—¡De estupidez, nada, Margarita! —salió Ellen en su defensa—. Cada uno debemos comentar lo que nos preocupa.

—Bueno, bueno, vamos a dejarlo —dijo Ernest cerrando la conversación—. Creo que es hora de irnos a dormir. Yo, por lo menos, me voy a retirar a mi camarote. Mañana vamos a tener un día complicado y quiero estar bien despierto. Os aconsejo que hagáis lo mismo.

—Yo también me voy a retirar a dormir —dijo Sophy con un atisbo de tristeza en sus palabras. La verdad era que Ernest le resultaba muy interesante, y le hubiese gustado tener una aventura con él, pero era evidente que él estaba interesado en Margarita. Aunque en un par de ocasiones se había fijado en ella, y le había seguido el juego, lo cierto era que la cosa no había cuajado.

Todo el grupo abandonó el comedor. Esa noche iba a ser la primera, desde que habían llegado, que iban a dormir en cierto modo tranquilos, sin cámaras de seguridad, grabando cada suspiro, ni soldados en los pasillos, ni topos de quién esconderse.

Al poco de estar en su camarote, Margarita oyó un ligero golpeteo en la puerta. Intrigada, la abrió y se encontró con Ernest, que le pedía permiso para pasar. Ernest era consciente de los celos que provocaba Sophy en

Margarita y había decidido arriesgarse a hablar con ella. Asumió la posibilidad de haber malinterpretado las señales pero, en la situación en la que se encontraban, qué más daba. Quién sabía si iban a sobrevivir.

Margarita se quedó en un primer momento sorprendida, pero le invitó a entrar. En ese momento, ambos eran conscientes de su amor y estaban seguros de que era reciproco. Se abrazaron y ya no hablaron más de quiénes eran, de dónde estaban, de quién les esperaba. No pensaron en nada más que en quererse y poder estar así, juntos, para siempre.

CAPÍTULO XVIIIARRIBA

Mientras todo esto sucedía en el laboratorio central, los pacientes, completamente sedados para evitar que fuesen conscientes de su traslado, los médicos, enfermeras, auxiliares y soldados llegaron sin problemas a la plataforma marítima donde los recogió un barco que los condujo a su siguiente destino. Excepto dos médicos y dos enfermeras, el resto del personal de la unidad hospitalaria se había hecho pasar por lo que en realidad no era. Se trataba de expertos informáticos que trabajaban bajo las órdenes de la empresa. De esta forma, habían manejado los resultados de las pruebas en humanos. Los promotores del proyecto sabían que un solo informático, no podía realizar toda esa compleja labor de espionaje, pero también sabían que era absolutamente necesario tener un espía informático trabajando directamente con los científicos. Y todo había funcionado a la perfección hasta que Petre, por casualidad, descubrió parte de la trama. Un descuido absurdo, de una de las falsas enfermeras, le dio acceso a una conversación en la que se explicaba cómo ninguno de los científicos, incluido él, iba a salir con vida del laboratorio central.

Los supervisores del proyecto, ante esta grave situación, tuvieron que eliminarle.

Por otro lado, el personal militar también formaba parte de la farsa. Los supuestos militares pertenecían a la plantilla de la empresa y habían bajado al laboratorio central para controlar la situación de tensión generada a raíz de la muerte del informático, además de para encargarse del traslado de los pacientes.

El consejo de administración de la I&BS Corporation había decidido que las pruebas y los tratamientos con el *Farmachip* se continuasen en otro laboratorio que la empresa tenía oculto en un lugar recóndito de la selva amazónica.

El laboratorio al que se dirigían era una copia idéntica del laboratorio central. Los responsables del proyecto no querían que los pacientes percibieran que algo había cambiado en su entorno y que eso pudiese influir en los resultados. Lo que sí tenían claro era que en el laboratorio

central, con la tensión en la que se encontraban los científicos, no se podía continuar la investigación. Confiaban en que los pacientes no se viesen afectados por el traslado, porque el equipo de médicos y de enfermeras iba a ser el mismo. Y cuando los pacientes preguntasen por los científicos se les explicaría que la primera fase del proyecto había finalizado con éxito y se les había dado un tiempo de descanso.

Aunque los pacientes eran ajenos a todo lo que estaba pasando a su alrededor, en el nuevo laboratorio, ya les estaba esperando otro equipo de científicos, reclutados con los mismos métodos que a los anteriores.

Los promotores de la investigación estaban muy disgustados por haber tenido que cerrar, de la noche a la mañana, las oficinas de la I&BS Corporation en Nueva York. Pero el revuelo organizado por el novio de una de las científicas desaparecidas había dado un giro brusco a la situación. Todas las huellas informáticas y registrales de la empresa acababan de ser escrupulosamente borradas, con lo que nadie en el mundo tenía una prueba tangible de que en algún momento hubiese existido.

La I&BS Corporation era una tapadera de un grupo de poder. No se trataba de ninguna empresa farmacéutica, ni tecnológica, ni estaba vinculada con ningún organismo gubernamental. Eran una serie de personas que pretendían manejar el mundo a su antojo. Personas que en este caso concreto querían adelantarse a los avances que se estaban produciendo en el campo de la nanotecnología y que habían decidido ser ellos los que obtuviesen el primer infofármaco. Su objetivo era muy claro: tenían que impedir que cualquier otro se les adelantase y lo diseñase antes que ellos. Y, por supuesto, no pensaban suministrarlo a los enfermos. Eran conscientes de que un descubrimiento como ese sería catastrófico para sus múltiples intereses económicos.

En Madrid, Mario y Miguel se encontraban desayunando en un bar cercano a la Jefatura de policía, mientras esperaban con impaciencia poder hablar con la inspectora Ramírez. Los dos estaban tomando un café y viendo las noticias matinales por el televisor cuando el reportero del informativo comenzó a explicar cómo el director financiero de una empresa, que estaba siendo investigada por la policía, había muerto durante la noche.

—David Nolan, director financiero de la empresa I&BS Corporation, ha muerto esta noche en un fatal accidente de tráfico…

Mario, al oírlo, gritó:

—¡Dios mío! Se lo han cargado. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Se dirigieron a toda prisa a la comisaria. Por suerte, la inspectora Ramírez

ya había llegado.

—Pasen, por favor —dijo mirando a Mario apenada—, la verdad es que no tengo buenas noticias que darles. Me imagino que estarán al corriente de la muerte del señor Nolan.

—Lo acabamos de ver en la televisión —contestó Mario derrumbado—. ¿Ha podido averiguar algo?

La inspectora movió nerviosa los papeles de la mesa, mientras miraba a Mario de reojo. Le daba tanta pena ver a ese joven y apuesto médico, con toda una vida por delante, completamente abatido.

—Pues verán —comenzó a explicarles despacio—, el FBI se ha personado en el domicilio social de la empresa en Nueva York y se ha encontrado con la sorpresa de que allí no queda nada, y cuando digo nada, es nada. No queda ni una mesa, ni un ordenador, ni un papel. Nada. De momento, por la información que me han pasado, el FBI no tiene ningún rastro que seguir. Es como si la I&BS Corporation se hubiese esfumado de la faz de la tierra.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer? —gritó Mario sollozando.

—Por favor, señor Abascal, tranquilícese. Perdiendo los nervios, no vamos a ningún lado. Por mi parte, y a la espera de las noticias que me pueda enviar el FBI, o cualquier otro organismo policial, voy a volver a interrogar al doctor Félix Pereira, por si me puede aportar algún detalle que me dé una pista de cómo seguir esta investigación.

—¿No tienen nada a qué agarrarse? —preguntó Miguel sorprendido—. Me parece increíble.

—Créanme que siento mucho decirles esto, pero la realidad es que ni el FBI, ni la Interpol, ni Scotland Yard, ni nosotros tenemos nada de dónde partir. Estamos completamente desconcertados. Es como si no hubiesen existido.

—¡Pero sí han existido! ¡Han secuestrado a muchas personas! —gritó de nuevo Mario, desesperado.

El despacho de la inspectora Ramírez se volvió de repente agobiante para Mario, que tenía una sensación de vértigo muy desagradable. Sentía como si la habitación se estuviese estrechando y las paredes, llenas de estanterías, arrugándose a su encuentro.

—Lamento no poder decirles nada positivo, pero les doy mi palabra de que les tendré informados de lo que averigüe. Por mi parte, la investigación queda abierta y les prometo que vamos a seguir trabajando hasta llegar al

fondo del asunto. De momento no puedo ofrecerles nada más. Lo siento, señor Abascal, créame que lo siento. Me pongo en su lugar y entiendo cómo se debe sentir.

—No lo sabe —contestó ahogado por las lágrimas. Era incapaz de aceptar la posibilidad de no volver a ver a Margarita.

Mario y Miguel salieron de la Jefatura de Policía y se dirigieron, cabizbajos y en silencio, al apartamento de Mario.

Nada más llegar al apartamento, Mario llamó por teléfono a los padres de Margarita que se derrumbaron al conocer las últimas noticias. Al igual que él, tampoco sabían qué hacer ni adónde o a quién más se podían dirigir. Luego se conectó al chat colectivo de los familiares y amigos de los científicos desaparecidos y les explicó lo que le acababa de decir la inspectora de policía. A medida que pasaban los minutos, se iban sumando más personas al chat, pero nadie podía aportar nada nuevo, ni sabía por dónde continuar. Todos tenían claro que no iban a aceptar que la empresa y sus empleados hubiesen desaparecido sin dejar ningún rastro, y acordaron que debían contratar de inmediato un abogado que les representase para investigar a fondo lo que estaba sucediendo.

CAPÍTULO XIXABAJO

Jueves, 10 de noviembre de 2022

La noche anterior, por iniciativa de Margarita, se decidió que tanto los científicos como el personal de servicio estuviesen juntos. En ese momento, todos formaban parte de un equipo que debía trabajar unido para conseguir salir con vida de aquel lugar. Como la cocina era mucho más grande que la sala de reuniones, decidieron trasladar el centro de reunión a la cocina.

Aquella mañana todos hablaban sin parar, quitándose la palabra los unos a los otros, mientras decidían por dónde iban a empezar a buscar el batiscafo de reserva.

Pasó el día y, por la noche, todo el grupo se volvió a reunir alrededor de la mesa de la cocina. La mayoría se mostraban desmoralizados. Habían revisado minuciosamente, durante horas, cada rincón del edificio, pero no habían encontrado nada que sugiriese que realmente podía existir otra salida.

—¡No lo dudéis, por favor! —gritó Sophy con una voz firme—. Si ahora nos desanimamos, tenemos la batalla perdida. ¿Es qué alguien quiere morir aquí? Conmigo, no contéis para eso. Aunque sea sola, seguiré

buscando sin descanso la forma de escapar.

—Tranquila, Sophy, que nadie te ha dicho nada —intervino Ernest conciliador, mientras la miraba con cariño a los ojos. Admiraba su fuerza y su optimismo. No sabía si les estaba induciendo a vivir una fantasía o si, por el contrario, estaba en lo cierto, pero en la situación en la que se encontraban qué más daba. Ernest intuía que les quedaba poco tiempo de vida y tenía claro que era bueno para todos vivir los últimos momentos con esperanza—. Piensa que llevamos todo el día de un lado a otro y que es normal que estemos cansados y…

—¡Cansados, sí, pero no derrotados! —dijo Sophy desafiante— Miro la cara de cada uno de vosotros y no veo esperanza. ¡Hay que creer que se puede conseguir algo para llegar a tenerlo!

—Sophy, yo estoy contigo, sin reservas —dijo Margarita preocupada al verla tan enfadada—. Si tú crees que hay una salida, yo también lo creo. Confío plenamente en ti.

Margarita ya no tenía celos de Sophy y aunque había facetas de su carácter que no le gustaban, y le hacían desconfiar, otras muchas le parecían muy positivas.

El resto del grupo bajó la mirada. Querían con todas sus fuerzas creer a Sophy, pero ante la falta de resultados se encontraban cada vez más desanimados.

Mari Luz y Lorena les habían preparado una buena cena, que iba a ser la única comida que iban a realizar en todo el día, pero todos se mostraban inapetentes. Ernest, al ver los platos llenos, les dijo que para permanecer activos, se tenían que obligar a comer. Presentía que el tiempo les apremiaba, y necesitaban tener fuerza suficiente para seguir buscando la salida.

—Algo se nos tiene que estar pasando por alto —dijo Rudolf, de repente, dejando caer el tenedor encima del plato. Todos se sobresaltaron por la reacción tan brusca que había tenido y le miraron sorprendido—. Emilio, Olga, os quiero pedir un favor.

Los dos se mostraron enseguida dispuestos a colaborar en lo que fuese necesario.

—Habéis estado aquí, anteriormente, en más de cinco ocasiones. Tiene que haber algo que hayáis olvidado. El más mínimo detalle, recuerdo, imagen, no sé…, lo que sea que nos pueda dar una pista. Por favor, intentad recordar —y dirigiéndose al personal de servicio les dijo—: Lo mismo les pido a ustedes. Llegaron aquí unos meses antes que nosotros. Han limpiado a diario cada palmo de este edificio. Traten de recordar.

Alguna palabra, alguna frase, algún olor… ¡Algo!

—Le doy mi palabra de que lo vamos a intentar — contestó Pedro, como portavoz del personal de servicio.

Esta intervención de Rudolf le hizo a Ernest pensar en algo diferente, aunque por el momento decidió no aventurarse a comentarlo en público.

Cuando acabaron de cenar, Ernest le propuso a Margarita a Ellen y a Rudolf que fuesen a tomar algo a la sala de estar. Llevaban un par de días sin hacerlo y echaba de menos el poder estar los cuatro un rato a solas.

—Me estoy empezando a plantear —dijo Rudolf agitado— si toda esta historia del batiscafo de reserva, no es más que una fantasía de Sophy. La verdad es que no le conocemos de nada y nos está liando de una manera que no sé qué pensar. Espero que no sea otra maniobra de esos cabrones.

—No creo —contestó Ernest tajantemente—. Pienso que Sophy es sincera, y una prueba de ello es que nos ha revelado lo del vínculo. Podía habérselo callado.

—En eso, tienes razón —reconoció Rudolf más calmado.

—Yo pienso que ella cree firmemente en lo que dice —saltó Ellen—. Y yo también quiero creerla. Necesito creerla. Si no, ¿qué nos espera? ¡No puedo pensarlo!

—Tranquila, Ellen, no era mi intención agobiarte —dijo Rudolf abrazándola.

Pero Ellen se encontraba fuera de control y lloraba desconsolada. Margarita se acercó a ella y le agarró fuerte de la mano, mientras le decía que estaba segura de que lo iban a conseguir.

—Chicos, os voy a poner una copa —dijo Ernest acercándose a la barra de bar, que había al fondo de la sala—. Veo que necesitáis relajaros.

Margarita se levantó detrás de él. Los dos se miraron a los ojos y, de pronto, ella vio una luz diferente en su mirada.

—Ernest, ¿qué pasa?, ¿qué estás pensando?

—Nada, nada.

—¿No confías en mí?

—Claro que sí, Margarita. No lo dudes.

—Acabo de ver un brillo especial en tus ojos. Te conozco bien y sé que están pensando en algo. ¿Qué es? Dímelo, por favor.

—Solo es una idea que tengo que madurar. Déjame pensar en ello esta noche y, mañana, te prometo que lo hablamos.

—De acuerdo —contestó ella resignada.

Viernes, 11 de noviembre de 2022

A las seis de la mañana, todo el grupo se reunió de nuevo en la cocina. Ernest quería llamar la atención del grupo y golpeó el vaso con una cuchara, mientras les pedía que le escuchasen.

—Durante esta noche, he estado pensando en algo diferente. Pero antes de compartirlo con vosotros, me gustaría hacer unas preguntas a Emilio, a Olga y al personal de servicio —y dirigiéndose a ellos les preguntó—: ¿Han coincidido con otras personas aquí, antes de que llegásemos nosotros?

Emilio, Olga y el personal de servicio se miraron entre ellos.

—Aparte de con los chicos de la sala de control, el personal sanitario y los auxiliares del laboratorio, no hemos coincidido con nadie más —contestó Emilio sin titubear.

Olga y el personal de servicio se sumaron a lo que acababa de decir Emilio.

—¿Han conocido a alguien que haya estado aquí, antes que ustedes? —insistió Ernest mirándoles a todos fijamente—. Piénsenlo bien, es muy importante.

Emilio levantó la mano, mientras el personal de servicio y Olga contestaban que no.

—Yo, sí —contestó Emilio—. A los pocos días de empezar a trabajar en el proyecto, David Nolan me comentó, creo que para animarme un poco, que él había estado aquí, con sus superiores, en un par de ocasiones. La primera vez cuando se inauguró el laboratorio central y la segunda cuando se acabó de diseñar teóricamente el *Farmachip.*

—¿Te hizo alguna descripción del edificio? Me imagino que te contaría algo —continuó Ernest preguntándole insistente, mientras Paul murmuraba, entre dientes, que no entendía a que venían a cuento todas esas

preguntas.

—Paul, tranquilo —le pidió Ernest impaciente—. Cualquier detalle puede ser muy importante en este momento.

—Recuerdo que unos días antes de mi primer viaje, yo estaba muy nervioso —empezó a contar Emilio, mientras se frotaba con ansiedad la mandíbula—. Tengo que reconoceros que me daba mucho miedo viajar al fondo del mar. David, al verme tan agobiado, me dijo que el laboratorio central era un edifico fascinante y que aquí me iba a sentir como en mi propia casa. Además, me contó que la fiesta de inauguración había sido espectacular.

—¿Te acuerdas de algún detalle más? ¿Te comentó cuántos días estuvieron aquí?

—A ver, Ernest, déjame que piense —contestó jugando con la servilleta—, creo recordar que solo durmieron una noche. David me dijo que había sido una experiencia inolvidable y que su habitación no tenía nada que envidiar a un hotel de cinco estrellas. Todo lujo y…

—¡Ahí está la clave! ¡Es justo lo que me imaginaba! —le cortó Ernest eufórico.

—No entiendo nada, ¿qué pasa?, ¿qué estás pensando? —preguntó Margarita impaciente.

—Pues que nuestros camarotes son muy austeros, nada comparables con un hotel de lujo, y las habitaciones del hospital menos. Está claro que tiene que haber otra planta —dijo Ernest— ¡Y me imagino que la salida está allí!

Todos le miraron sorprendidos. Sophy se tapó la cara con las manos, para concentrase y pensar, mientras Alex llamaba la atención del grupo en un intento de hacerse oír:

—Se me está ocurriendo que la planta secreta tiene que estar por encima de la nuestra. Si como dice Emilio es una zona de lujo, es lógico pensar que se encuentre alejada del ruido, es decir, de los lugares de trabajo como la planta de abajo, donde está el laboratorio, o la de más abajo, donde está el hospital.

—Estoy de acuerdo contigo, Alex —gritó Manuel acelerado—. A mí se me está ocurriendo que aquí, en la cocina, debería haber un mecanismo que dé servicio a la planta de arriba. Es poco probable que, con el tamaño y equipamiento que tiene esta cocina, haya otra en la otra planta. Además, estoy pensando que tiene que haber un ascensor en algún lugar del edificio. Aunque no les vimos llegar, ni les hemos visto irse, está claro que

los pacientes han sido trasladados en camilla. En el estado en el que se encontraban, es impensable que lo hiciesen a pie o en silla de ruedas, y trasladarlos en camilla por la escalera de caracol me parece imposible.

—Tienes toda la razón, Manuel —convino Ernest asombrado—. No entiendo cómo no hemos pensado en esto antes. Es imposible trasladar a los pacientes por la escalera de caracol.

—Desde luego, parecemos idiotas, no sé en qué hemos estado pensando —se lamentó Rudolf—. Pero, Emilio, tú tienes que saber cómo llegaron. Recuerdo que participaste en su recepción.

—Efectivamente, Olga y yo ayudamos a acomodar a los pacientes, pero lo cierto es que no sé cómo llegaron al hospital. En ese momento los dos estábamos en el laboratorio de la unidad hospitalaria reunidos con el equipo médico.

—¿Y no se os ocurrió preguntar nada? —preguntó Margarita sorprendida.

—Pues tengo que reconocer que no —contestó Emilio, pesaroso.

Ernest miró inquisitivamente a Olga.

—Yo tampoco vi nada —contestó Olga corroborando lo que acababa de decir Emilio.

—¡Qué listos son! —dijo Sophy con ironía—. Pero aun así estoy segura de que vamos a encontrar la salida. Venga, veamos el lado positivo, esto que acabáis de contar nos da una pista importante.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Ernest.

—Creo que el batiscafo de reserva tiene que estar por encima del túnel de acceso a los batiscafos. Si os parece bien, propongo que nos dividamos en tres grupos. Un grupo que se quede aquí, en la cocina, y busque el mecanismo que la comunica con la planta superior. Estoy de acuerdo con Manuel en que lo lógico es pensar que haya una única cocina en el edificio, con lo que tiene que haber algún sistema que comunique ambas plantas.

Otro grupo que se dirija al túnel de acceso a los batiscafos para buscar la conexión con la parte superior. Y otro grupo que se centre en la zona de la escalera de caracol. Se me está ocurriendo que tiene que haber un mecanismo que abra el techo y comunique la escalera con la planta de arriba.

—Es fantástico —dijo Ernest eufórico—, empecemos cuanto antes a

organizarnos y a…

—Espera un momento, por favor —le interrumpió Margarita, mirando al resto del grupo con solemnidad—, antes de nada, me gustaría pediros algo. Ya sé que en este momento la prioridad es encontrar el batiscafo de reserva y la comunicación entre las plantas, pero como somos muchos para hacerlo, me gustaría dedicar unas horas a recopilar la documentación que haya quedado del proyecto. Pienso que es importante recoger nuestros apuntes y anotaciones personales. Cualquier cosa que nos pueda permitir, en un momento dado, reconstruir nuestro trabajo aquí. Me parece fundamental que, si salimos con vida de este lugar, salvemos también todo lo que podamos del procedimiento del *Farmachip*.

—Me parece una idea estupenda —aplaudió Sophy, contenta de ver que había esperanza e ilusión entre la gente.

—A mí también me lo parece, Margarita —intervino Ernest—. Aunque nos hayan bloqueado el acceso al ordenador central, estoy de acuerdo contigo en que siempre nos quedan nuestras notas, nuestros apuntes. Cuando lleguemos arriba, vamos a tener que trabajar muy duro para rehacer todo el trabajo que hemos realizado durante estos meses de cautiverio. Cada detalle que recojamos hoy, puede ahorrarnos muchas horas de trabajo mañana. ¿Se apunta alguien a ir con Margarita a recoger la documentación?

Cindy y Ellen levantaron la mano de la misma.

—Entonces, todos de acuerdo —concluyó Ernest, cerrando el tema—. Por cierto, Olga, ¿sabes si aparte del tuyo hay algún otro *walkie-talkie* en el edificio? Sería interesante que llevásemos uno por grupo.

—Sí, Ernest, por lo menos debe de haber dos o tres más. Esperadme un momento y los traigo. Emilio, por favor, déjame la llave.

—¿La llave?..., ¿de dónde? —preguntó Rudolf en un tono inquisitivo.

Emilio le explicó, mientras se metía la mano en el bolsillo del pantalón y sacaba un manojo de llaves, que en la biblioteca había una caja fuerte.

—¿Una caja fuerte?¿Y qué guardáis allí además de los *walkies-talkies*? —preguntó Manuel desplazándose tan hacia el centro de la mesa que daba la impresión de que se iba a chocar contra Emilio— ¿Por qué no nos has hablado de esto antes?

—Tranquilo, Manuel, no pasa nada. La verdad es que no se me ha ocurrido —se disculpó Emilio azorado—, y no la hemos utilizado para nada. Si queréis, id a verlo. Creo recordar que aparte de los *walkies-talkies,* hay un botiquín especial de medicación de urgencia y un juego de

linternas.

—¡Vaya! —exclamó Alex pensativo, mientras se rascaba nervioso la nuca. Rudolf le hizo una seña y los dos quedaron de acuerdo en ir con Olga a comprobarlo.

Emilio les entregó la llave y los tres se dirigieron a la biblioteca. Al cabo de un rato, regresaron a la cocina cargados con tres juegos de *walkie*s-*talkies* , dos juegos de linternas especiales y un botiquín de emergencia. Luego se dividieron en tres grupos y se repartieron las linternas y los *walkie*s-*talkies*.

Rudolf, Alex y Manuel, acompañados por Mari Luz y Lorena, decidieron quedarse investigando en la cocina.

El resto, liderados por Ernest y Sophy, y con la excepción de Margarita, Ellen y Cindy, que fueron a recopilar la documentación, se dirigieron al túnel de acceso a los batiscafos, a las escaleras de caracol y a la sala de control para tratar de encontrar la conexión con la supuesta planta de arriba.

A las doce de la noche, se oyeron unos gritos procedentes de la cocina. Ernest y su grupo, junto con Margarita y el suyo, se acercaron corriendo y, al llegar, se encontraron a Rudolf, Alex, Manuel, Mari Luz y Lorena pegando saltos de alegría por toda la estancia.

—¿Qué pasa? —preguntó Ernest, jadeando.

—¡Que hemos encontrado el ascensor! —gritó Rudolf eufórico.

—¡Mirad, mirad, tatatachaaaa! —gritó Manuel también muy agitado, enseñando la puerta de un ascensor que se encontraba detrás de la nevera. Con voz atropellada, Manuel les explicó que había sospechado de un botón, situado en la parte superior de la nevera, que no había visto nunca en ningún otro frigorífico. Sin pensárselo dos veces lo había apretado y entonces la nevera había girado sobre su propio eje descubriendo la puerta del ascensor.

Ernest se acercó y abrió con cautela la puerta. Se trataba de un ascensor hidráulico, de grandes dimensiones, y con capacidad suficiente para todo el grupo. Entró en el ascensor y estudió con detenimiento el panel de mando y comprobó como el edificio, efectivamente, tenía cuatro plantas.

La alegría era tan grande que desbordó a todos los que se encontraban en la cocina. El descubrimiento del ascensor suponía una esperanza para regresar a casa.

—Si no lo veo, no lo creo —exclamó Ernest asombrado—. Os felicito, chicos, buen trabajo. Ahora debemos continuar. ¿Quién se apunta a la primera inspección de la planta de arriba? Yo reconozco que me muero de curiosidad por conocerla.

—¿Y cuántos crees que debemos subir? —planteó Rudolf pensativo—. Creo que en este primer viaje solo debemos subir unos pocos, cuatro o cinco, como máximo. No podemos arriesgarnos a subir todos a la vez y que luego tengamos problemas para bajar.

—Por supuesto, Rudolf, estoy de acuerdo contigo ¿Qué os parece si la primera inspección la hacemos tú, Manuel, Sophy, Alex y yo?

—¿Y si luego no podéis bajar? —le preguntó Margarita asustada—. ¿No te preocupa separar el grupo? ¿Qué haremos solos aquí, abajo?

—Tranquila, Margarita, intenta no agobiarte. Entre otras cosas, porque no tenemos otra opción —respondió Ernest acariciándole las manos.

—¡Dios mío! ¡Estoy aterrada! Déjame ir contigo. Tengo tanto miedo… —dijo agarrándole fuerte de la mano.

—Necesito que te quedes aquí y seas fuerte. Te prometo que vamos a volver —le dijo Ernest, y soltando su mano, entró decidido en el ascensor.

Ellen también estaba angustiada por Rudolf y se acercó a Margarita en busca de consuelo.

—Tened mucho cuidado y bajad rápido —les dijo Emilio, que se moría de curiosidad por conocer la planta de arriba, pero reconocía que los que iban a subir eran los más intrépidos.

El resto del grupo, por el contrario, respiró aliviado. Aunque tenían curiosidad por conocer la planta de arriba, les daba mucho miedo entrar en el ascensor.

Una vez en el ascensor, y antes de pulsar el botón de subida, Rudolf pidió a Alex y a Manuel que cogiesen un *walkie-talkie* y una linterna.

—Olga, dejad abiertos vuestros *walkies*. Si tenemos algún problema, os avisamos —dijo Rudolf impaciente por subir— Ernest, Sophy, Alex, Manuel ¿estáis preparados?

—Sí —contestaron los cuatro casi a la vez.

En el panel de mando del ascensor había un botón de apertura y cierre, y cuatro botones más que indicaban que el edificio disponía de cuatro

plantas. Según indicaba la luz del botón que señalaba la planta donde se encontraba, el ascensor estaba en la planta menos uno. Rudolf decidió que tenían que subir a la planta cero. Tras cerrarse la puerta, estudió con detenimiento las paredes del ascensor y se percató de que en la parte superior del panel de mando había una placa pequeña con el logotipo del fabricante en relieve: una letra ‹‹P›› dorada. En ese momento no le pareció nada sospechoso. Pulsó el botón de la planta cero y la puerta del ascensor se cerró con suavidad.

En unos segundos, que se les hicieron eternos, llegaron a la planta de arriba. La puerta del ascensor se abrió y se encontraron ante una estancia a oscuras. Ernest le pidió a Alex que buscase el interruptor de la luz y el informático iluminó las paredes de la estancia con la linterna. De pronto, a la derecha de la puerta del ascensor, detrás de una tapa metálica, encontró el cuadro eléctrico. Con cuidado abrió la puerta del cuadro y subió el interruptor general. La luz sorprendió a los cinco, a Ernest incluso le deslumbró. Estaba habituado a la tenue luz de abajo y en esa planta la iluminación era mucho más potente. Precavidos cruzaron lo que parecía un vestíbulo y pasaron a una sala enorme en la que había por un lado un comedor y, por el otro, una amplia zona de estar.

Tras dar un vistazo rápido a la sala, volvieron al vestíbulo y recorrieron un pasillo al que daban seis habitaciones. Abrieron todas las puertas y entraron en cada uno de los dormitorios.

Los cinco coincidieron en que David le había dado a Emilio una buena descripción sobre la categoría de las instalaciones, porque no podían decidir qué dormitorio les parecía más lujoso.

—Dejemos para más tarde la inspección de las habitaciones y centrémonos en la sala —propuso Rudolf—. Según mis cálculos, la sala se encuentra justo encima de la sala de emergencia. Quizá, desde allí, podamos acceder al batiscafo de reserva.

—Me parece buena idea —apuntó Ernest—. El ascensor parece seguro, ¿qué os parece si bajamos a avisar al resto de que pueden subir? Estarán ansiosos por saber qué sucede.

—Bajo yo —se ofreció Alex al instante.

—De acuerdo —dijo Ernest—. Nosotros vamos a empezar a inspeccionar la planta.

Aunque todos los de abajo estaban muertos de curiosidad por conocer la planta de arriba, una parte del grupo no se decidió a subir.

En la planta de arriba, Rudolf, Alex, Manuel, Paul y Pascal se quedaron en el vestíbulo, tratando de descubrir si había una escalera oculta, mientras

Ernest, Emilio, Gerry y Sophy buscaban el acceso al batiscafo de reserva.

Hacia las dos de la mañana, Rudolf encontró en el marco de uno de los cuadros, que decoraban las paredes del vestíbulo, una tecla metálica, pequeña como una lenteja, y, sin pensárselo dos veces, ni avisar a nadie, la presionó. De inmediato una zona del suelo del vestíbulo se empezó a desplazar. Asustado, se apartó de un salto.

A la vez que ocurría esto en el suelo, desde el techo se empezó a desplegar una escalera de caracol, que avanzó hasta juntarse con la escalera de la planta inferior.

Desde abajo, el resto del grupo, al ver lo que sucedía, comenzó a gritar entusiasmado.

Ernest y Emilio, al oír el ruido, se acercaron corriendo al vestíbulo. En unos segundos, los de arriba miraban por el hueco de la escalera hacia abajo, mientras los de abajo miraban hacia arriba.

—¡Propongo que bajemos a la cocina a celebrarlo! —gritó Ernest entusiasmado, mientras bajaba con cuidado por la escalera de caracol—. Creo que necesitamos descansar un rato, y comer algo, antes de seguir buscando el batiscafo.

Mari luz y Lorena prepararon un café fuerte y unos bocadillos. Todos necesitaban un aporte de energía para continuar buscando la salida. Ahora, que habían encontrado la planta de arriba, pensaban que todo era posible.

—Pues yo tengo que reconoceros —dijo Paul algo más animado— que estos días os he seguido a todos la corriente, pero en el fondo pensaba que todo esto no era más que una fantasía de Sophy.

—¿Ves cómo tenía razón? —le dijo Sophy—. A partir de ahora espero que confíes más en mí. Además, Paul, te aseguro que el descubrimiento de la planta de arriba es igual que lo del batiscafo de reserva. Estoy convencida de que lo vamos a encontrar.

Rudolf se mostraba ausente. Estaba tan obsesionado por encontrar la salida que no prestaba atención a nadie. Inquieto, no paraba de moverse en su asiento. Sophy, al verle tan nervioso, se levantó y dijo que ella ya había descansado suficiente y que se volvía a la planta de arriba.

—Me muero de impaciencia por encontrar el batiscafo de reserva. Rudolf, ¿te vienes?

—Sí, claro, voy contigo —contestó levantándose de un salto.

—Rudolf —protestó Ellen agarrándole del brazo—, si no has descansado ni diez minutos. Quédate un rato más y come algo.

Pero Rudolf era muy tenaz y cuando empezaba algo, no paraba hasta que lo terminaba. Se despidió de Ellen con un beso en los labios y siguió a Sophy hasta la escalera de caracol. Pasaron unos minutos y Emilio y Alex también subieron a la planta de arriba. El resto, por el contrario, se quedó descansando en la cocina, hablando de qué harían cuando por fin consiguiesen abandonar ese lugar y recuperasen sus vidas.

Ernest y Margarita se miraron con complicidad. Los dos eran conscientes del problema tan grande que iban a tener a su regreso, con sus respectivas parejas.

De pronto, la luz de la cocina se apagó y la sirena de alarma sonó estridente por los altavoces del pasillo. A continuación, comenzó una grabación que decía: ‹‹Diríjanse de inmediato a la sala de emergencia››.

El grupo que permanecía en la cocina entró en ese mismo instante en una situación de pánico. Ernest intentó tomar el control de la situación, pero por mucho que gritaba, entre tanto ruido, no era capaz de hacerse oír. Manuel golpeó con fuerza la mesa de la cocina, para captar la atención de la gente, y gritó:

—¡Por favor, escuchad a Ernest, quiere decirnos algo!

—Calma, calma —dijo Ernest en voz muy alta, mientras por los altavoces se oía: ‹‹cinco minutos para la interrupción total del sistema››.

Los gritos de la gente eran atronadores.

—¡Corred, vayamos a la sala de emergencia! —gritó Cindy desde la puerta de la cocina.

—¡No, no, esperad un momento, por favor! —les pidió Ernest chillando—. Creo que la planta de arriba es segura. ¡Vosotros, deprisa! —dijo dirigiéndose a Mari luz, Pedro, Lorena y Gerry que se encontraban al lado de la despensa— ¡Rápido, coged de la despensa algo de comida; azúcar, galletas…, y subid en el ascensor! ¡El resto, corred, subamos por las escaleras!

Cindy se quiso oponer, mientras repetía que ella se iba a la sala de emergencia, pero Manuel la cogió con fuerza del brazo y la obligó a subir por la escalera. Paul, al igual que Cindy, también se intentó oponer, pero

tenía al lado a Pascal que le empujó y le obligó a entrar en el ascensor.

El resto, a toda velocidad, empezó a subir por la escalera de caracol, mientras por el altavoz se oía: ‹‹Un minuto para la interrupción total del sistema››. Uno detrás de otro, fueron alcanzando la planta superior. Margarita y Ernest, que eran los últimos de la fila, comenzaron a notar cómo se empezaba a recoger la escalera.

—¡Margarita, Margarita, corre, date prisa! —gritó Ernest.

Unos segundos antes de que el suelo se cerrase, consiguieron llegar a la planta de arriba. Margarita se dio un golpe en la cabeza con el rodapié del pasillo, mientras que a Ernest se le quedó pillado el pantalón en el mecanismo de cierre del suelo. Rudolf y Manuel, al ver lo que sucedía, se acercaron a ellos corriendo y, entre los dos, tiraron con fuerza del pantalón de Ernest hasta que consiguieron liberarle.

Ernest y Margarita se quedaron tendidos en el suelo, exhaustos. Ella tenía una brecha en la cabeza, que le sangraba con fuerza, y él estaba pálido y mareado. Enseguida se acercaron en su ayuda Ellen, Sophy y Olga. Mientras ellas trataban de detener el sangrado de la herida de Margarita, Rudolf y Manuel intentaron reanimar a Ernest.

Pasaron unos minutos y se restableció la calma. Parte del grupo se sentó en el suelo del vestíbulo, al lado de Ernest y de Margarita. Todos, sin excepción, se mostraban incapaces de asimilar lo que acababa de suceder.

—Rudolf, ayúdame a sentarme —dijo Ernest y con su ayuda se incorporó y apoyó la espalda en la pared.

Margarita, que estaba sentada a su lado, le dio la mano.

—Me alegro de haber tenido razón y de haberos obligado a subir. Por poco, no lo contamos —dijo con un tono de voz débil, mientras acariciaba la mano de Margarita—. Aquí estamos seguros, así que estemos tranquilos.

—Estoy de acuerdo contigo —intervino Sophy—. Estoy convencida de que las normas de seguridad de este edificio no contemplan la posibilidad de que a los promotores del proyecto les pueda ocurrir algo.

—¡Qué panda de cabrones! —exclamó Rudolf gritando acalorado— ¡Estoy alucinando! ¿Cómo nos pueden estar haciendo esto?

Emilio estaba sentado al fondo del vestíbulo y tenía la cabeza hundida entre sus piernas. Olga, a su lado, le hablaba bajito al oído tratando de consolarle, pero él no podía aceptar que su amigo, David Nolan, le hubiese

traicionado.

—¡Ni dos días de supervivencia! ¡No puedo creerlo! —repetía y repetía obsesivamente.

—Emilio, por favor, intenta tranquilizarte —le pidió Sophy acercándose a él—. En este momento lo único que necesitamos son ideas para escapar de aquí. No tenemos tiempo para pensar en nada más.

Pero Emilio estaba consternado y no atendía a razones.

Margarita quiso conciliar la situación y, aunque todavía estaba un poco aturdida por el golpe en la cabeza, preguntó a Sophy:

—¿Por dónde seguimos?

—Margarita —le aplaudió Ernest mirándola con amor— ¡Así me gusta! ¡Sin perder el ánimo!

—Creo que tenemos que seguir inspeccionando cada milímetro de pared, de suelo y de techo hasta que encontremos algo que nos conduzca al exterior —contestó Sophy contundente.

—¡Pero si llevamos horas haciéndolo sin ningún resultado! —gritó Cindy histérica—. ¡Yo no puedo más!

—¡Qué locuras dices! —le gritó Sophy con un tono muy agresivo—. Deja de una vez de jugar a la niña mimada y pelea. Si no lo haces por ti, hazlo por tu marido y por tus hijos. Y de ahora en adelante te agradeceré que guardes para ti toda esa basura de pesimismo que tienes en la cabeza. No quiero que desanimes a la gente. ¡Vamos a salir de aquí y lo vamos a conseguir entre todos!

—Bueno, vamos a intentar tranquilizarnos y no pelear entre nosotros —intervino Ernest en tono conciliador—. Lo primero que vamos a hacer es volver a comportarnos como las personas civilizadas que somos y, para empezar a hacerlo, nos vamos a levantar de aquí, que llevamos más de media hora tirados en el suelo, y nos vamos a sentar en esos sofás y en esos butacones tan estupendos que tenemos en el salón. ¿Qué hora es? —preguntó después de ver que su reloj de muñeca se había parado por el golpe.

—Las tres y media de la madrugada —respondió Alex solícito.

—Pedro, por favor —pidió Ernest al camarero—, acércate a la barra de bar, que hay en el fondo de la sala, y dime qué hay en los armarios y en los cajones. Es importante saber si hay una despensa con alimentos y

bebidas en esta planta.

Al cabo de unos minutos, Pedro se acercó a Ernest y le dijo que en las estanterías de la barra había una cafetera eléctrica, una hervidora de agua, algún plato, varios vasos y una despensa pequeña con café, azúcar, leche en polvo y alguna caja de galletas. Por lo demás, en la nevera y en los armarios de debajo de la barra, solo había bebidas alcohólicas y refrescos.

—Muy interesante —dijo Sophy—. Está claro que esta planta tiene que estar conectada con el exterior porque, ante una situación de emergencia, se aísla por completo de las otras plantas. Además, al no disponer de ninguna despensa, es obligado pensar que se tiene que poder salir desde aquí. ¡La cuestión es cómo!

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Ernest, que ya estaba recuperando el color en la cara—. Incluso me atrevería a decir que tenemos la salida delante de nuestras narices, aunque no seamos capaces de encontrarla.

—¿Y cuánto tiempo pensáis que podremos estar aquí, seguros? —preguntó Paul atemorizado.

—Yo me decanto por la idea de que en este lugar estamos a salvo —afirmó Ernest.

—Todo lo que dices suena muy bien —intervino Cindy respirando fatigada—, pero aunque estés en lo cierto, y aquí estemos a salvo, ¿cuánto tiempo vamos a poder sobrevivir con la comida que tenemos? Casi no nos ha dado tiempo a coger nada de la despensa. Yo misma, me lamento de no haber subido nada.

—Ya estamos otra vez con el pesimismo —dijo Sophy irritada.

—Cindy —intervino Rudolf en un tono brusco—, ya te hemos dicho que lamentarse no sirve de nada. En este momento lo único que cuenta es lo que vamos a hacer. No tenemos ni tiempo ni fuerza suficiente para soportar más lamentaciones, por lo que te agradecería que te callaras. Bueno, chicos, yo voy a continuar buscando la salida. Tenemos que actuar rápido.

—Que afortunado eres, Rudolf, por poseer el don de la tenacidad —dijo Paul suspirando—. Me encantaría poder ayudaros, pero tengo que reconocer que no me encuentro con ánimo.

Paul se sentía culpable por lo poco o nada que estaba colaborando con el grupo, pero la angustia le tenía bloqueado. Además había perdido por completo la esperanza de poder escapar y aceptaba el hecho probable de

que iban a morir allí, y además no pensaba hacer nada para remediarlo.

Sophy se levantó detrás de Rudolf y le acompañó hasta la zona del comedor. Por otro lado, se formó un equipo nuevo con Manuel, Pascal, Alex, Gerry y parte del personal de servicio, que fue a inspeccionar las habitaciones. Todas las mujeres, a excepción de Sophy, que estaba con Rudolf en la zona del comedor, y de Margarita, que estaba recuperándose del golpe, habían tirado la toalla. Emilio y Olga también decidieron dejar de buscar y se quedaron acurrucados, el uno junto al otro, en uno de los sofás del salón. Los dos estaban abatidos, derrumbados, sin fuerza psicológica suficiente para poder hacer nada más. Ernest y Margarita se tumbaron, en otros sofás del salón, mientras se recuperaban por completo del percance.

Hacia las seis de la mañana, Margarita, aburrida de dormitar, se sentó en una de las butacas del salón y le pidió a Ernest, que volvía del cuarto de baño, que le trajese algo de comer. Todavía se encontraba mareada y pensó que un poco de azúcar le vendría bien. Mientras esperaba a Ernest, recordó parte del extraño sueño que acababa de tener.

Ernest le llevó una coca cola y unas galletas saladas, y se sentó a su lado.

—Gracias. Espero que con esto se me pase el mareo. ¿Qué tal tengo la herida?

—Mejor. Ya no sangra —contestó acariciándole las manos.

—Por cierto, Ernest, igual te parece una tontería lo que te voy a contar, pero acabo de tener un sueño que me ha hecho pensar en una cosa.

—Cuéntame —le dijo él, mirándola con la ternura que se escucha a un niño que va a contar la pesadilla que acaba de tener.

—Ha sido un sueño angustioso —dijo ella resoplando—. He soñado que me quedaba atrapada en ese ascensor y que no podíais rescatarme.

—Bueno, Margarita, tranquila. Es un sueño típico de una situación de estrés como la que estamos viviendo —le explicó Ernest, acariciándole la cabeza.

—Claro, ya me imagino, pero es que me ha hecho pensar en algo. Llevamos horas inspeccionando las dos plantas y no hemos encontrado nada. ¿Y si la salida estuviese en el ascensor? Creo que es el único lugar del edificio que no hemos inspeccionado.

—Pues no lo sé. La verdad es que no se me ha ocurrido pensar en ello, pero realmente la salida puede estar en cualquier parte. Voy a hablar con

Rudolf y Sophy, a ver qué opinan. Espérame aquí.

Rudolf y Sophy escucharon con interés lo que les contó Ernest. Cierto era que nadie había pensado en el ascensor cómo una forma de salida, sino solo como una manera de llegar a la planta superior. Quizá la idea que planteaba Margarita fuese una opción. Rudolf tuvo claro que era una idea nueva y que debían ir de inmediato a inspeccionarlo. Dando unas fuertes palmadas, convocó a todos en el vestíbulo.

—Por favor —dijo Rudolf nervioso—, que alguien me ayude a llevar esta mesa hasta el vestíbulo para evitar que se cierre la puerta del ascensor, mientras lo inspeccionamos.

—Voy yo —dijo Manuel y al instante, se acercaron también Alex y Gerry a ayudarle.

Una vez que estuvo todo el grupo reunido en el vestíbulo, Rudolf pulsó el interruptor de llamada. La puerta del ascensor se abrió lentamente y entonces, entre Alex y Manuel colocaron la pesada mesa de metal, sobre la línea de cierre de la puerta. Rudolf bordeó la mesa para entrar en el ascensor, y Sophy le siguió. Una vez allí, inspeccionaron en detalle cada palmo de su estructura.

De pronto, Rudolf se fijó en el panel de mando y volvió a ver la letra ‹‹P›› en relieve de la placa del fabricante. Sin pararse a meditar un segundo, ni comentarlo con Sophy, pulsó la letra con su dedo índice. Automáticamente, la puerta se empezó a deslizar, despacio, emitiendo un ruido sordo, hasta que hizo tope con la mesa. Rudolf y Sophy se sobresaltaron y, pasando por encima de la mesa, salieron del ascensor. Ellen, aterrada, agarró con fuerza a Rudolf de la mano.

Ernest, al ver lo que acababa de ocurrir, se colocó de espaldas a la puerta del ascensor y dijo en un tono solemne:

—Creo que es la hora de la verdad. El ascensor tiene cabida para los veintiuno y me parece que este viaje lo debemos realizar juntos. Sinceramente, no sé si vamos a correr un riesgo innecesario o si por el contrario vamos a encontrar la salida, pero vayamos a donde vayamos no tengo claro que podamos volver atrás. Por eso, me parece fundamental que este viaje lo hagamos juntos. Pase lo que pase. En realidad, ¿cuánto tiempo más vamos a poder vivir aquí? Y sobre todo, ¿quién quiere seguir viviendo así? Yo tengo claro que no quiero y que voy a seguir adelante. Por mi parte, asumo el riesgo. Me lo juego todo a una carta. O llegamos al batiscafo de reserva o no llegamos a nada. La verdad es que no creo que nadie vaya a venir a buscarnos. ¿Qué pensáis?

—Yo por supuesto voy contigo —dijo Margarita de inmediato.

Rudolf, Ellen, Sophy, Manuel, Pascal, Alex y Gerry también confirmaron que se apuntaban. Emilio y Paul contestaron que les daba igual, pero ante la insistencia de Ernest aceptaron seguirles. Y Cindy y Olga se sumaron con desgana. Durante las últimas horas, las dos habían perdido casi toda su energía. Se encontraban completamente derrumbadas, pero no querían quedarse solas y aceptaron ir a donde fuese el resto. El personal de servicio también se sumó. Mari luz sacó del bolso un viejo rosario de madera e inició una plegaria.

—Rudolf, espera un momento —gritó Alex antes de entrar en el ascensor—. Voy a coger las linternas y los *walkies-talkies*.

—Claro, Alex —gritó Rudolf.

—¡Y que alguien coja galletas y bebidas! —dijo Ernest alzando la voz.

—Voy yo —se ofreció Pedro al instante y enseguida le acompañaron Olga, Lorena y Manuel.

Una vez que tuvieron todo listo, pasaron uno tras otro, por encima de la mesa metálica, y entraron en el ascensor. Aunque era amplio, se tuvieron que colocar muy juntos los unos de los otros.

Antes de empujar la mesa hacia el vestíbulo, Rudolf les preguntó:

—¿Estáis listos?

Nadie contestó nada. Todos se encontraban entregados a su suerte, cabizbajos, embargados por un temor profundo a lo desconocido. Intuyendo una muerte cercana. El latido acelerado y fuerte del corazón de unos se sumaba al latido de los otros.

Rudolf miró a Ernest interrogante.

—Adelante —contestó Ernest con decisión.

Manuel y Alex empujaron la mesa hacia afuera. La puerta se deslizó suavemente, hasta cerrarse, y el ascensor se puso en marcha. Mientras subían, unos rezaban, otros cruzaban los dedos de la mano en busca de suerte y otros muchos iban con los ojos cerrados, no queriendo ver nada.

Tras unos instantes en movimiento, el ascensor se detuvo y la puerta se abrió con suavidad. Temerosos, salieron y se encontraron en medio de un espacio de dimensiones aparentemente grandes, que se encontraba a oscuras. Alex, Gerry y Manuel encendieron las linternas. Margarita se fijó en las estanterías, repletas de libros de temática marinera, y también en

las vitrinas de cristal que alojaban maquetas de barcos, utillaje marítimo y animales disecados.

De repente, un ruido sordo por detrás les hizo darse instintivamente la vuelta. La puerta del ascensor se acababa de cerrar. Rudolf se acercó corriendo.

—¡Parecemos tontos! —se lamentó gritando enfadado— Teníamos que haber subido la mesa para mantener la puerta abierta. No sé cómo no hemos caído en la cuenta.

—¡Llama de nuevo al ascensor! —gritó Ernest nervioso—. Ha sido una estupidez mayúscula no haberlo previsto.

Alex, Gerry y Manuel alumbraron con las linternas la puerta del ascensor, mientras buscaban con desesperación el botón de llamada.

—¡No hay nada que hacer! —confirmó Rudolf descorazonado—. Se necesita una llave para llamarlo.

—¡Desde luego, somos absolutamente idiotas! —se lamentó Sophy.

Margarita, por su lado, no podía aceptar la forma tan impulsiva y nada previsora como habían actuado. ¿Cómo ninguno habían caído en la cuenta de esto? —se repetía una y otra vez.

—¡Dios mío, Dios mío! —gimoteó Cindy empezando a toser y respirar con dificultad.

—Calma, calma, no perdamos los nervios. Seguro que en esta planta se encuentre la salida —dijo Ernest atusándose con desesperación el bigote—. Está claro que no podemos volver atrás así que pongámonos cuanto antes a inspeccionar la estancia.

Todo el grupo se mostraba abatido por lo que acababa de suceder, pero aceptó la proposición de Ernest y comenzó a caminar con apatía por la enorme habitación.

Por delante de todos, alumbrando el paso con sus linternas, iban Alex, Gerry, Sophy y Manuel. Detrás de ellos, Ernest y Margarita, y Rudolf y Ellen, ambas parejas unidas por sus manos. Y por detrás, el resto del grupo. Todos avanzaban con cautela, entre vitrinas de cristal y estanterías repletas de artículos marinos, con cuidado de no golpearse y de no dañar nada.

De pronto, Margarita se paró en seco y Ernest, que iba agarrado de su

mano, también se detuvo sorprendido.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Margarita permanecía inmóvil, paralizada. Ernest la miró y vio que sus ojos miraban fijamente en una dirección.

—La Luna, la Luna, la Luna… —comenzó ella a murmurar.

—Pero, Margarita, ¿qué dices? —insistió Ernest, con un gesto de absoluta sorpresa.

Rudolf y Ellen también se detuvieron, al igual que los que caminaban por detrás. Los cuatro que iban por delante, al escucharlos, se dieron la vuelta y preguntaron qué pasaba.

Margarita señaló con su dedo índice hacia una cristalera enorme que delimitaba la estancia.

—Mirad, es la Luna —dijo emocionada.

—¿La Luna? Pero ¿qué locura dices? ¡Es imposible! —gritó Paul acercándose a ella.

Sin embargo, ante la mirada atónita de todos, tras el cristal, parecía distinguirse la Luna. Todos sabían que era imposible verla, porque se encontraban en el fondo del mar, pero cautivados por su luz se acercaron a la cristalera y contemplaron la imagen, ensimismados. En cuarto creciente, brillante, intensa.

—¡Es increíble! —dijo Sophy señalando el exterior—. Fijaos en los árboles. Mirad cómo se mueven las ramas.

—No entiendo nada de lo que estamos viendo. ¿Qué significa todo esto? —dijo Ernest boquiabierto, mientras pegaba la nariz a la cristalera en un intento de ver el exterior con más precisión—. ¿Será algún tipo de montaje?

Todos permanecieron en silencio. Nadie se atrevía a aventurar nada. Se mostraban completamente aturdidos por la visión que les llegaba a través del cristal.

De pronto, Rudolf comenzó a golpear con rabia la cristalera.

—¡Parece que estáis ciegos! ¿Pero no os dais cuenta de lo que pasa? Es evidente que nos han engañado y nos han hecho creer que estábamos donde no estábamos. Si no me equivoco, por aquí tiene que estar la puerta de salida. Manuel, Alex, por favor, enfocad con las linternas en esa

dirección —gritó señalando una zona de la cristalera.

—¿En serio piensas lo que creo que estás pensando? —le preguntó Ernest, volviéndose rápido hacia él.

—Sí, Ernest, sin ninguna duda.

Manuel y Alex recorrieron con las linternas toda la cristalera hasta que, al otro lado de la estancia, encontraron la puerta.

—Veis. Allí está —gritó Rudolf eufórico.

Cindy estaba histérica y pidió a gritos que alguien le explicase qué estaba pasando.

—Pues que nos han tomado el pelo, querida —le contestó Rudolf con ironía—. Así que deja de gritar y relájate. Enseguida vas a estar en la calle. Por cierto, ¿tenéis algún objeto metálico? —preguntó forcejeando con la puerta.

Emilio se metió la mano en el bolsillo, sacó la llave de la caja fuerte, y se la entregó a Rudolf que intentó hacer palanca en la cerradura, pero la llave era demasiado ancha para entrar por entre las dos láminas de acero que delimitaban el marco de la puerta corredera. Alex rebuscó en su bolsillo y sacó una espátula metálica. Rudolf insistió con energía. Varias gotas de sudor le caían por la frente: un, dos, tres intentos. ¡Nada! La cerradura tenía un bloqueo eléctrico. Cuatro, cinco, seis, siete… Y, al fin, la cerradura, cedió y la puerta se abrió suavemente. Una brisa cálida les acarició la cara. Llevaban tanto tiempo sin sentir esa sensación, que se mostraban incapaces de asimilarlo. Estaban tan asustados que nadie se atrevía a salir.

—¿Salimos? —preguntó impaciente Rudolf a Ernest.

—Espera un momento. Antes quiero decir algo —Ernest dijo esto y se colocó frente a todos ellos y les pidió que le escuchasen con atención—. Es evidente que nuestro viaje al fondo del mar ha sido un montaje y sospecho que nos encontramos en algún lugar cercano a la isla de Guam.

Mientras hablaba, Margarita le agarraba con fuerza de la mano. El corazón le latía tan acelerado que sentía que se iba a desmayar.

—Tranquila, Margarita —dijo apretándole también la mano—. Aunque estoy tan desconcertado como vosotros, creo que tenemos que movernos deprisa y salir cuanto antes de aquí.

Un murmullo se extendió entre la mayoría del grupo, decían que tenían

miedo de lo que se pudiesen encontrar.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Manuel agitado.

—No lo creo —dijo Margarita, señalando el exterior—. No tenéis nada más que mirar hacia allí, al horizonte. ¿No veis que está amaneciendo?

Todos miraron hacia donde señalaba Margarita y percibieron el milagro de la luz de la mañana. Vacilantes, temerosos, salieron al exterior. Les llevó un buen rato asimilar dónde estaban, pero al respirar el aire puro, y sentir el olor del mar, comenzaron a creer que era real. ¡Lo habían conseguido! Unos cuantos manifestaron su alegría abrazando al que tenían a su lado. Otros, por el contrario, permanecían quietos dando gracias al Cielo. Aunque nadie sabía dónde se encontraban, en ese momento, no parecía que les importaba. Sabían que eran libres y eso era lo único importante. Ninguno, en el fondo, había pensado que iba a conseguir salir con vida del laboratorio central.

Al cabo de unos minutos había clareado tanto la mañana que ya no necesitaban tener las linternas encendidas. Ernest les urgió a ponerse en marcha. Tenían que localizar con urgencia una comisaría de policía y conseguir protección. Obedientes, se agruparon por parejas y por tríos y comenzaron a caminar en fila. Al principio, por un sendero estrecho, cubierto de tierra y de piedras pequeñas, hasta que unos metros más adelante, encontraron la carretera. Deslumbrados por la luz de la mañana, se mostraba indecisos y desorientados y no sabían qué dirección tomar. De pronto, Gerry señaló unas luces a lo lejos y decidieron tomar esa dirección.

La carretera discurría paralela al mar. Una franja estrecha de campo, con árboles frutales y arbustos, la separaba de la playa.

—Pedro, Mari Luz, por favor —les pidió Ernest dándose la vuelta—. Repartan galletas y chocolate. Necesitamos recuperar fuerzas.

Este aporte de glucosa les elevó a todos enseguida el ánimo. Era tan grande el desgaste físico y psíquico que habían sufrido en los tres últimos días que les parecía imposible pensar que pudiesen caminar y, sin embargo, lo hacían; un pie delante del otro. Sin parar de caminar y sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO XXEL EXTERIOR

Llegaron a las afueras de una ciudad. Desde lejos les pareció que se trataba de una población pequeña con casas de poca altura. Antes de entrar, buscaron un lugar donde detenerse a hablar. Ernest eligió una franja del campo, que le pareció más recogida, y todos se dirigieron allí. Se sentaron debajo de unos árboles frutales, que se encontraban al borde

del inicio de la playa, y durante unos minutos permanecieron ensimismados mirando el mar, tan azul y transparente y la arena, tan fina y tan blanca. La playa les seducía con su belleza para que entrasen, y se diesen un baño en sus aguas, pero todos sabían que no se podían exponer.

—Mientras descansamos un rato —dijo Ernest secándose con un pañuelo el sudor de la cara—, tenemos que decidir si vamos a ir todos juntos al centro de la ciudad o si elegimos a unos cuantos para que se presenten en la policía.

Todos bajaron dubitativos la cabeza. Nadie quería separarse del grupo. Se sentían indefensos, y el hecho de estar juntos, les proporcionaba una enorme sensación de seguridad.

—Yo creo que no deberían ir a la ciudad más de tres o cuatro personas —dijo Ernest al ver que el resto no se definía y permanecía en silencio—. Todo el grupo va a llamar mucho la atención y en estos momentos quizá nuestros secuestradores estén ya buscándonos. Además, no tenemos dinero ni documentación y, aunque yo estoy acostumbrado a veros, y vosotros a mí, pienso que debemos tener un aspecto lamentable.

Todos se miraron y asintieron cabizbajos. Sabían que Ernest tenía razón y que todo el grupo iba a generar mucho revuelo en la ciudad, pero se encontraban tan vulnerables que les daba pánico tomar la decisión de separarse.

Tras unos minutos en silencio, Rudolf tomó la iniciativa y dijo:

—Entiendo por vuestro silencio que aceptáis que vayamos unos cuantos en representación de todos nosotros. Si estáis de acuerdo, podríamos ir: Sophy y Alex, que son norteamericanos y si nos encontramos en Guam o en alguna otra de las islas Marianas este hecho puede ser importante; Emilio, en calidad de director del proyecto y yo, que reconozco no soy capaz de quedarme aquí esperando. ¿Qué opináis?

—A mí me parece bien —contestó Ernest. Miró a Emilio, Alex y Sophy y les preguntó—. ¿Estáis de acuerdo con la propuesta de Rudolf?

Los tres asintieron. Al resto del grupo, a excepción de Ellen, que no quería separarse de Rudolf, les pareció buena idea. Pero Rudolf sabía que Ernest debía quedarse con el grupo, ya que les transmitía mucha tranquilidad, y por esta razón se había ofrecido a ir voluntario. Ellen le miró angustiada. No quería que se fuera.

—Pase lo que pase, os esperaremos aquí —dijo Ernest antes de que los cuatro iniciasen la marcha—. Lástima que no tengamos ninguna forma de

comunicarnos con vosotros.

—Claro que la tenemos —saltó Manuel, sacando algo del bolsillo de su pantalón—. Emilio, ¿qué alcance tienen los *walki-talkies*?

—No tengo ni idea —contestó éste dubitativo—. David me comentó que cubrían todo el edificio, pero no sé más.

—No pasa nada —intervino Sophy, impaciente por iniciar la marcha—. Si os parece bien, encendemos los *walkies* y en el momento en que perdamos la comunicación, os avisamos y, si es necesario, nos ponemos de acuerdo para quedar en otro sitio.

—Perfecto —dijo Ernest—. En marcha, mucho cuidado y mucha suerte.

Todo el grupo se levantó también a despedirles y a desearles suerte. Ellen no dejaba de llorar y abrazaba muy fuerte a Rudolf. Le daba tanto miedo separarse de él que no quería dejarle marchar. Rudolf le acarició la cabeza y le pidió que fuera fuerte.

—No te preocupes, querida, no te vas a poder librar de mí tan fácilmente.

—Prométeme que volverás a buscarme —le suplicó ahogada por las lágrimas. Después de varios fracasos sentimentales había encontrado por fin al hombre de su vida y no podía pensar que lo fuese perder.

—No lo dudes —contestó Rudolf, y la besó suavemente en los labios. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajetilla de cigarrillos —¡En marcha! —gritó encendiendo un cigarrillo y dándole una calada enorme. Oteó el horizonte y calculó a cuantos kilómetros se encontraban de la ciudad. Tenían para un buen rato—. Estoy ansioso por acabar con esta pesadilla.

Rudolf, Emilio, Alex y Sophy empezaron a caminar. El sol calentaba con fuerza, la humedad era muy elevada y los cuatro caminaban débiles y sofocados.

Una vez que se marcharon, Margarita se sentó al lado de Ellen. Le había prometido a Rudolf ocuparse de ella en su ausencia. Ernest se tumbó a su lado y apoyó la cabeza sobre sus piernas. Se quedó dormitando mientras Margarita hablaba sin parar con Ellen a la vez que le acariciaba a él la cabeza y jugaba con su pelo, negro.

Por otro lado, Manuel y Gerry se sentaron bajo un frutal y quedaron encargados de los *walkies-talkies*.

Y Pedro y algunos otros del grupo cogieron frutas de los árboles y las

repartieron entre todos.

Después de comer, se recostaron a la sombra. La temperatura era muy elevada. Hasta ese momento de quietud, ninguno del grupo se había dado cuenta de lo cansado que estaba. Llevaban cuatro días prácticamente sin dormir, mal comiendo y con una actividad física y mental frenética. Poco a poco, se entregaron al sueño, acariciados por la suave brisa del mar y por el sonido acompasado de sus olas.

Mientras tanto, Rudolf, Sophy, Emilio y Alex caminaban a un buen ritmo por el arcén de la carretera. Lo primero que hicieron, nada más llegar a la ciudad, fue entrar en una cafetería donde había varias personas desayunando. Rudolf se dirigió al camarero y le pidió que le indicase dónde se encontraba la comisaría de policía.

El camarero le explicó que debían dirigirse al ayuntamiento y que allí les atenderían.

—Acabamos de llegar al ayuntamiento —comunicó Rudolf a Gerry y a Manuel a través del *walkie-talkie* —. Os seguiremos informando.

—De acuerdo —contestaron los dos.

CAPÍTULO XXIAGAT, en GUAM

Emilio Glok se presentó ante el inspector de policía como responsable del proyecto en el laboratorio central y realizó un breve resumen de lo ocurrido en el laboratorio, durante los últimos meses, y de la situación en la que se encontraban los científicos en ese momento. El inspector en jefe le escuchó con atención. Después les pidió que pasasen a una sala, y le esperasen, mientras él se comunicaba con su superior.

Rudolf, Emilio, Alex y Sophy eran conscientes del riesgo que corrían al poner a un desconocido al corriente de su situación, pero sabían que no tenían otra alternativa. Sin documentación y sin dinero, poco o nada podían hacer para protegerse y regresar a casa.

Tras más de veinte minutos, de una tensa espera, el inspector en jefe regresó a la sala y, con un gesto de extrema preocupación, les dijo que su superior se había puesto en contacto con el FBI. Las órdenes recibidas desde Washington eran muy claras. Todo el grupo debía de ser trasladado de inmediato a una base militar, al norte de la isla, adonde personal del FBI viajaría a la mayor brevedad.

—¿Nos acercamos a buscar al resto del grupo y regresamos? —preguntó Rudolf al inspector en jefe—. Caminando, se encuentran a unos tres

cuartos de hora de aquí.

—No, por favor, no se preocupe. Ahora mismo, envío a unos agentes para que los recojan y, una vez que estén todos reunidos, los trasladaremos a la base militar de Yigo.

—Pero se van a asustar si no nos ven —dijo Sophy mirando fijamente al inspector en jefe a los ojos—. ¿Podríamos ir alguno de nosotros con los agentes para contarles lo que vamos a hacer?

El inspector en jefe vaciló durante unos segundos, antes de contestar:

—Me parece bien. ¿Quiere acompañar usted a los agentes?

—Por mí, perfecto —contestó ella sin titubear.

—Sophy, ¿estás segura de que quieres ir tú, o prefieres que vayamos cualquiera de nosotros? —le preguntó Rudolf al oído, mientras el inspector en jefe ordenaba por el intercomunicador que se personaran cuatro agentes, con la furgoneta grande, delante de la puerta del ayuntamiento.

—No, gracias. Ya voy yo —contestó Sophy contundente—. No os preocupéis por mí. La espera me pone muy nerviosa. Me pasa como a ti. Necesito moverme.

—Ten cuidado —le dijeron Alex y Emilio con cara de preocupación.

Al cabo de un rato, la informática llegó al lugar donde se encontraba el grupo. Se bajó de un salto de la furgoneta y, en pocas palabras, les explicó lo que les acababa de ofrecer el inspector de policía. El grupo, confiado, la siguió hasta el furgón.

—¿Qué sensación tienes? —le preguntó Ernest preocupado, mientras se dirigían a la comisaría de policía— ¿Te ha ofrecido confianza el inspector?

—Pues no sé qué decirte. Nuestra situación es muy comprometida. Por el momento, creo que debemos ser prudentes y hablar poco. Ya me entendéis —contestó mirando más o menos a todos.

Ernest giró la cabeza hacia la ventana y miró hacia el infinito. Ellen, por su lado, viajaba con los ojos cerrados, asustada, y Margarita, a pesar del calor sofocante, no podía dejar de tiritar, y no sabía si el escalofrío que le recorría el cuerpo se lo producía una enfermedad incipiente o si, por el contrario, no se trataba más que de miedo. Pero necesitaba con urgencia calor y se apretó con fuerza contra el cuerpo de Ernest, que le devolvió el abrazo.

Llegaron al ayuntamiento y la furgoneta se detuvo frente a la puerta principal. Enseguida aparecieron Emilio, Rudolf y Alex acompañados por el inspector jefe, que se acercó sonriente a saludarles. Tras ofrecerles una breve explicación sobre adonde se iban a dirigir, el inspector regresó al ayuntamiento y ellos tres subieron a la furgoneta. Rudolf se sentó al lado de Ellen y la abrazó muy fuerte.

Una vez que se pusieron en marcha, Ernest le preguntó a Rudolf qué creía que iba a suceder.

—Si te soy sincero, no tengo ni la más remota idea. El inspector ha estado amable con nosotros, pero se le veía preocupado. A ver con qué nos salen los del FBI.

Emilio y Alex tampoco se quisieron a aventurar a decir nada. Era difícil tener una opinión.

Después de varias horas de viaje, llegaron a la base militar de Yigo. Dos militares les recibieron y acomodaron en unas dependencias, a la espera de la llegada de los agentes del FBI. El grupo se mostraba impaciente y preocupado por saber qué iban a hacer con ellos.

A las diez de la noche, un soldado entró en la sala donde se encontraba el grupo reunido y les comunicó que acababan de llegar los agentes del FBI.

—Buenas noches a todos —saludó Roger, el agente de mayor edad, mientras el otro agente los saludaba con un gesto—. Antes de nada quiero decirles que tanto el FBI, como la Interpol y la policía de cada uno de sus países llevamos, desde el pasado mes de diciembre, buscándoles.

El agente Roger hizo un breve resumen de todo lo sucedido, referente a su caso, desde el día de su desaparición.

—La última información que tenemos relacionada con el caso ha sido la muerte del director de la compañía y la desaparición de la sede social de la empresa.

Emilio rompió a llorar con amargura, al enterarse de la muerte de David Nolan. Ernest, al ver el estado en que se encontraba Emilio, levantó la mano y pidió al agente Roger que detuviese por unos minutos la explicación. Acto seguido, se acercó a consolarle.

—Tranquilo, Emilio, ves, al final tenías razón. David Nolan no te había traicionado. Probablemente se encontraba en una situación parecida a la nuestra.

Pero el doctor Glok se encontraba en tal estado de angustia, que no era

capaz de contener sus emociones.

—Como se pueden imaginar —continuó diciendo el agente Roger, intentando mostrase lo más cercano posible—, nos encontramos ante una situación muy delicada y por desgracia no es mucho lo que les podemos ofrecer.

—¿Ofrecer? ¡No le entiendo! —gritó Cindy, acalorada— ¿Es qué no han venido a recogernos para llevarnos a casa?

—Tranquilícese, señora, no sé si se dan cuenta de la situación tan comprometida en la que están —dijo el agente Roger—. Si les llevamos a casa, ¿cuánto tiempo creen que tardarán en localizarles? ¿Qué creen que les van a hacer si les encuentran? Está claro que son un problema grave para ellos y que no se van a detener ante nada.

—Le entiendo perfectamente —intervino Ernest en un tono desafiante—, pero da la casualidad que nosotros tenemos algo muy importante para ellos, aunque probablemente todavía no lo saben.

—Peor me lo pone. En ese caso, todavía tienen más razones para volverles a secuestrar.

—¿Y la policía no sabe quiénes son? ¿No pueden hacer nada para detenerles? —preguntó Margarita, desesperada.

—No —contestó tajante el agente Roger.

El ruido en la sala se volvió de pronto incontenible. Ellen se empezó a sentir mal y salió corriendo al cuarto de baño a vomitar. Su mente no era capaz de asimilar lo que estaba escuchando. Margarita, al verla, soltó la mano de Ernest y acudió en su ayuda. Manuel y Paul también se levantaron y comenzaron a moverse nerviosos por la habitación, mientras el resto del grupo hablaba sin control.

—No es nuestra intención presionarles —intervino Clearence, el agente más joven—, pero es importante que actuemos rápido. Cuanto más tiempo pase, el riesgo de que les encuentren será mayor. Por favor, que alguien avise a las señoras, para que vuelvan. Tenemos poco tiempo para decidir qué quieren hacer.

Sophy se levantó y fue en busca de Margarita y Ellen.

—¿Y qué nos proponen que hagamos? —les preguntó Ernest desconcertado—. No veo que tengamos muchas posibilidades de hacer nada.

—Si quieren mantener su libertad y su vida —contestó muy serio el agente Roger recorriendo con la vista a cada uno de los integrantes del grupo—, no tienen otra opción que acogerse a un programa de protección de testigos.

—¿Desaparecer? —gritó Manuel, histérico— ¿Y qué pasa con nuestras familias? Yo tengo claro que quiero volver a mi casa, con mi mujer y mis hijos. Son lo más importante de mi vida. Sin ellos, todo el resto me da igual.

—Tranquilo, tranquilo. Si quiere, puede hacerlo —le explicó conciliador el agente Clearence, acercándose a él y dándole una palmada en la espalda. Después, se dirigió de nuevo al grupo y dijo—: Si deciden regresar a su casa, por nuestra parte no hay ningún problema. Lo único que les pedimos es que sean conscientes del peligro que van a correr ustedes y también sus familias.

A esas alturas de la conversación, todos lloraban con amargura. Poco a poco, se iban dando cuenta de la situación tan dramática en la que se encontraban, y de cómo se veían obligados a aceptar el hecho irremediable de no poder regresar jamás a su vida anterior.

—¿Tenemos que desaparecer cada uno por separado o lo podemos hacer por parejas o por grupos? —preguntó Ernest, apretando la mano de Margarita.

—Pueden hacerlo como quieran, siempre que cambien de identidad y no se pongan en contacto con su entorno anterior. Por lo demás, actuando con discreción, no veo problema en que algunos desaparezcan juntos —contestó el agente Roger, que se había dado cuenta de que en el grupo se había formado alguna pareja—. Desde aquí podemos crear sus nuevas identidades, pero, insisto, no tenemos mucho tiempo. Aunque estamos en una base militar, tenemos que ser conscientes de que cada minuto que pasa, su seguridad es más vulnerable. Por desgracia, sus enemigos son extremadamente poderosos.

—¿Nos pueden dejar un rato a solas? —preguntó Rudolf.

—Sí, claro. ¡No faltaba más! Si les parece bien, les dejamos una hora para que piensen y decidan lo que quieren hacer. Si optan, al final, por formar parte del programa de protección de testigos, deben decidir si prefieren ir solos o en pareja y en qué país prefieren vivir, dentro de los que nosotros les podamos ofrecer. Además, deben pensar a qué se van a querer dedicar. Como ya les he dicho antes, pueden coincidir en el mismo país con otras personas del grupo, aunque les aconsejo que traten de dispersarse. Cuanto más desconectados estén los unos de los otros, más difícil será encontrarles —terminó diciendo el agente Clearence antes de

abandonar la habitación.

Una vez solos, todos permanecieron los primeros minutos en silencio. Estaban tan angustiados, ante lo que tenían que decidir, que no sabían ni por dónde empezar. Antes de plantearse si aceptaban o no formar parte del programa de protección de testigos, Sophy, les preguntó directamente qué querían hacer con el vínculo.

Por unanimidad decidieron que lo guardara ella.

—¿Lo vamos a volver a diseñar? —insistió Sophy, mirándoles fijamente a los ojos—. Mi opinión es que es un descubrimiento demasiado importante para la humanidad y que no podemos abandonarlo sin más. Creo que tenemos que ser valientes y trabajar para volver a conseguirlo. Yo, por mi parte, lo tengo claro.

Todos la miraron cabizbajos, en silencio.

Al cabo de unos minutos, Ernest se decidió a contestar:

—Entiendo, por lo que dices, Sophy, que has decidido entrar en el programa de protección de testigos. Quiero decirte que eres muy valiente y un ejemplo para todos nosotros. Yo, por supuesto, comparto y aplaudo tu decisión.

Sophy miró a Ernest y sonrió. Pensó que si tenía al líder, tendría al grupo.

Ernest agarró a Margarita fuerte de las manos y cerró, por unos segundos, los ojos. Después, volvió a hablar:

—Tengo que deciros que yo tampoco encuentro otra solución que aceptar lo que nos propone el FBI. Por muy difícil y duro que sea. Lo que sí os prometo es que esté donde esté, si nos ponemos todos de acuerdo, yo también trabajaré sin descanso para volver a diseñar el *Farmachip*. Además —continuó diciendo cada vez más animado—, creo que estamos obligados a hacerlo, por lo que va a significar para la humanidad y porque nos lo debemos a nosotros mismos. Si no podemos recuperar nuestras vidas, por lo menos, que quede algo positivo de nuestro sufrimiento. Si lo volvemos a diseñar, y estoy convencido de que podemos conseguirlo, vamos a hacer algo muy grande. Me gustaría que este pensamiento altruista nos pueda compensar en algo por todo lo que vamos a perder. Yo, por mi parte, me voy a quedar con esta idea. Necesito quedarme con esta idea porque de otro modo creo que no podría soportarlo.

—Cuenta conmigo, Ernest. Si no puedo regresar a casa, estoy dispuesta a participar con vosotros para volver a intentarlo —dijo Margarita mirándole

entregada a los ojos.

El resto del grupo permaneció unos minutos en silencio. Los primeros que se sumaron a la propuesta de Ernest fueron Rudolf y Ellen y después, resignados, el resto.

Tuvieron que pensar rápido dónde preferían vivir y cómo se iban a organizar.

Cuando volvieron a la sala los dos agentes, ya lo tenían todo decidido. El personal de servicio se iba a decantar por países de Sudamérica, para sentirse más cerca de sus familias, mientras los científicos decidían quedarse por el centro de Europa. Los trece investigadores tenían la firme decisión de volver a diseñar el Farmachip, aunque esto, por el momento, no se lo pensaban decir a los agentes del FBI.

Para el amanecer, ya estaba todo preparado: nuevas identidades, nuevos currículums, nuevas vidas. Para cada uno de ellos, ese trece de noviembre de 2022 iba a ser el domingo más extraño de sus vidas. Eran ellos mismos y a la vez otras personas, totalmente diferentes.

Antes de ponerse en marcha, Ernest se dirigió a los dos agentes y les preguntó:

—Me gustaría saber si nos van a permitir hablar, aunque solo sea unos segundos, con nuestras familias. Me parece importante podernos despedir.

Los dos agentes se miraron entre ellos y negaron con la cabeza.

—Siento tener que decepcionarles —contestó el agente Clearence—, pero es demasiado peligroso para ustedes y para sus familias. Cualquier movimiento, por muy pequeño que sea, puede dar una pista a sus enemigos y entonces ya no tendría ningún sentido el programa de protección de testigos.

Todos lloraron en silencio. Les causaba un dolor enorme aceptar todo lo que iban a perder, pero sabían que no tenían otra elección.

No había otro camino.

CAPÍTULO XXIILunes, 14 de noviembre de 2022

Mientras, en Guam, el grupo se ponía en marcha para iniciar el viaje a sus nuevas identidades, en Madrid, Mario llegaba totalmente hundido al hospital. Por delante se le presentaba un día complicado de trabajo y sentía que no tenía fuerza suficiente para afrontarlo. Los sucesos de los últimos días, y la falta de noticias de Margarita, le habían dejado

completamente derrumbado. Ya no sabía qué más podía hacer para recuperarla. Aunque la inspectora Ramírez le seguía dando esperanzas, y sus familiares y amigos le apoyaban y le animaban, él tenía la profunda intuición de que no iba a volver a ver a Margarita jamás.

Esa mañana, Mario saludó con una voz apagada y triste a las enfermeras del departamento de medicina interna y se cambió rápido de ropa. Quería empezar a pasar consulta cuanto antes para volver a la Jefatura de Policía a hablar con la inspectora Ramírez.

Al mediodía, después de llevar varias horas viendo pacientes, decidió darse un respiro y bajar a la cafetería del hospital a tomar un café. Se estaba calentando las manos con la taza, cuando escuchó una noticia en la televisión.

"El grupo de científicos desaparecido en diciembre del año pasado, que acababa de ser encontrado por el FBI en la isla de Guam, ha sufrido un fatal accidente de autobús, cuando estaba siendo trasladado desde una base militar, de la ciudad de Yigo, al aeropuerto internacional A. Won Pat de Barrigada. Además, en el autobús también viajaban dos agentes del FBI, que les acompañaban para trasladarles, de forma inminente, a Washington, donde estaba previsto que realizasen una declaración sobre todo lo que les había sucedido durante los últimos meses.

Por causas que por el momento se desconocen, el autobús militar, en el que viajaban los trece científicos desaparecidos y otras personas que también se encontraban desaparecidas con ellos, además del conductor del autobús y de los dos agentes del FBI, se ha precipitado por un terraplén y se ha incendiado. En estos momentos, el lugar del accidente se encuentra repleto de militares y de policía en busca de restos de los siniestrados, aunque las primeras fuentes confirman que no hay supervivientes. Por otro lado, y según fuentes fidedignas del FBI, con ellos se pierde un descubrimiento muy importante para la humanidad. En cuanto…"

Mario se frotó con fuerza los ojos, que se encontraban secos después de tantas lágrimas, y en un estado de profundo estupor, que rozaba la seminconsciencia, se metió la mano en el bolsillo y dejó sobre la mesa un par de monedas para pagar el café. Después, se levantó inestable de la silla y se quitó la bata, y sin ninguna idea concreta en la cabeza, salió de la cafetería, se acercó tambaleante a la puerta principal del hospital y se marchó.